

Ida



Lu Xia nació en Zhejiang, China. Es novelista, actriz, traductora y empresaria. Tigre escorpiana, llegó a la Argentina el primer día del año 2011. Desde entonces, su nombre artístico es Eva Blanco. Fue protagonista de los cortometrajes *Nueva de Fujian* (estrenado en Bafici) y *Eva despierta*. Apasionada por la lectura literaria, el estudio de idiomas y la promoción cultural, tradujo un libro del castellano al chino y fue intérprete para numerosos funcionarios argentinos en sus viajes a China. Licenciada en Economía, inició en Buenos Aires un posgrado que la condujo poco después, a dirigir su propia empresa exportadora. Lu Xia es un *blend* que combina conocimientos sobre arte, literatura y empresa. Representa de manera exclusiva a Bodega SEPTIMA de Codorniu en China.

Ida

Lu Xia



EL BIEN
del SAUCE
edita

Lu Xia
Ida / Lu Xia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Camilo Sánchez, 2018.
204 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-42-8977-3

1. Novela. I. Título.
CDD A863

Lu Xia

evablanco@126.com

Edición

Camilo Sánchez

Diseño, idea de tapa, armado y cuidado de la edición

Adriana Llano

Foto de tapa

Antártida. En el inmenso silencio pude oír el eco
de Ida, su ser escalando en la nieve.

Editora

Claudia Fares

1ª edición, 2018

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la
autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas
en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© Lu Xia, 2018

© de la presente edición El Bien del Sauce edita, 2018

E-mail: biendelsauce@gmail.com

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

Esta primera edición de *Ida* de Lu Xia
se terminó de imprimir en Latingráfica, Buenos Aires,
durante el mes de agosto de 2018.

ISBN 978-987-42-8977-3

Ser feminista, es el camino de Ida, no hay retorno.

Ser.

Índice

	Prólogo.....	11
	Introducción	19
	Cero	33
I	Llegar	41
II	Buenos Aires.....	49
III	Sueño	59
IV	Amistad.....	63
V	Libertad	77
VI	Honor	87
VII	Cambios.....	89
VIII	Sexo	95
IX	Exnovio.....	107
X	Amor.....	113
XI	Familia	121
XII	Tiempo	133
XIII	Amante	137
XIV	Mujer	143
XV	Bisabuela	155
XVI	Muerte	159
XVII	Separación.....	173
XVIII	Nacimiento	183
	Epílogo.....	195
	Agradecimientos.....	201

Prólogo

*Encontramos la felicidad luchando
en medio de una rabiosa tormenta,
no tocando el laúd a la luz de la luna,
o recitando poesías en medio de las flores.*

DING LING

Entre contrastes y profundidades se abre paso la dirección de un camino impreciso. Huella singular de experiencias, deseos y descubrimientos avanza hacia un horizonte de sentidos compartidos. Este viaje es un salto de largo aliento hacia un futuro esperado, pero también, es un viaje por los ocres paisajes que proponen los recuerdos y la memoria.

China como origen, Argentina como destino. Nacer y ser mujer. El devenir de una vida emerge en esta historia para hacer visibles las diferencias y los puntos de contacto entre un lugar y otro, para trazar un puente que se transita flexible en ambos sentidos, tensando el tiempo y los escenarios de ambas geografías.

Lu Xia al llegar a Buenos Aires perfila con esmero su carrera y decide llamarse Eva Blanco. Con trazos hábiles y enérgicos, la vuelve única. Del mismo modo, Ida modela la distancia que la separa de Chun Hua –protagonista de la novela– de su infancia y de las voces que reclaman su pertenencia a las raíces. A veces –lo sabe todo migrante– es necesario



irse para poder volver, pero entonces volver nunca es del mismo modo. El tiempo puebla silenciosamente los ojos. Una vida es en sí misma, infinitas vidas. Una mujer es en sí misma, una e infinitamente otras.

El camino de Ida es un proceso lento y transformador. Ya lejos de la partida emergen lo inesperado, las visiones de amplitud, las promesas de abundancia, los desengaños, la intemperie, la compañía amiga, los primeros relámpagos de la tormenta. Todos los tramos del sendero son tan válidos como necesarios, mientras queden atrás el atraso, la incomodidad de acomodarse, la sombra angustiante de la escasez, la inequidad de géneros, el destino inexorable de saberse campesinos. La tierra de origen nutre y reclama.

Las tramas de las historias que se entrelazan en torno a Ida comparten un presente inestable, una transición vertiginosa cuyas luces y sombras se traducen en sueños, anhelos y temores, tantos que atraviesan años y generaciones. Es la propia memoria personal, encendida por el fuego de las memorias familiares, la que mira ahora de frente y desafiante al sólido bastión de la memoria histórica.

Diferentes generaciones de mujeres tejieron con silenciosa obediencia un manto de deseos impuestos. Portaron con mansedumbre ese peso invisible capaz de reproducirse calladamente en el tiempo, al igual que en el cuerpo la ignorancia, los prejuicios y los estigmas. Es el manto tiznado de reproches, sacrificios y postergaciones del que busca sacudirse Chun Hua al convertirse en Ida, y del que también, de diferentes maneras, buscarán desprenderse sus amigas.

En la obstinación por avanzar en el camino personal, la honda estructura de los afectos se apoya como piedra angular en la vida emocional de estas jóvenes. Más lejos o más cerca, la familia sigue manteniendo su inquietante presencia interior. China, asimismo, es el origen y el espejo recurrente al que acuden para reconocerse todas ellas, por lo mucho que representa, por todo aquello que contiene en sí.

Por todo lo que significa lo propio, cruzar el puente entre culturas y vivir como extranjeras, ofrece a las mujeres de esta historia la oportunidad de extender su camino, de encontrarse a sí mismas como otras, de buscar y trascender los límites propios y ajenos. La juventud se torna entonces la posibilidad de ser independientes y con ello, ser alguien diferente al modelo instituido de buenas y mansas madres y esposas; es la ocasión de reconocer el valor de atravesar sin certezas el horizonte de lo que hay más allá de la tormenta.

La educación y el cultivo de sí siguen siendo las esforzadas vías hacia la superación de los obstáculos, el premio incuestionado al sacrificio y a la determinación de los más aptos para hallar una vida mejor. Mas en esta carrera, la selección de género encuentra resistencias a sus estrechos y obsoletos fundamentos. La libertad es transgresión, la formación un instrumento de transformación, el dinero la posibilidad de abandonar el estigma de la pobreza asociada a la vida doméstica y al campo, la toma de distancia física se vuelve oportunidad para abandonar por fin la inercia del pasado, se convierte en preludio de la autoemancipación femenina.

Sin embargo, ningún acto de resistencia sería posible sin haber conseguido en los primeros tramos del camino un objetivo esencial, pues atreverse a pensar distinto se afirma con la palabra y los actos. En el mismo plano, conviven estrechamente el pensar, el decir y el ser. La adquisición y el manejo coloquial del lenguaje, propio y extranjero, constituyen en sí una gran conquista para estas mujeres. La facultad de dominar la lengua les permite su uso desprejuiciado y audaz. El lenguaje articulado es al mismo tiempo un instrumento flexible para comunicar, pero también, para descubrir y describir la riqueza de sentidos posibles en el pensamiento y en el lenguaje vivo de otras culturas.

El retrato de la maternidad como obligación y el de la mujer como víctima de su época conservan nitidez a través de la denuncia que se expone con palabras y actos. Mientras tanto, las presiones sociales sostienen su desnatural vigencia. A través del vivir fuera de esos marcos, la experiencia de autoafirmación que sostienen las mujeres de esta historia es búsqueda de afecto y de amor comprensivo tanto como de liberación sexual y de decisión sobre sus propios cuerpos. Con eficacia indirecta y discreta, la fuerza de lo femenino opera como la naturaleza, mientras se vuelve madurez, expresión y cambio.

De manera notable, en este recorrido la música está siempre presente, como evocación, disfrute y llamado. Así, por ejemplo, una melodía vibrante en pipa sirve de base a la estructura narrativa de la propia novela. Avanza en dramatismo con graves e intensas notas, combinándose con momentos suaves, ligeros y melódicos. Son los recuerdos de la infancia e imágenes familiares de China entrelazados, como los ritmos que marcan las cuerdas, con las vivencias cotidianas que emergen del habitar Buenos Aires.

Lu Xia escribe una novela para incomodar, para cuestionar y remover los prejuicios de quienes aún descreen de la capacidad de las mujeres chinas de generar sismos y rupturas, un registro biográfico que afirma a la vez las razones de su poderosa decisión de ser Eva. Libremente, sin retorno. Escribe también para resonar en muchas otras mujeres, hermanas, madres, abuelas, amigas, compañeras de camino.

La voz que recupera su novela no es un grito aislado ni la expresión de un acto de reivindicación en solitario. Por el contrario, numerosas otras voces reclamaron en diferentes épocas una mirada y un lugar distinto para la mujer. La firme construcción de una nueva mujer y de un feminismo con “características chinas” responde a una larga tradición que tuvo en el siglo XX singulares expresiones que

llegaron de manera provocadora y sugestiva hasta Occidente, como atestiguan la obra de escritoras tan heterogéneas como Qiu Jin, Lü Bicheng, Ding Ling, Xiao Hong, Zhang Ailing, Li Xiaojiang, Dai Jinhua y Yan Geling.

Todas ellas situaron en el centro de su ficción la pregunta por los cambios y el problema del ser mujer en China. Fijaron la atención en hacer visibles la prioridad de la autonomía material para mejorar la calidad de vida de las mujeres, el necesario alejamiento del control social y del mandato familiar, la relevancia y potencialidad de las acciones organizadas, la experimentación sexual como signo de independencia, la importancia del amor como consecuencia de la libertad.

Ávida lectora e inteligente estratega, Lu Xia sabe que en el horizonte próximo de esas búsquedas aparece también como una luz intermitente la llamada a la participación de la mujer en la arena política, ámbito predominante de lucha masculina, lugar de lo público en decidida disputa. La celebración del triunfo de la vida de Ida será precisamente la experiencia de reclamar también el derecho a este espacio, así como de volver clara la posibilidad de involucrarse con voz propia en la escena política del país al que una vez llegó como migrante.

Mientras transcurre inevitable la maduración del proceso, un ave de largas alas surca el viento en dirección al sur. Lu Xia viaja a la fría soledad de la Antártida para terminar de elaborar el recorrido de esta historia. Años antes, habían sido las montañas del Tíbet su lugar de refugio y encuentro con el silencio para escribir. La compañía influyente de los textos de Virginia Woolf, de Ricardo Piglia, de Steven Szeig, pero también de Simone de Beauvoir animan las preguntas sobre lo que ha significado y significa para ella ser mujer. Todo tiene un lugar, un momento y una razón.

Ahora que la primera parte del viaje de Ida ha concluido, Lu Xia lo ofrece como un precioso tesoro o un secreto largamente conservado, mientras abre su alforja y sirve dos pequeñas tazas humeantes de té verde.

Así es la bienvenida a su primera novela en español.

VERÓNICA NOELIA FLORES
Buenos Aires, invierno de 2018.

Si tuviera otra vida
如果有来生
San ~~Sao~~ Mao
三毛

Si tuviera otra vida	如果有来生
quisiera ser un árbol	要做一棵树
estar siempre de pie	站成永恒
no tener gestos de felicidad ni de tristeza	没有悲欢的姿势
ser mitad paz bajo la tierra	一半在尘土里安详
con otra mitad que baile en el viento	一半在风里飞扬
ser mitad que da sombra	一半洒落荫凉
y mitad que recibe el sol	一半沐浴阳光
ser silencio, ser orgullo	非常沉默、非常骄傲
no depender, no buscar.	从不依靠、从不寻找

Introducción

Es verano en el sur del planeta la noche que recibo la llamada de Victoria Wang. Es viernes. Viernes de verano por la noche. Estoy en la cama, haciendo una nada perfecta. Debería divertirme, pero estoy vacía de ganas de salir.

¿Qué voy a hacer con mi vida?

Veintiocho años, haciendo el doctorado en Literatura en la Universidad de Buenos Aires. Empantanada en el final de una novela hace meses, no sé qué dirección tomar. Hay dos finales posibles : dilema.

Voy para acá o voy para allá.

En la cama, perfecta nada. Para acá o para allá. Nicolás es inteligente, pero Ramiro es lindo. Tener dos novios me consume bastante tiempo, puede ser más problemático que no tener ninguno.



Miro el techo
blanco muy blanco
me levanto
saco una rosa del florero
de la mesita de luz
es la de Ramiro
vuelvo a la cama
deshojo la rosa
pétalo por pétalo.

En estos años mi firma fue apareciendo en artículos de diarios y revistas, cada vez más. Pero estoy lejos de vivir como escritora. Nadie vive de lo que escribe en el sur. Virginia Woolf decía que para escribir novelas, una mujer debe tener dinero y un cuarto propio. Le repetí esa idea a mi querida madre hasta que me compró este departamento. No muy grande, un monoambiente, cincuenta metros cuadrados en Las Cañitas. Después, dejó de darme más dinero.

En la secundaria, leía las novelas de Yi Shu: novelas rosas. Envidiaba a Xi Bao, la protagonista de la novela que llevaba su nombre. Alguien le había regalado una caja llena de billetes y ella, cuando quería, sacaba de a fajos. Una empleada de su amante reponía el dinero faltante cada día. Xi Bao pensaba que su juventud se iría inevitablemente, la vendiera o no, pasaría de todos modos. Entonces, iba a aprovecharla para obtener riquezas con un amante de buena posición. Ella vendía su juventud como yo con las letras.

En el fondo, no hay diferencia.

Quiero un poco de tequila, ¿por qué no?
Cuando el líquido duro y ardiente del tercer vaso hace con-

tacto con mis labios, se ilumina la pantalla del celular. Número de Beijing.

Dudo un instante. Atiendo.

Escucho una voz firme con la energía vibrante de quien está en medio de una actividad al mediodía. Sin dudar de que la atendiera, una mujer me dice:

–Hola, ¿Su Xiao Nuan? Soy Wang Meng, Victoria.

Se hace un agujero en mí, como una pausa en mi pecho. Casi me ahogo con el tequila. Hay millones de Victorias en el mundo. Pero Victoria Wang... es sólo ella, la única.

–Sí. Escuché de usted en muchas oportunidades.

–Bueno, es así: he leído varias publicaciones tuyas, me gustaron. En la Casa de la Cultura Argentina queremos filmar una película sobre la vida de Ida, la primera diputada china en Argentina. Quiero que escribas la novela.

¡Qué sorpresa! ¿A Victoria Wang le gusta lo que escribo yo? ¿Victoria Wang, nada menos que Victoria Wang, me invita a mí a escribir una novela? Miro el tallo de la rosa deshojada. Me pellizco la cara. Sí, me duele.

Esto es real.

–¿Querés? –me despierta la voz en el celular.

Dicen que las oportunidades vienen cada siete años. Si pierdo esta, tendré que aguantar hasta los treinta y cinco.

–Sí, quiero –mi voz se parece a la de alguien a quien le están calzando un anillo de matrimonio. Voy a agarrar esto con todas mis fuerzas, cueste lo que cueste.

–¿Cómo viene tu agenda?

–Puedo empezar cuando me digas.

–Bueno, hacé las valijas. Te va a llamar mi empleado para arreglar los temas del pasaje. Te veo pasado mañana. Cuando llegues, será

lunes en China, traete ropa de invierno, hace frío en Beijing. Nos vemos pronto.

–Perfecto. Sí. Nos vemos. Perfecto.

Llueve pan del cielo. ¿Quién lo ha visto? ¿Los hebreos vieron caer el maná? Quizás sí, quizás es sólo una historia. Pero yo sí lo veo llover.

¿Alguna vez te cayó pan del cielo? A mí sí. Lo tengo acá, delante de mí. Lo estoy viendo.

Un mensaje a Nicolás y otro igual a Ramiro: “tengo que volver a China un tiempito, es por trabajo”. Los dos me quieren llevar al aeropuerto; unos minutos para convencerlos de que no, que voy sola.

Vuelo directo desde Buenos Aires, dieciocho horas. Bajo del avión. Siento el viento frío en el cuello. El cielo está muy limpio, azul como un cristal. Aquel aire espeso y gris de Beijing parece haberse quedado siglos atrás. Dicen que Victoria Wang se fue para Argentina por la contaminación. Increíble.

Fuera del aeropuerto, veo el auto que me espera. Arriba blanco, abajo celeste, muy llamativo. ¡Vamos Argentina! Cuando me acerco, el coche me escanea la cara y se abre. Dejo el equipaje atrás y me siento. Una voz de hombre, amable y calma, recita: “Señora Su Xiao Nuan, bienvenida. Por favor póngase el cinturón. Nos dirigimos a la Casa de la Cultura Argentina. El tiempo de viaje estimado es de treinta y siete minutos”.

Entre los asientos de atrás, una sorpresa. Una heladerita, y entre aguas y bebidas está el yogur de Beijing “Los viejos pekineses”, aquel que se vendía hace veinte o treinta años. Es el sabor de mi infancia. ¡Hacía tanto tiempo que no lo tomaba! ¿Cómo lo habrá conseguido Victoria Wang?

Me pongo un vestido formal, me maquillo. El auto baja suavemente de la autopista y entra a un parque. Hay muchos árboles,

son los jacarandás de Argentina. Como los de la Avenida 9 de Julio bordean el camino. En verano lo deben iluminar bellamente con sus flores violetas. Debajo de los jacarandás, rosas de mil hojas -una variedad francesa- blancas, rojas y azules, ordenadas igual que en el Rosedal de Palermo, como una pintura clásica. Desde lejos, la entrada se parece a la de la Quinta de Olivos, con una fuente en el medio. La casa es blanca y enfatiza la familiaridad que fui sintiendo en el parque.

¿A qué edificio me recuerda?

Ya sé, lo han diseñado inspirándose en el antiguo edificio del Correo Central, donde hicieron el Centro Cultural Néstor Kirchner, el CCK, en Buenos Aires. Es un CCK reproducido en escala, más pequeño y entre los árboles. No hay carteles, ni banderas, ni grandes paneles con fotos. Nada más una placa sobria de bronce: “CASA DE LA CULTURA ARGENTINA” 阿根廷文化之家.

Bajo del auto que se va a dejar mi valija al hotel. Un hombre que estaba parado delante de la fuente camina hacia mí.

¡Uy, qué lindo es! Sweater gris simple. Disfruto que se acerque.

¿Qué perfume? Muy rico.

–Xiao Nuan. ¿Cómo estás? Soy Luis Solís. Acá me llaman por mi nombre chino, Wang Lei.

¡Y habla chino! ¡Argentino y acento beijinés! Lo sigo. De atrás también está muy bien... ¡Qué culo! Es la genética de los argentinos. Con mis amigas chinas siempre hablamos y comparamos los prominentes culos argentinos con los chatos traseros de nuestros compatriotas.

–¿Cansada? –me pregunta en chino.

–No mucho. Estoy bien. ¿Dónde aprendiste chino?

–Acá. Los empleados del instituto tenemos que cursar seis horas por semana, como mínimo. ¿Nunca habías venido a visitarnos?

–No. Estuve viviendo en Argentina los últimos años. Tenés suerte; muchos amigos míos quieren trabajar acá, pero no pasan la entrevista de admisión.

En realidad, no sólo mis amigos quieren trabajar acá. Yo también. Es un sueño. Se dice que el sueldo que paga Victoria Wang te hace llegar al orgasmo cada vez que aparece en tu cuenta.

–Es verdad, tengo mucha suerte. Vic es muy exigente en las selecciones.

Entramos.

No hay recepción, sino directamente una sala con obras de pintores argentinos de diferentes épocas: Luis Felipe Noé, Prilidiano Pueyrredón, Emilio Pettoruti, Benito Laren, Carlos Alonso, Antonio Berni, Xul Solar, Benito Quinquela Martín, Juan Carlos Castagnino.

Cuando llegamos al final de la gran sala, Luis me indica:

–A la izquierda está el Instituto del Tango. Se llama así, pero hay más que tango, dan clases de salsa, bachata, rock, cumbia. A la derecha, hay salas donde se practica yoga. No se escucha ningún ruido. Esas son las puertas y las ventanas insonorizadas que se usan ahora en China.

Un ascensor nos lleva a un primer subsuelo. La puerta se abre y salimos a un espacio oscuro, frío, húmedo. Sólo hay algunos puntos de luz mortecinas en las paredes, reflejados aquí y allá en los bordes de millones de botellas y barricas de vino. Se escucha “*River flows in you*” en el piano de Yiruma. Aquí también se pone música suave en las cavas, algo que está de moda mundialmente.

Miro alrededor. Veo que la cava tiene tres niveles; hay uno más arriba y otro debajo de donde estamos. La oscuridad es aterciopelada. Todo es madera, hierro y vidrio. Este es el mundo que crece alrededor del vino. Visité muchas bodegas en Argentina. El vino es

mi gran amante. Cada verano me largo a vagar dos semanas por la ruta del vino en Mendoza: suelen llevarme por la autopista cuarenta, muy rápido, como el viento que corre allá arriba corriendo las nubes velozmente, después de unas copas, el placer es impagable. Es siempre un momento único. Sin embargo, en toda mi vida nunca había visto una cava de este tamaño.

En el medio está elegantemente parado en puntas de pie sobre sus tres patas finas un piano gigante. Es un *Steinway*, esperando amablemente a un amigo con quien conversar, algo similar en la bodega Salentein.

–¿Qué cantidad de vino hay acá?

–La mayoría está en el depósito de Tianjín. Acá tenemos los de muy alta gama y los que se usan para las clases de cata. La cantidad varía, pero en general hay alrededor de quinientas mil botellas. También hay muchas barricas, como ves. Las traen de diferentes bodegas, en avión.

–¿Cada una tiene un nombre escrito?

–Muchos clientes prefieren conservar sus vinos en este lugar por la temperatura y la humedad. Una bodega top de Argentina produce casi cinco mil botellas de vinos de edición limitada. Es la mejor en el *ranking* y todo lo que exporta a China se lo compramos nosotros. Somos la importadora exclusiva de vinos de máxima gama de dieciséis bodegas que están en el Top 20.

–¿Y por qué no todas las Top 20?

–La filosofía de Victoria es dejar camino a los demás –Luis me sonrío.

Tengo ganas de robarme unas botellas. Con la punta de mis dedos toco el polvo que las cubre por la larga estadía en el lugar. Subimos al primer piso, donde está el Instituto del Malbec. En cada puerta, hay un cartelito con un varietal: malbec, torrontés, tempranillo, chardonnay, son las primeras que veo.

–Tenemos doce cursos que apuntan a diferentes públicos. Simples consumidores, amantes del vino, importadores, catadores, distribuidores, dueños de vinotecas, de bares, hasta empleados de bodegas chinas. El programa de televisión *La mujer y el vino* se hace en aquella sala.

Veo una luz verde en algunas puertas.

–Eso significa que están en clase. Generalmente, durante el día, son los que trabajan en la industria. A la noche, vienen las personas a las que simplemente les interesa la cultura del buen beber, después de su trabajo.

–¿Es suficiente con doce clases?

–La verdad, no. Ya tenemos todo reservado hasta el próximo año. Cada mes invitamos a enólogos y *sommeliers* de tres bodegas argentinas. Para los clientes, es muy importante conocer el proceso de elaboración; y las bodegas quieren recibir *feedback* del mercado chino.

–¿Dónde viven tantos argentinos?

–Los empleados viven en diferentes lugares. Los invitados, los enólogos, los escritores, los traductores, los músicos, viven en el hotel donde te alojás vos.

En el segundo piso hay oficinas y una biblioteca inmensa, quizás diez veces más grande que la del Instituto Cervantes. No hay mesas ni sillas, sólo sillones de cuero, blancos, muy cómodos. Recorro con la mirada los anaqueles: libros de Cortázar, de Walsh, Haroldo Conti, Pablo Ramos, en español, y en chino. Entre las novelas chinas traducidas al castellano, encuentro autores actuales: Liu Zhen Yun, Su tong, Yan Gelin, Mai Jia. También los clásicos de miles de años. Saco un libro, justo es la traducción de uno de mis favoritos, *Comentarios sobre la poesía*. Leo unos párrafos, siento respeto.

–Para asegurar la mejor calidad, casi todas las traducciones se hicieron en colaboración entre chinos y argentinos.

–Genial. El trabajo en equipo entre chinos y argentinos produce los mejores resultados.

–En el tercer piso está el Instituto de Idiomas.

–A la izquierda dan clases de español. Los profesores son los mismos que trabajan en el Cervantes. A la derecha, clases de chino.

Las aulas tienen nombre de presidentes argentinos. No existe el cuarto piso, porque en la cultura china es de mala suerte. No imaginaba que Victoria creyera también en esas cosas.

Al quinto piso no se puede llegar por el ascensor público, porque Victoria no quiere que molesten a los escritores ni a los traductores. Vamos a la terraza primero.

En la terraza veo mucha gente tomando mate. Parece un chiste, pero toman mate de verdad y disfrutan el sol de Beijing. Algunos tienen un vaso de vino espumante al lado del teclado de la computadora en la que están trabajando. En el parque puedo ver otros dos edificios bajos, de dos pisos. En la terraza de esos edificios hay una piletta y una parrilla, como en una casaquinta de Buenos Aires.

–El edificio azul es para conciertos, películas, teatro, y el otro, el blanco, es el Centro de Psicología.

No puedo parar de reírme. ¡Victoria trajo hasta psicólogas de allá! ¡Qué cultura tan particular la argentina!

Me quedo mirando el parque. Un robot blanco, de camisa celeste, nos ofrece un espumante “María” y unas empanadas de cuatro quesos. El exacto sabor de Argentina. ¿Victoria habrá traído cocineiros también?

Después de las empanadas, bajamos por una escalera privada al quinto piso. Estamos en un sector donde las oficinas llevan nombres de escritores argentinos.

–Este es nuestro Centro de Traducción. En los últimos años, venimos traduciendo de nuevo casi todo Borges, porque a Victoria no le convence lo que se encuentra en el mercado. Justamente hoy

viene Claudia Piñeiro a dar una charla sobre Borges y los mitos. Este año, el equipo de estudios borgeanos, conformado por traductores argentinos y chinos, se dedica a los poemas.

–Escuché que Victoria es fanática de Zhang Ailing. En América Latina se lee mucho, hoy es lo que más vende de la literatura china y la estudian en Letras, en la UBA. El equipo de Lelia Gándara y Florencia Sartori ya tradujo casi todas sus obras.

–Falta el último, *Xiao Tuan Yuan*¹, ¿no? –dice con una sonrisa orgullosa–. Allí está la oficina de Vic. Enseguida viene.

–¡Muchísimas gracias!

–¡Bu ke qi²! –me dijo, y se alejó.

Una oficina grande, apenas decorada. Una mesa blanca de madera de dos metros de largo, dos finas *Mac*, impresora, una silla de masajes, tres sillones blancos de cuero. No hay fotos, plantas, cuadros. Nada que quebre la solidez del blanco y de lo funcional.

Cuando estoy por sentarme, una voz amable:

–*Hello*, Xiao Nuan.

Se abre una puerta, entra primero la cabeza, después todo el cuerpo. Simpática, sonriente, llena de energía que en cualquier momento puede poner el mundo entero en movimiento.

–¡Bienvenida! ¡Gracias por venir! –me abraza.

–Victoria. ¡Mucho gusto!

De repente, me siento asombrosamente protegida en sus brazos.

La miro. Es la primera vez que la veo en persona. Antes de venir, consulté a Siri: nació en el setenta y siete, es serpiente. Ahora tiene cuarenta y ocho años. Con un vestido blanco, aros de perlas, el pelo de un castaño sofisticado, luce estupenda. Va dejando

el español del saludo, se vuelve íntima ahora con nuestra lengua materna:

–Xiao Nuan, básicamente, es lo que te conté por teléfono. La semana pasada, Ida se convirtió en la primera diputada china en Argentina. Ella fue para allá en 2005. No es fácil lograr esa posición en un país ajeno. Ahora queremos filmar una película sobre su vida, queremos que trabajen en colaboración argentinos y chinos, en producción y dirección, y por supuesto, los actores. La novela nos servirá de base para el guion. En ocasiones, yo fui testigo. Te voy a arreglar entrevistas con otras personas vinculadas a Ida. Creo que podés empezar por su ciudad natal. Su padre falleció hace unos años, su madre vive, aunque no habla mandarín, sólo la lengua local. Te va a ayudar la hermana mayor de Ida que vive con la madre. Hay otra hermana, vive cerca, y un hermano menor que trabaja en Beijing. Acá tenés la lista de contactos: son sus amigos, profesores, compañeros de la infancia... Victoria me extiende tres hojas. Inspiro profundamente.

–Ya pasaron veinte años. Como dice Zhang Ailing en *Amor de media vida*, el tiempo vuela, especialmente para los mayores; ocho, diez años, en un parpadear. Pero para los jóvenes, dos años son como toda la vida. Parece que hubiera sido ayer que inauguramos este lugar y ¡pasaron tantos años! Ni me di cuenta –me mira sonriendo.

–La casa cultural funciona con mucho éxito. Es para sentirse muy orgullosa –le dije.

Victoria se queda en silencio unos segundos.

–Buscá escenas de la vida de Ida, especialmente de los primeros dos o tres años –mientras saca una carpeta–. Me gustaría recibir el borrador en seis meses, si es posible.

–Yo... –abro la boca sin saber qué decir.

–Vos podés. Leí todas tus publicaciones. Claudia, la profesora

1 Libro de Zhang Ailing, se publicó en 2009, catorce años después de su muerte.

2 De nada.

de la UBA, me habló muy bien de vos. Tenés que tenerte fe. Sos la persona ideal para esta tarea.

–Bueno. Voy a hacer lo mejor que pueda.

Victoria me pone una mano en el hombro, me mira a los ojos; extiende un cheque, luego, señala una carpeta que estaba en el escritorio.

–Tomate un tiempo para revisar el contrato. Lo firmás y se lo dejás a Luis. Si tenés alguna consulta, él te va a poner en contacto con nuestra abogada. Ese cheque sirve como depósito, también incluye los viáticos para los próximos meses.

Vuelve a sonreírme:

–¿Alguna pregunta?

–No sé –todo está pasando tan rápido. Estoy un poco mareada. Siento que ante ella actúo como una niña.

–Habla conmigo cuando quieras. Hoy mi cuarta hija tiene un certamen de pipa³. Ya tengo que irme. Luis te va a acompañar a almorzar o, si preferís, andá a visitar a tu mamá.

–Sí, ahora veo.

–Bueno. Estás en tu casa.

Me abraza fuerte y se va. La sigo con la mirada hasta que desaparece en el ascensor.

Sabía que Victoria tenía cinco hijos, y tres niñeras. Desde el mediodía del viernes hasta el mediodía del lunes, apaga el celular y se dedica a la familia, otro reino.

No almuerzo con Luis, tampoco voy a visitar a mamá. Me quedo una hora revisando el contrato, lo firmo y lo dejo en la mesa. Luego sola, voy a comer fideos de Shanxi *Sao Zi*⁴. ¡Cómo me gustan! La

comida siempre es lo que más extraño de China. Vuelvo al hotel, con panza llena, feliz.

Las sábanas de seda me conducen a un sueño muy suave. Al día siguiente, estoy sentada en el aeropuerto. En unos minutos estaré volando a la provincia de Jiangxi. Voy a Yi Chun, la ciudad natal de Ida.

3 La pipa es un instrumento de cuerda pulsada tradicional chino parecido al laúd occidental.

4 Los fideos *Sao Zi* son un plato clásico de la cocina china de Shanxi.



Cero

Apenas entro al hotel de Yi Chun, recibo una videollamada de mamá.

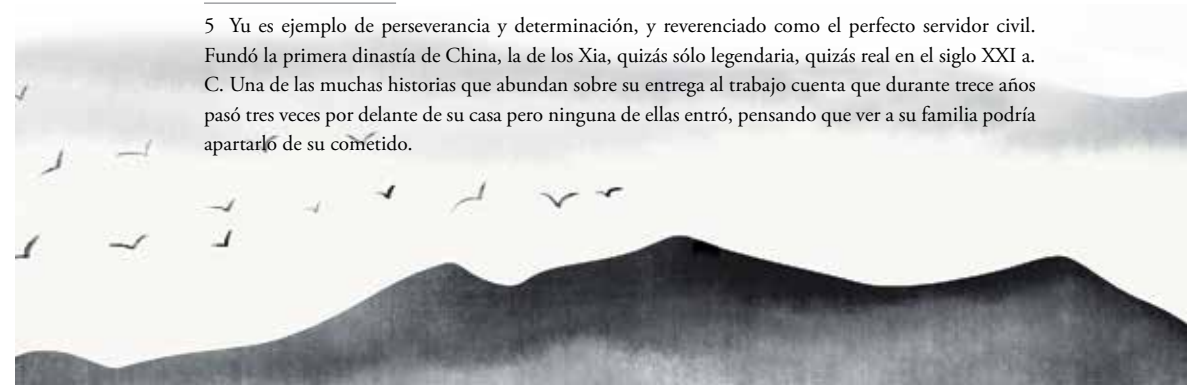
–Nuan Nuan, llegaste a Beijing, ¿por qué no viniste a casa? –se queja muy suavemente, sin levantar la voz.

Ella siempre es así, tan suave, pero si creés por eso que es dócil como una oveja, estás en un error, porque en toda su vida siempre hizo lo que quiso.

–Tengo trabajo, mamá, quiero llegar a tener la tenacidad de Yu el Grande⁵.

–Nuan Nuan, necesito tu opinión –se pone seria. Súbitamente me corre un sudor frío.

⁵ Yu es ejemplo de perseverancia y determinación, y reverenciado como el perfecto servidor civil. Fundó la primera dinastía de China, la de los Xia, quizás sólo legendaria, quizás real en el siglo XXI a. C. Una de las muchas historias que abundan sobre su entrega al trabajo cuenta que durante trece años pasó tres veces por delante de su casa pero ninguna de ellas entró, pensando que ver a su familia podría apartarlo de su cometido.



¿Otra vez? No puede ser. La primera vez que escuché esta frase tenía diez años. Ella me esperaba en la puerta de la escuela, lo que era inusual, porque generalmente venía la niñera. Se había puesto un vestido rojo, la brisa le movía el pelo largo y suelto. Era tan hermosa. Siempre hermosa. Me llevó a un restaurante francés. Pidió *foie gras*, mi favorito. Cuando terminamos la comida, me dijo: "Nuan Nuan, necesito tu opinión. Quiero divorciarme de tu padre."

–Mei Gui⁶, ya tenés más de cincuenta años, no necesitas mi opinión.

–Nuan Nuan, no tendrías problema si me caso con el señor He, ¿no? –dijo, mirándome con cara de ingenua.

Era una expresión que le quedaba bien. Cuando una mujer es linda, está bien ser ingenua, y también está bien ser madura. Cuando una mujer es fea, recibe quejas por lo que cocina, porque su sueldo no es bueno si trabaja. Hasta su respiración puede ser un error.

–¿Por qué te casás otra vez, ma? ¿Y te querés volver a casar con tu segundo ex esposo? ¿Para qué? ¿No sabés qué hacer con la plata? ¿Tu casa es demasiado grande? Pueden convivir y listo, no da mala suerte. Más de ochenta matrimonios de cada cien se deshacen. Tenés solo un veinte por ciento de probabilidades de no divorciarte. ¿Para qué insistir con ese trámite? Ya pasó de moda.

–La gente de mi generación no piensa como ustedes. Vivimos juntos desde hace un año, pero no tener el acta de matrimonio me parece raro. Él cocina, arregla el jardín, saca al perro todos los días, mientras yo pinto. Siento que le debo un reconocimiento social.

–Mamá, él es un empresario de posición, no necesita ser reconocido como el marido de una pintora famosa.

¿Qué más le puedo decir?

–Bueno, casate si te hace sentir mejor. ¿Tu madre sabe de esto?

–Tu abuela se la pasa en su mundo, nunca tiene tiempo para hablar conmigo. Está como loca con ese juego de Disney. Diez años atrás, era para los niños, ahora van los mayores. Se mete con sus amigos viejos en el programa de realidad virtual "Marchemos al Campo"⁷ y no quiere salir. A veces me preocupo por su salud.

–¡Wow! Llegar a mayor y convertirse en la niña de un paraíso electrónico, ¡qué vida!

Me sirvo una copa de espumante, muy frío. Séptima de Mendoza, una delicia.

–Mamá, casate, lo único que me importa es que seas feliz, no tengo nada más que decir.

–Ya sé –me mira, agradecida.

–Pero no vas a tener más hijos, ¿no?

–Bueno. Ya tengo que irme. Cuidate.

Mi madre se había sumado a la moda de acumular óvulos para el futuro. Guardar óvulos en los hospitales es más barato que guardar huevos de gallina. Muchas chinas aprovechan su juventud para estudiar, trabajar, divertirse y de grandes tienen algún hijo. Igual, la natalidad sigue cayendo. Es un problema social, el gobierno chino ya no sabe qué inventar: dinero para las familias con más de dos niños, educación gratis, incluso les pagan los posgrados, pero los resultados no mejoran.

Es el quinto matrimonio de mi madre. Acerco la copa a mis labios, huelo el aroma del vino. No me preocupa su casamiento. La ley de matrimonio protege muy bien los bienes anteriores al casa-

6 Mei Gui, un nombre chino muy lindo, significa rosa.

7 *Movimiento de ir al campo*, es una política instituida en China desde fines de los 60 para enviar a numerosos jóvenes e intelectuales a trabajar al campo. Afectó aproximadamente a 17 millones de personas.

miento. Más bien me inquietan sus óvulos congelados en el hospital: los posibles futuros hermanitos... ¿más gente para repartirnos la herencia?!

Empiezo a sentir el viaje. Me pasé un poco de cansancio.

Recostada en el sillón, fumaría unas florcitas. Una pena que todavía no estén legalizadas en China. Es imposible conseguir acá, en ningún lugar.

Pasaron tres meses del encuentro con Victoria. En estos tres meses, los grandes acontecimientos en China fueron:

La niñera robot ya está lista para salir al mercado. Se viene una crisis de trabajo para muchas chicas como pasó con los porteros, los cajeros, los choferes.

Luego de semanas de remoción de escombros, las autoridades confirman que no hay víctimas fatales por el desastre del Fitow. Corroboraron que el sistema de alertas funcionó a la perfección y que se logró evacuar la región afectada días antes de que el enorme tifón azotara a la ciudad de Wenzhou, en la provincia de Zhejiang, al este de China. Los fuertes vientos derrumbaron ciento veinte mil casas y edificios. Las pérdidas superaron los veinte billones de *remimbí*.⁸

En Shanghai, van a encerrar al perro Andy, un robot híbrido que violó al *papillón* de su dueño. La jueza rechazó todas las solicitudes de disminución de pena.

El Bitcoin sigue subiendo, alcanzó la cifra récord de cincuenta mil dólares.

El granizo ha dañado gran parte de los viñedos del noroeste de China, estiman que se perderá más de un tercio de la cosecha.

⁸ Nombre por el que también se conoce a la moneda de curso legal en la China actual, el yuan es la unidad básica del remimbí.

La Gala de Año Nuevo dejará de emitirse por falta de rating. Anunciaron que la edición número cuarenta y ocho del programa será la última.

En Fujian, un anciano adicto a los juegos desde hace tres días se niega a salir del cibercafé de su asilo. Los hijos pidieron la intervención de la policía.

Tres meses de viajes. Buenos Aires, Beijing, Jiangxi, Zhejiang, Beijing.

Alquilo un departamento al lado de la casa natal de Ida, trato de entender su vida desde el comienzo. La primera vez que voy a su casa, me recibe la madre. Usa un bastón como los ancianos de antes. Su cara no dice nada. Tiene el cabello blanco, largo. ¡Y tiene la misma edad que mi abuela!

Cuando entro, me toma de la mano y me empieza a hablar. Le sonrío -observo las lagañas en sus ojos-. Me habla en el dialecto de la zona, no le entiendo nada. Por suerte, está la hermana de Ida.

-Mi vieja pregunta si estás casada.

-No, no -agito las manos.

-Te pregunta cuantos años tenés, no parecés muy joven.

-Soy una señorita de veintiocho años.

-Mi vieja dice que a esa edad no estás para señorita. La comida se come en su punto, el hierro se trabaja cuando está al rojo. Tenés que casarte, aprovechar lo que te queda de juventud.

-Sí, sí...

Mientras la hija me traduce lo que su madre dice al chino mandarín, me observa con sus ojos perfectamente negros. No sé qué estará pensando.

Vuelvo a esa casa varias veces. El idioma deja de ser un problema, pero tengo que soportar la presencia de muchachos de mi edad, uno diferente cada vez. Y cuando termina la entrevista, al despedirse, la

madre de Ida todas las veces me dice al oído: ¡Apurate a encontrar un marido! ¡Apurate a casarte!

En estos meses, visité las escuelas y las universidades a las que fue Ida. Conocí la empresa en la que trabajó. Entrevisté a sus profesores, jefes, compañeros. Cené con sus mejores amigas, me pasé largas tardes tomando el té con su primer novio. Mucho material. Muchísimo. No sé cuánto tiempo me llevará ordenarlo. Siento un cansancio pesado. Necesito ir a refugiarme adonde nadie me moleste, donde no me puedan encontrar.

Arenas blancas, finas como un talco de gemas microscópicas. Agua de cristal líquido, más transparente que el cristal. Cielo infinito en que las nubes flotan moviéndose gruesas, pasando lentamente como gigantescos moluscos de vapor. La isla Cayo Coco tiene playas de otra realidad. Alquilo la misma cabaña en la que una vez estuvo Ida con Jia Hui de vacaciones.

Dejo el equipaje. Pido un servicio especial. Mientras espero, tomo un baño con pétalos de rosa, igual que las chinas de hace miles de años. Llega el valet. Los masajes me relajan, me acomodan la energía.

—¿Quieres que me quede? —me pregunta el muchacho cuando terminamos. Es fibroso como un atleta. Tiene esa mirada de la gente que ríe con los ojos.

—No, hoy no, tengo que escribir —le digo sonriendo también.

Lo acompaño a la puerta, me pide que no olvide calificarlo por el servicio.

—No hay problema —le contesto, y le pellizco el culo duro como el de un animal.

Miro el mar desde el balcón, me acompaña un Cohiba. Hay mucha gente, algunos sin ropa en la playa. Bailan dentro del agua.

Victoria quiere la novela en las dos lenguas. Eso me preocupa un

poco. ¿Mis queridos lectores argentinos entenderán lo que quiero expresar? No es el idioma, es que adentro de la lengua hay una cultura, un mundo de sentidos, tan diferentes en el Lejano Oriente y aquí.

Será la historia de Ida, de sus primeros dos años en Argentina, de la vida con sus tres amigas chinas. Cómo actuaron y qué decidieron tiene mucho que ver con su religión, sus costumbres, sus tradiciones, la educación que recibieron, el modo en que la cultura eterna de los chinos las formateó. Hasta yo, una mujer china, me siento sorprendida por lo que pasaron ellas.

La vida de Ida me toca.

¿Puedo tocarlo?





I

Llegar

青春是一场盛大的流离失所⁹

Cuando Chun Hua llega a Argentina tiene veintidós años.

Es febrero, bien verano en Buenos Aires. Treinta horas de vuelo destartalan el alma de los viajeros que van y vienen a China, pero en la difusa luz blanca del gigantesco Aeropuerto de Ezeiza, Chun Hua está exultante como una planta que recibe la lluvia fresca a la mañana.

Si alguien hubiera ido a recogerla, le habría preguntado si estaba cansada y Chun Hua hubiera respondido que el diccionario de los jóvenes todavía no incluía esa palabra.

En el aeropuerto luminoso a Chun Hua se le ocurre que su nombre chino ha quedado atrás. Nunca había terminado de convencerla, porque arrastra lo vetusto de un nombre campesino, porque no le serviría, por ejemplo, para ser presidenta o estrella de televisión. Es el nombre de la mujer que nunca sale de la oscuridad de la cocina, de aquel ínfimo lugar donde vende comida en la escuela, o aquella

⁹ “La juventud es un destierro descomunal”, frase escrita por Ge Ling Yan, escritora de origen chino residente en Estados Unidos, en *Fang hua*, sin traducción al español.



otra, la del delantal tan antiguo que parece un traje de un museo, la de las uñas enormes, que vende carne en el antiguo mercado donde las jaulas de gallinas se apilan hasta el techo o la mujer anónima como una sombra, que limpia eternamente los pisos de un edificio moderno del Centro Financiero.

No aborrece su nombre, pero le queda definitivamente incómodo. Hay casos peores que el de ella: un compañero de la escuela primaria se llamaba Wei Shengjing, que sonaba igual a toalla femenina. Y sus dos hermanas mayores se llamaban Wang Chun Zhao y Wang Chun Lai. Sendos nombres expresan el deseo: el de la primera significa: “que traiga un hijo” y el de la segunda: “que venga un hijo”. Un hijo varón, obvio. El hijo varón es el deseo más profundo de las miles y miles de millones de familias chinas, desde que existió la primera familia. Sin embargo, después de años de deseos postergados, nació ella. Y después de ella, llegó el varón. Lo llamaron Wang Chun Guan. Guan tiene dos significados, uno es “Luz”, e indica el sueño de los padres: que el hijo sea brillante como la luz. Y también significa “cerrar”. Cerrar la puerta de las piernas de su madre. Nunca más habría de necesitar estar embarazada. Su madre, Gui Hua, sí está contenta con el nombre de Chun Hua.

–Mirá, vos tenés el apellido de tu padre, le decía. El segundo nombre, Chun, viene de nuestra ciudad, Yi Chun, y tu primer nombre, Hua, viene del mío. ¿Cómo es que no te gusta tu nombre?

–Sí, está bien –le contestaba ella, sonriendo.

Pero ahora, en Buenos Aires, tiene la ocasión de sacárselo de encima como se deja de usar un vestido que nunca se sintió propio. Considera llamarse Flor o Florencia, traduciendo al español su primer nombre, o Primavera, traduciendo el segundo, pero entiende que volvería al mismo nombre que le incomoda cada vez que le preguntan por qué lo ha elegido. Tiene que ser un nombre que no tenga

ni relación ni reminiscencia, ni un lejano eco de su nombre chino, piensa Chun Hua cuando está esperando el taxi.

Observa el *boarding pass* que tiene en la mano Lee “VUELTA” y lee “IDA”. Ida. Por alguna razón la palabra “Ida” conmueve su corazón. Sí, le gusta cómo suena en chino. Y le gusta más aún su significado, porque sí, porque quiere un boleto de ida. Sin vuelta. Ella haría que la vida en este país fuera la aventura de un camino sin regreso.

“Rivadavia 4921, por favor”.

Van apareciendo edificios bajos y en mal estado, parecidos a los de su pueblo natal. La misma pobreza. En el asiento atrás siente que le gana el peso de la desilusión. “Puse todo mi esfuerzo para llegar a un país muy lejano, pero ahora que estoy acá es como haber vuelto a mi pueblo”, cavila Chun Hua. Había imaginado un país más romántico y lujoso.

¿Cuál era la imagen que tenía de este país en su cabeza?

En realidad tenía una idea borrosa. Desde la escuela primaria hasta la universidad, Argentina no había aparecido mucho en los libros de texto. La primera vez que escuchó este nombre fue cuando tenía cinco años. Tenía un vecino con un hijo gordito, que en cada almuerzo se comía cuatro platos de arroz y sus padres se preocupaban mucho porque le faltaba comida. Fueron a hablar con el jefe del barrio, que era el más sabio del pueblo. Lo encontraron fumando un cigarrillo. Hablaron, él se quedó pensando mientras el humo flotaba alrededor de su cara y, al final, dijo: “No hay solución. Este chico debe haber nacido en Argentina, allí es el paraíso del alimento. Es un país que tiene una tierra mágica, en la que cualquier semilla que se tira se vuelve comida. La gente descansa bajo la sombra de un árbol,



y el pan cae en el piso”. Esa fue la primera vez escuchó mencionar a este país y quedó impresionada.

¿Qué más sabe de Argentina?

En la universidad daban clases de tango. A Chun Hua le encantaba ese tipo de canciones, salvajes y un poco tristes. “Por una cabeza” era su favorita.

¿Qué más?

La película “Evita”, en la que Madonna cantaba “Don’t cry for me, Argentina”, claro, que todos los chinos la saben.

¿Y algo más?

Nada más. Cuando se van acercando a la ciudad, los edificios se hacen más altos, modernos y bien arreglados. Siente alivio. Ahora está mucho mejor. Nada más. Solo quería ir al país más lejano de China, muy lejos de su casa.

Se instala en un cuarto de un hostel que una vez fue una casa señorial y ahora es un lugar raído, vivificado por aventureros de juventud andante. Chun Hua comparte habitación con dos chicas argentinas. Una rubia, con ojos celestes muy claros, que se llama Paula y vino de Neuquén a estudiar contabilidad. La otra lleva siempre puesto un delantal blanco y se llama Ramira; es misionera y estudia repostería en una escuela de panaderos.

–Vos, ¿de dónde venís?

–De China.

–¡Lejísimo!, ¿no?

–Oh, ¿Viniste en barco?

–No.

–Ya sé, ¿es un chiste!

–¿Cuántas horas viajaste en avión?

–Treinta y dos, en total.

–¡Dios mío! ¿Viniste sola?

–Sí.

–¿Por qué viniste a Argentina?

Chun Hua se queda pensando un rato, y escucha a Paula que le contesta a Romina:

–Pero, claro. ¡Argentina es el mejor país del mundo!

Chun Hua recuerda un chiste: en Guangzhou, al sur de China, hay muchos nigerianos que exportan productos a su país. Un amigo le contó que los nigerianos siempre pensaban que su país era el mejor del mundo, pero después de estar en Guangzhou empezaron a decir que “Nigeria es el segundo mejor, después de Guangzhou”.

El optimismo es una actitud de vida.

Al segundo día en Buenos Aires, Chun Hua se sienta en su cama a mirarse unos puntos rojos que le han aparecido en los brazos. Con las yemas de los dedos los siente calientes y se alarma un poco. Se le ocurre que pueden haberle salido por el paso repentino del invierno de China al verano porteño. Pero no hay forma de saber, y decide esperar unos días.

No es que le faltara tiempo para ir al médico, porque las clases aún no empiezan en la escuela de idiomas; lo que le preocupa es cuánto le costaría la visita, comprar medicamentos, ir a un hospital. Todo el dinero que tiene está comprometido para los gastos de los siguientes doce meses. Todo lo ha asignado, peso por peso, para cubrir la comida y la vivienda. Nada más. La medicina no ha entrado en su ajustado presupuesto.

La desesperación que le trae la pobreza es un sabor familiar para Chun Hua. Como un tatuaje, la lleva pegada a donde va.

Pero con mucha suerte, después de unos días los puntos han des-

aparecido. Cuando ya no hay ningún rastro de ellos, Chun Hua respira hondo; ya puede volver a ver la ciudad con tranquilidad.

El calor es robusto y persistente, pero no la aplasta. Con sus compañeros chinos de estudio va a la Plaza de Mayo y visita la Casa Rosada. Son todos muy jóvenes, recién egresados del secundario. Gritan y hablan muy fuerte, alborotando los pasillos de la Casa de Gobierno, hablando de cualquier tema.

Chun Hua sonríe cuando los mira, tan jóvenes. Son como una manzana verde, al morderla la boca se llena de un sabor agresivo como una pequeña explosión; un sabor sólo ácido, sin complejidad, sin tonos.

Chun Hua vuelve a sentirse una vieja. Siempre ha sido más madura que sus compañeros, siempre tiene que ocultar la vejez que tiene en su corazón. Ha nacido así, algo ha hecho que su corazón tuviera las profundas arrugas que sólo deja el tiempo. Siempre ha tenido que ocultarlo. La vejez es un gran tabú en su antiguo país asiático.

De noche, Chun Hua está paseando por la Avenida 9 de Julio, es una avenida muy linda. A veces algunos chicos juegan y hablan a los gritos, con sus gorras, sus camisetas de equipos de fútbol, fumando y tomando cerveza. Chun Hua observa cómo los autos pasan y cómo brillan las luces en los edificios que lindan la avenida, como largos murrallones hechos de hoteles, restaurantes, departamentos, comercios.

Ninguno de ellos es su hogar.

En un costado de un edificio que avanza dentro de esa avenida, hay un mural de Eva Perón. Dios se había apurado torpemente con ella. Atolondrado, se la llevó cuando apenas tenía treinta y tres años. Una mujer misteriosa, con una vida de película. ¿Fue ella quien hizo que Perón siguiera vivo entre la gente de Argentina? ¿O fue Perón quien la llevó al lugar del Cielo donde las personas se transforman en leyendas?

En el mundo hay muchas Evas para un Perón. Pero para Evita había un solo Perón.

Cuando empiezan las clases, Chun Hua saca el mejor puntaje en los exámenes. Puntaje perfecto. La ponen directamente en el último nivel de español. Chun Hua está feliz. Ha estudiado español unos meses antes de llegar a la Argentina y ya puede leer algunas novelas de Corín Tellado. Lo hace a consciencia para mejorar su castellano. Cuando estudiaba en la Universidad de Lenguas Extranjeras de Pekín, también era la mejor. En aquellos años no le gustaba perder. Mejor dicho, sabía que no podía perder, porque no le quedaría nada. No tenía nada. Si perdía, perdía hasta la fuerza de empezar de nuevo.

Desde el hostel donde vive, se ve una estatua desnuda, un caballo con un jinete, y un arco gigante en medio de un parque. En el arco lee “Simón Bolívar”. ¿Quién es Simón Bolívar? Y lee “Juramento”, ¿qué significaba ese “Juramento”, se pregunta. El hijo de la dueña es lindo, tiene ese atractivo magnético de un hombre joven, un galán inocente. Lo mira algunas veces sin darse cuenta y le sonríe cuando lo cruza en el pasillo.

Un día, cuando vuelve de su clase, lee un mensaje de él en Facebook: ¿Querés ir al telo? Invito yo. Ella no entiende qué significa “telo”. Chequea en el diccionario, dice cualquier cosa, nada que le permita entender qué le está proponiendo. Le da vergüenza preguntarle, imagina que tal vez sea el nombre de algún restaurante.

Al día siguiente le pregunta a su profesora de Español. Ella la mira con una expresión mezcla de extrañamiento y diversión:

—¿Por qué me preguntás eso?

—Porque alguien me invitó a ir al telo.

—¡Nooo! —y empieza a reírse a carcajadas la profesora.

Cuando finalmente le explica a Chun Hua qué significa, Chun Hua se pone colorada.

Muchos años después, una noche en que habrá de invitar a su profesora a cenar en su casa, le recordará aquella anécdota y empe-

zarán a reírse tanto que les dolerá el estómago. Pero eso será muchos años más tarde.

Después de lo del telo, ella siente un ligero cambio. Una sensación de límites. Por un lado, en Argentina no debía ser tan simpática, tanto que hiciera malentender sus reticencias con el sexo. Por otro lado, no puede concebir que alguien le haga una invitación tan directa. Sin embargo, siente que puede rechazarla o ignorarla con tranquilidad. Puede evitar cenar, ver una película, caminar por las calles, hablar tonterías, todas esas actividades que le consumen la energía. Tal vez, sería mejor así.

Chun Hua recuerda una fiesta en la universidad, cuando estaba en tercer año. Había tomado mucho alcohol con un norteamericano muy apuesto. Se veían hermosos el uno al otro. Salieron de la multitud riéndose, él llamó un taxi, se sentaron atrás. Reían y jugaban y el taxista no paraba de mirar, con miedo de que vomitaran allí. Pararon en la puerta del Hilton. Chun Hua pidió a uno de los de seguridad que le indicara el baño. Se miró en el espejo gigante, la luz caía en su cara, una luz amarilla, cálida. Se acercó para mirarse bien, se pintó, se le escapó un poco el *rush* muy rojo, con el negro se ensució la cara, le parecía gracioso. Se limpió, agarró la toalla, que era de seda, muy suave y agradable. No había nadie, estaba ella sola en un espacio con perfume, un espacio pequeño pero hermoso. Si algún día pudiera morir así... pensó.

II

Buenos Aires

Los días en Buenos Aires son de pura luz.

El aire es celeste y nuevo, y la ciudad está labrada con mucho estilo. Los árboles brillan con un verdor sobrecargado de vida, la gente es vivaz y amable. Todo es colorido e incitante y nuevo. Un domingo Chun Hua va a pasear a los parques de Recoleta. Encuentra a una multitud en una feria de artesanías de Plaza Francia. Se aleja un poco y en los alrededores descubre un gigantesco tulipán de acero, la Floralis Genérica, el edificio de la Facultad de Derecho, el Museo de Bellas Artes. Sigue andando por un sendero de árboles. Camina dentro de un perfume vegetal, entre los troncos oscuros y un techo verde cerrado; en plena ciudad en la fresca sombra de un bosque.

En el estado de contemplación relajada en que la ha sumido el paisaje del barrio, siente de golpe que algo le salpica el blanco de su blusa. Le desagrada el olor pestilente de eso que la manchó, cree que fue un pájaro y, casi al momento, ya hay una pareja junto a

ella. Amablemente la ayudan a limpiarse. Para Chun Hua es menos importante la molestia de aquello que le manchó la blusa, que el buen corazón de las personas de Argentina. Estas dos personas están un poco indignadas por lo que le ha pasado, se hacen responsables, como si sintieran cierta vergüenza de que una extranjera pase un mal momento.

Sólo más tarde, cuando va a pagar el colectivo para volver al hostel, se da cuenta de que no tiene la billetera. Fue una trampa, piensa Chun Hua, con una sonrisa amargada.

En sus veinte años en Argentina habrán de aparecer muchos estafadores y chantas en su negocio y en su vida. Algunos irán vestidos elegantemente, otros con gran sentido de humor o con apariencia muy simpática y amable: todos ladrones bien disimulados. Los peligros y riesgos, fáciles de descubrir por una persona local, son invisibles o pasan inadvertidos para una extranjera.

Chun Hua tiene que caminar para volver a su lugar, son 10.765 pasos, noventa y siete minutos de camino.

El día siguiente el despertador no suena. Cuando se despierta son las nueve y media. Se cepilla los dientes a toda velocidad, se lava la cara con dos golpes de agua y sale disparada. Toma un taxi para no llegar tan tarde. El taxista quiere hablar; pero ella está demasiado apurada para prestarle atención. Al llegar al aula ve que la profesora no está y que los compañeros están escuchando juntos la radio.

—¿Qué pasó?

—¿No sabías? Hoy temprano hubo un accidente ferroviario en la línea que vos usás. Estamos escuchando qué dicen en la radio. No se entiende mucho, pero fue grave. Es el tren que vos tomás todos los días, ¿no?

—Sí, pero hoy no, porque me levanté tarde.

—Por suerte. Están diciendo que ya mandaron cincuenta ambulancias y tres helicópteros. Es el accidente más grave de las últimas décadas.

No entienden muy bien la información, el locutor habla muy rápido para su nivel de español, con muchas palabras que son todavía raras para ellos, y empiezan a hablar pavadas. Nadie nota que la señorita Fang del otro curso no ha venido. Y no habrá de volver.

Chun Hua no tiene muchos recuerdos de ella, sólo se cruzaron algunas veces en la escuela. Era una chica de pelo largo, andaba siempre con camiseta blanca y jeans azules. Era una de las pocas chinas que tenía padres en Argentina y, por eso, invitaba a todos los que no tenían a su familia aquí a pasar el Año Nuevo chino en su casa.

Chun Hua mira la dirección de la casa de Fang en la agenda del celular. Tiene el recordatorio configurado para verla a las 18 del viernes siguiente. “Todavía tengo su dirección”, la sensación de que las cosas pueden suceder repentinamente la deja helada. Es la primera vez que Chun Hua siente la muerte tan cerca. Sólo a una distancia de pasos.

No sabe que en sus años futuros habrá de enfrentarse con la muerte muchas veces. No importaría cuánto luchara, cuánto llorara, tendrá que aceptar que la muerte se llevará a su familia querida, a su mejor amiga y a personas cercanas. Pero eso habría de venir mucho después.

Chun Hua va al banco a vender los dólares para los gastos de este mes. Los guarda en un sobre adentro de la mochila y toma el subte de regreso al hostel. Pero al llegar a su habitación el sobre ya no está. Chun Hua siente que su respiración se ha detenido. Se pone pálida. Tampoco tiene el celular. Ambos se han fugado.

Se sienta a la cama con una sonrisa amarga. Se mira las manos vueltas hacia arriba, vacías. Una persona estaba ahogándose en un pozo de agua; alguien pasó y arrojó una piedra al pozo. Un local comercial se incendió y la gente entró para robar la mercadería. Ella tiene que usar cada centavo con cuidado. El colectivo sale dos pesos con setenta y cinco centavos y ella paga con números exactos. La pizza de Ugi's cuesta dieciocho pesos, la mitad es para el almuerzo y la otra mitad para la cena. El agua que toma siempre es de la canilla. Algunos años después, cuando Chun Hua viva en una casa de Barrio Parque, obviamente sin Ugi's en la zona, cada vez que vaya al centro, al pasar frente al local de Ugi's, no podrá olvidar lo rica que era la pizza: la olerá con el deleite que se huele la almohada de un ser querido.

No es simplemente pizza. Es la comida que la mantiene viva. La esperanza dentro de una caja de cartón.



Chun Hua llama a su madre vía *skype*. En este momento no existe *wechat*¹⁰. Ya es fin del año, los padres han regresado a su ciudad, luego de haber pasado todo el año en la provincia de Zhejiang como albañiles de terminación colocando cerámicos, azulejos, baldosas. Es un trabajo en negro, que no tiene horario ni lugar fijo, van adonde los necesitan. Por una llamada, un día van aquí y otro día allá. Cuando hay trabajo empiezan a las seis de la mañana y a veces terminan a las doce de la noche, porque a los clientes les gusta tener todo terminado lo antes posible.

A veces los clientes no pagan, quejándose por problemas inexistentes, buscan excusas para pedir descuentos o simplemente para no pagar en el momento. Lo peor es que en épocas de poca demanda, llegan a estar semanas enteras sin trabajo. En esas pausas, el padre juega al póker. En el sur de China, los hombres no tienen muchas cosas para divertirse; les gusta jugar al póker para ganar o perder dinero, mientras matan el tiempo.

Chun Hua siempre se siente agradecida con sus padres por no haberla abandonado apenas nació. No podían abortar porque el gobierno prohibía conocer el género del bebé durante el embarazo, pero ella puede imaginar la cara de sus padres y abuelos cuando el médico les avisó que era otra mujer. ¿Qué habrán dicho? Ya no hay manera de saberlo, pero seguramente se maldijeron. La habrán llamado “la tercera *pei qian huo*”¹¹.

Pero sobrevive y crece fuerte y sana. Y nunca la abandonan o la intercambian por un hijo de otra familia con muchos hijos, como han hecho los padres de algunos compañeros de su primaria. Sólo

10 *Whatsapp* en China.

11 *pei qian* significa perder dinero y *huo* significa un objeto y *pei qian huo* es una frase hecha que acusa a la mujer como un objeto que ocasiona pérdidas materiales.

por eso, ella decide amarlos incondicionalmente. Les debe todo y les pagara toda la vida.

Siempre recuerda cuando era chica y se había ido con los amiguitos a la montaña. Al volver a su casa, se dio cuenta de que las ramas de los árboles le habían producido algunos rasguños en la ropa. Ni bien su madre vio la ropa rota, le empezó a pegar con una escoba. Le pegó tan fuerte que rompió la escoba. Recién entonces se detuvo para descansar y tomar agua. Entonces, su padre que estaba fumando sentado en el piso, al lado de la puerta, finalmente intervino:

–Te dije que había que meterla al tonel de orina para ahogarla. Las hijas mujeres sólo sirven para gastar dinero. Total, va a irse y a tener hijos con otro apellido.

Después de tantos años, todavía recuerda esas palabras tan claramente como si su padre se las estuviera diciendo. ¿Las recordaba por odio? No. Después de toda una vida a su lado, puede mirarlos con simpatía y compasión. Entiende que son personas pobres, sin riqueza material ni espiritual. Sin embargo, por alguna razón ella no puede sacarse de la cabeza aquellas palabras de su padre. A veces, las frases son como una mancha de tinta en un papel, permanecen degradándolo mientras el papel existe.

–Ma, ya estoy en Argentina. Cada día tomo clases durante cuatro horas. Estoy mejorando mi español en una escuela de idiomas. Mis profesores y mis compañeros son muy simpáticos.

–Bueno. ¿Ya estás acostumbrada a la comida? ¿Hay arroz allí?

–Sí. El arroz argentino es raro, tiene otro sabor. Pero se vende arroz chino en el Barrio Chino.

–¿Es caro?

–El precio está bien.

–Comé más arroz y menos carne. Vas a engordar.

—La carne es más barata que en China. Cocino pollo y tomate, resulta que el pollo es más barato que el tomate.

—Bien. Entonces, come más carne. Es más nutritiva.

Siguen hablando temas cotidianos hasta que su mamá la interrumpe:

—Me dijo una compañera de tu universidad que rechazaste un trabajo como funcionaria en el gobierno para ir a estudiar a Argentina. ¡Qué loca estás! Ni tu padre ni yo podemos entender esto. Para una mujer el mejor empleo es tener la oficina cerca, con menos trabajo y menos presión.

—Ma, con la experiencia de estudiar y trabajar afuera, voy a encontrar mejores oportunidades que las que me ofrecieron antes. No se preocupen, voy a ganar tres o cinco veces más de lo que hubiera ganado.

—Ojalá. Menos mal que te dieron una beca para estudiar allí.

—¿Cómo están mis hermanas mayores?

—¿Ellas? Bien o no bien, qué importa. Qué es bien, qué es no bien. La vida es durar, aguantar lo que te toque hasta el momento de cerrar los ojos.

El tema no le importa. Hace una pausa y comienza a hablar de algo que le hace levantar un poco la voz.

—Tu hermano menor va a ir a la universidad. Es tan inteligente, Chun Guang. Ya no tendré vergüenza de mirar a los antepasados después de mi muerte. ¿Vos ya juntaste todo el dinero para los gastos de su matrícula escolar? No lo uses allí, ¿eh? Ya hablamos de eso.

—Ya lo deposité en su cuenta, madre, no te preocupes.

Hablaron algo más de media hora. Chun Hua le miente a sus padres. No hay ninguna beca, está usando sus ahorros. La mentira es algo que se repite muchas veces con sus padres. Trabajaba como intérprete cuando era estudiante de la universidad, para una agencia

de traductores, y en un día de trabajo ella ganaba lo que sus padres en una semana. Sólo un día más en la agencia le evitaría a ellos una semana de trabajo duro, así que aunque estuviera muerta de cansancio, se levantaría de la tumba para seguir trabajando. Traducía para miles de personas, iba de una lengua a otra, en reuniones de políticos, empresarios, artistas, intelectuales.

Una vez acompañó a un gobernador de Nigeria a hacer una compra de muebles para exportar. Trabajó con mucha dedicación y lo asistió con firmeza en la negociación para que consiguiera un mejor precio. Cuando se despidieron, él le dio un sobre. Había mil dólares adentro. El gobernador le dijo: “vaya a comprarse una moto para conocer bien Beijing, esta ciudad está lleno de oportunidades”. El día siguiente ella envió todo el dinero a su casa de Yi Chun. Había tantas bocas esperando para comer.

Al tercer año Chun Hua empezó a ahorrar dinero para sí misma. Cuando llegó a los treinta mil dólares, cinco mil los reservó para los gastos de la universidad de su hermano menor, dos mil para la hermana mayor y los otros dos mil para la segunda. Y cuatro mil para sus padres. El resto serviría para todos los gastos del primer año en Argentina. Para todo: las cuotas de la escuela, los gastos de documentación, los pasajes, la comida y la vivienda. Desde una medialuna hasta los condones. Contiene la respiración del primero hasta el último día.

Cuando supo que su hermano Chun Guang iba a ir a Beijing a estudiar se puso muy contenta. La hermana mayor sólo había terminado la primaria porque no pudo aprobar el ingreso a la secundaria. La segunda hermana terminó la secundaria, pero no fue a la universidad porque tampoco pasó el examen de admisión. No era obligatorio recibir nueve años de educación como ahora. En el último año de la secundaria siempre tenía pesadillas. En mitad de la noche la

despertaba el miedo de no tener buenas notas en los exámenes, pese a que siempre había estado entre los tres mejores de su clase.

Los estudiantes secundarios tienen que vivir en la escuela. En cada habitación dormían seis chicas o chicos. Los chicos vivían en un edificio y las chicas, en el otro. Una vez se despertó y se fue al baño a estudiar con la luz del celular para no molestar a las compañeras de cuarto. Su padre le había dicho que si no aprobaba el examen, no iba a tener una segunda chance. Tendría que ir directamente a trabajar en la fábrica.

Es domingo. Hay mucho silencio en Buenos Aires. Muy raro. Muchos restaurantes y locales están cerrados los domingos y tampoco están abiertos los bancos. En Buenos Aires, los bancos trabajan de diez a quince, y sólo de lunes a viernes. Es algo que no se puede imaginar en China. “China necesitaría domingos que separen los días pesados, como acá. Un domingo sirve para recargar energías. ¿Puede ser que la paz de este lugar le hiciera recordar el pasado? Cuando la ciudad se tranquiliza, la memoria vuela lejos.

Cuando llegó el sobre que contenía el aviso de admisión a la universidad, ella vio la ansiedad en los ojos de su padre. Papá actuó como un niño que hubiera hecho algo malo, sus ojos se escaparon para evitar el contacto con los suyos. Chun Hua notó que le temblaban levemente las manos. Él leyó desde la primera hasta la última letra del aviso. “Beijing”, “Inglés” son palabras lejanas, tanto que representan otro mundo. El no cometió ningún error, sólo no tuvo dinero.

III

Sueño

Chun Hua no sabía cómo empezar la primera frase.

Ya hacía una hora que estaba sentada en el living. La familia tenía tres hijos; los varones estaban jugando con una pelota en el jardín, la chiquita estaba practicando piano con su madre al lado. Era una mujer maquillada, de pelo largo. Era la tía de Chun Hua. La hermana menor de su padre. La canción que salía del piano, “Mariage d’Amour”, no conseguía hilar una melodía. Algunas veces, cuando aparecía un error, inmediatamente se oía el sonido de un golpe. Aquella era una madre exigente.

Era junio, pleno verano, afuera hacía muchísimo calor, pero Chun Hua sentía frío. ¿El aire acondicionado estaba regulado a una temperatura baja? Tomó un sorbo de té verde. Estaba muy caliente, le quemó un poco la boca. En la televisión daban una telenovela. Chun Hua, distraída, no entendía de qué se trataba, pero veía que la protagonista tenía ropa elegante, hablaba con una sonrisa confiada y caminaba con la frente en alto. Era una chica que recibía mucho amor. Tenía su propio dinero.



Esa chica era esa chica, no era Chun Hua. ¿Y Chun Hua? Ella era la que tenía que sentarse en el sillón. Incómodamente, en un sillón cómodo.

Terminó la práctica de piano. Una, dos, tres mujeres respiraron aliviadas. La tía fue a acostarse en el sillón de masajes, con un abanico de bambú en la mano. Era un sillón grande, estaba un poco roto, con algunas grietas de diferentes tamaños.

–Comé más frutas. ¡Uy, dos horas de ejercicios! Estoy un poco cansada, voy a cerrar un ratito los ojos.

–Bueno, descansá.

La tía se puso el abanico sobre la cara. ¿Para tapar la luz del día?

Chun Hua bajó el volumen de la televisión. Volvió a mirar la pantalla. Retomó las aventuras de su vieja amiga. Los padres le habían comprado un auto lujoso para su cumpleaños, el novio reservaba hotel para viajar con ella a Viena de vacaciones. Pero ella no estaba contenta. El mundo entero trataba de complacerla y ella no estaba contenta.

Siempre hay gente afortunada, que tiene todo para estar feliz, pero abusa de su derecho a la infelicidad.

Sintió una molestia en el cuello, después de mantener tanto tiempo una posición fija. Movié la cabeza a izquierda y derecha para sentirse mejor. De repente, fijó la vista en el abanico, y se sobresaltó. Tal vez su tía la estuviera observando por entre las grietas. Tuvo que seguir mirando la televisión. Un ratito después, su tía se sacó el abanico de la cara, y se levantó.

–Me siento mejor ya. Nada como una siesta así.

–Seguro.

–¿Cómo están tus padres?

–Todo bien.

–Bueno.

Silencio. Sonido de tomar el té. Otro silencio.

–Tía, quisiera pedirte que me prestes dinero para pagar mis estudios. Fui aceptada por una universidad en Beijing. Te lo voy a devolver apenas termine la carrera.

–Ah, eso. ¿Lo sabe tu padre?

–No. Pero sé que él no tiene dinero. Sólo quiero pedirte para el primer año, porque hay que pagar por adelantado para poder ingresar.

–Ah, entiendo. ¿Pero tu padre sabe que vos viniste acá?

–No. Fue idea mía.

–Mirá, es cierto que tenemos más dinero que tu familia. Pero tampoco somos millonarios. Yo, una mujer, qué puedo hacer, soy ama de casa, el dueño de la casa es tu tío. Dejame hablarlo con él. Se fue al jardín a hacer una llamada.

–Está bien. Como pariente, queremos ayudarte en lo que podamos. ¿Cuánto necesitas?

–Para el primer año, mil y quinientos dólares.

–Está bien. Los tengo en mi habitación. Me firmás un pagaré y te los traigo.

Se quedó a cenar con la tía y su familia. Era verano. Tenía diecisiete años. Una noche de verano a los diecisiete años. Fue una noche de luna llena de un verano de sus diecisiete años.

No había mucha luz en la calle. Ella caminaba lentamente.

–¿De dónde venía esa música de *erhu*?

No era profesional, pensó, porque no era perfecto; el sonido del instrumento le causaba una sensación única, una emoción muy profunda. El tema era “Jiang He Shui”.

La imperfección a veces te toca el corazón. ¿No?

¿Quién tocaba ese instrumento musical tan triste?

¿Quién tocaría ese *erhu* en una noche así?

¿Quién tenía la necesidad de hacerla llorar?



IV

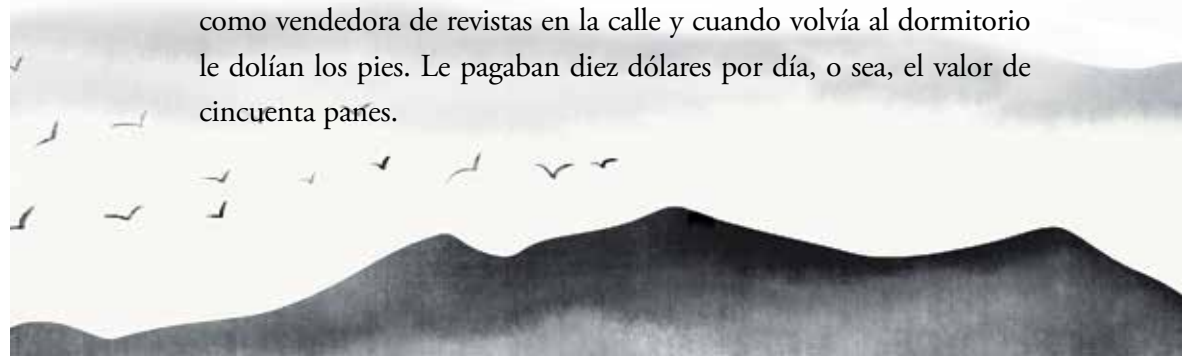
Amistad

Ya pasaron tres meses desde su llegada a la Argentina.

Chun Hua ve que su billetera está cada día más flaca y se siente muy inquieta. Aunque durante estos meses su español ha llegado a un nivel alto, se siente muchísimo mejor y naturalmente feliz por el avance. La felicidad es sólo un sentimiento, no se puede convertir en pan y no puede disolver el hambre.

Ida consigue trabajo.

Un trabajo humilde. Una de las ventajas de ser chino es que, en cualquier país al que vayas, hay un barrio chino y allí siempre un paisano puede encontrar trabajo. Todos los sábados se ocupa de la seguridad de un negocio. Tiene que estar parada desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche, yendo de un lado a otro del local para controlar que nadie robe. Estar de pie doce horas no es tan difícil para ella. En el primer año de la universidad en Beijing trabajaba como vendedora de revistas en la calle y cuando volvía al dormitorio le dolían los pies. Le pagaban diez dólares por día, o sea, el valor de cincuenta panes.



Lo difícil es volver a casa cuando termina el otro trabajo que tiene, de lunes a viernes, como moza en un restaurante chino. Entra a las ocho de la noche y sale a una de la mañana, cuando ya no hay subtes y el colectivo nunca tiene un horario fijo. A veces llega al hostel a las tres de la mañana. Pero el viento de la noche es cómodo; la ciudad dormida, desde la ventanilla del colectivo, es hermosa.

Hay momentos en que le da miedo esperar media, una hora en la parada de colectivos. Muchas veces merodean borrachos o mendigos, o mendigos borrachos. Una vez un mendigo se le acercó y le pidió plata. “¿Tenés veinte pesos, flaca? ¿Diez pesos? ¡¿Qué te hace...?! Vos tenés plata... Dale, diez pesos, flaca”.

No soy tan flaca, pensó Chun Hua.

Eran los dos solos en la madrugada. Ella se asustó y se alejó con un impulso instintivo. El mendigo borracho le tiró piedras. Tuvo tanto miedo que le vino a la mente un flash de Shi Kang, el hombre que más la había amado en su vida. Qué pensaría si supiera que ella hizo todo para escapar, para vivir como estaba viviendo ahora.

Pero aquel Shi Kang nunca va a saber nada más de ella.

Chun Hua llega a la casa de la profesora Eugenia que la invitó a jugar *mahjong*¹². En un amplio living hablan fuerte y se ríen varios chinos y argentinos. Allí conoce a una chica de Shanghai, 温雅¹³, Wen ia. Ella no se puso un nombre en español, la llaman Wen ia. Viste una pollera larga de seda blanca y una blusa con volados en las mangas. Ella está enfocada en el *mahjong*, mientras una mariposa revolotea cerca de su brazo. La casa tiene un jardín con muchas flores de diversos colores. Es el momento de plena floración. En el aire hay una fragancia dulce y nueva. Wen ia mira sus fichas atentamente, frunciendo el entrecejo, sin decidirse por cuál descartar. La mariposa parece buscar algo en su piel. Al fin se posa, ingrávida, batiendo las alas al principio y luego plegándolas, en su cabeza. En el sol oblicuo y maduro de la tarde, la mariposa brilla con una luz de oro.

Chun Hua siempre habrá de recordar la visión de la mariposa. Será la imagen que le vendrá a la mente cuando Wen ia llegue llorando a su casa –cuando después la acompañará al Tíbet– y, en realidad, cada vez que conozca a algunas de las muchas chicas chinas con las que tratará en Buenos Aires. Aquella escena del primer encuentro con Wen ia –la pollera blanquísima, la mariposa tocada por el sol, las mangas con volados– le habrá de llegar tantas veces que confundirá los detalles. Percibirá ligeras modificaciones, como sucede cuando se vuelve muchas veces a los recuerdos más reales.

¿Puede ser que un recuerdo cambie cada vez que se lo vuelve a despertar? ¿La memoria puede ir refinando un recuerdo hasta conseguir recordar lo que se quiera recordar? ¿Puede ser que el perfume de

12 Mahjong es un juego de mesa de origen chino, exportado al resto del mundo y particularmente al resto de Occidente a partir de 1920. En su versión original está compuesto de 144 fichas, pero ese número cambia según el tipo de set en donde se agregan o eliminan algunas fichas.

13 “Wen” 温 significa “suave”; 雅 “ia” significa “elegante” en chino.

las flores, el sol maduro de la tarde, la mariposa, hayan sido agregados después? Quizás. Ya pasaron tantos años. Uno habla, el otro sólo puede oír lo que quiere escuchar.

Los años transcurren, la gente sólo recuerda lo que desea recordar.

Una cosa feliz de estar en Argentina es que hay más vacaciones que en China. Parece que cada mes tiene un feriado, aunque nadie sepa qué se celebra. Wen ia invita a almorzar a Chun Hua a la habitación que alquila en un departamento en Congreso. La dueña, una señora viuda, es profesora de chino en una escuela primaria. Los fines de semana y los feriados los pasa en la casa de su hijo para cuidar al nieto de dos años. Chun Hua compra una botella de malbec mendocino, “como se acostumbra acá”, según le dijo un compañero argentino. Cuando estaba en China casi no tomaba nada, sólo en las cenas comerciales.

Toca el timbre, aparece para abrirle la puerta una chica que no conoce. La chica la saluda con una sonrisa divertida.

–¡Bienvenida!

–¿Es la casa de Wen ia?

–¡Sí! Soy su amiga. Wen ia está cocinando –le contesta.

Tiene altos pómulos y pequeños ojitos brillantes. En este momento, sale Wen ia, la chica de la mariposa.

–Ida, te presento a Hebe. Es de Tianjin, ya terminó el posgrado en San Andrés. En el examen nacional de ingreso a la universidad en China, ella fue la primera de su ciudad, ¿qué te parece? No exagero.

–¡Mirá! –exclama Chun Hua.

–Su padre vive en Estados Unidos –continúa Wen ia– su madre en Francia, sus abuelos en China y su ex novio en Australia. ¡Y ella vino a la Argentina para escapar de todos! ¿Podés creer?

–¡Callate! Te voy a besar si seguís hablando, al estilo francés –Hebe tapa con una mano la boca de Wen ia y ambas ríen.

Ida las observa con un poco de curiosidad y sonrío. No sabe por qué, pero siente que ellas son chinas, pero no como las chinas que viven en China. Si las encontrara paseando por la calle, le sería evidente que habían vivido fuera de China. Es una sensación, una sensación que no sabe bien cómo explicar con palabras.

En un pequeño balcón al que da la cocina hay otra chica: alta, delgada, el cabello apenas bajo los hombros. Habla por celular, mirando hacia el horizonte de edificios. Termina de hablar, entra y le da la mano a Chun Hua.

–Hola. Soy Wang Meng. Puede llamarme Victoria.

Chun Hua queda un poco descolocada con el gesto de la chica, pero igual le retribuye el saludo del mismo modo.

–Hola, soy Ida.

Wen ia repite el protocolo de la presentación, como si se impusiera la obligación de informar el currículum de cada amiga nueva.

–Victoria es de la provincia de Zhejiang. Hizo la carrera de comercio exterior en la UADE. A nosotras tres nos falta la tesis de posgrado. Ella trabaja en una empresa de exportación, en Puerto Madero. Hacer el posgrado fue una cortina de humo, su intención es hacer importación y exportación entre Argentina y China. Desde chica quiere ser una empresaria millonaria. Chuan Hua ha escuchado con obediencia, reprime la risa mientras Victoria dice:

–Todavía no soy millonaria. Por ahora soy pensadora y filósofa. ¿Hace cuánto estás acá?

–Sólo un mes.

–Ah. ¿Te gusta?

–Sí. Mejor aire. Mejor clima. Menos tráfico.

–Suena a que venís de Beijing.

Chun Hua siente que ella también debería desplegar su biografía, pero sólo dice:

–Sí. Soy Licenciada en Inglés de la Universidad de Lenguas Extranjeras en Beijing. Viví allí cinco años.

–Yo también hice mi grado en Beijing, pero de economía. En la Universidad de Negocios Internacionales, ¿la ubicás?

–Sí. ¿Cuántos años pasaste allí?

–De los dieciocho a los veintiséis.

–¡Allí dejó su juventuuuud! –canturrea la voz de Hebe, desde algún lugar lejos de la cocina.

–¿Dónde estás, Hebe? Hablás como si fueras un fantasma.

–¡Estoy en el baño!

–¿Justo ahora?

–¡Estoy vaciando mi panza para poder comer más!

Todas se ríen a carcajadas.

Chun Hua observa a las chicas. Cuatro chicas de distintos rincones de China, de diferentes edades, acentos, familias. Las personalidades son como ingredientes diversos de un plato de ensalada. Wen ia es el aceite de oliva que las liga a todas. Ya está puesta la mesa. La comida es china: pollo saltado con hongos y bambú, tofu saltado familiar, langostinos fritos, cerdo con ají verde y sopa de tomate y huevo.

–¡Wow! Extraño tanto la comida china.

–¿No cocinás?

–En el hostel, compartimos todos una sola cocina. Siempre hay mucha gente. Y con el estudio y el trabajo, no me da el tiempo.

–¿Qué comés?

–A la mañana, leche con medialunas. Para almorzar, milanesa, para cenar, pizza de Ugi's, que es la más barata. De todos modos me parece que no hay mucho para elegir. Desde las villas hasta la Casa Rosada, solo hay cuatro platos: asado, milanesa, pizza, pasta.

–Bueno. Todos los domingos vení a comer a mi casa. Nosotras siempre nos juntamos y cocinamos comida china.

–¡Qué bien!

Se van sentando a la mesa.

–Brindemos. Por la nueva amiga –empieza Wen ia, levantando la copa.

–Por la amistad. Por la patria. –sigue Chun Hua.

–Por el dinero y ¡viva Argentina! –agrega Victoria.

–Por la juventud y el amor de ¡los chicos argentinos! –chilla Hebe.

–¿Qué amor? Vos estás cambiando de novio más rápido que de peinado –critica Wen ia.

–Que Dios sea justo: Hebe ya cambió docenas de novios, los ex ya pueden juntarse a jugar en diez mesas de póker, tres equipos de fútbol. ¡Y Wen ia todavía es virgen! –dice Victoria con su voz grave.

–Cuidá mi intimidad, por favor –dice Wen ia, con recato.

–Pero ¿cómo? Sos tan linda. ¿Nunca te gustó nadie? –pregunta Chun Hua.

–Sí. Varios. Pero platónicamente –se anticipa Hebe.

–Antes de los dieciocho, mi familia me prohibió tener novio, como a todas. Pero me gustaba mucho un chico de la secundaria. Ocupaba todo mi corazón, era como si estuviéramos juntos en la vida. Cuando me fui a otra ciudad para estudiar en la universidad, no podía enamorarme de otros.

–Un chico, no. Era su profesor de chino. A ella le gustan los “señores”.

–Él solo tenía veinticinco. Era su primer trabajo en nuestra clase.

–Oh, ya terminamos una botella. Abramos otra –dice Hebe–. Después le gustó el jefe de su primer trabajo, pero como estaba casado, ella nunca se lo confesó. Y después de años de trabajar en la misma oficina, se fue de China para olvidarlo. Dijo que toda la ciudad estaba llena de su sabor.

–En realidad, para mí, el amor es un sentimiento individual. Para mí es bueno estar cerca de alguien que me gusta, aunque él no sepa que lo quiero. Tal vez nunca lo sepa. Cada día me sentía feliz con solo verlo, a mi jefe. Pero me fui de China no solo por él, también buscaba nue-

vos rumbos para mi vida. Soy hija única, mis viejos son profesores de primaria, me controlaban todo el tiempo. Necesitaba independencia.

–Y lo gracioso viene después.

–Callate, Hebe. ¡En un solo almuerzo ya me sacaron toda la ropa! No me queda más privacidad.

–Siempre sos transparente –dice Victoria, que siempre da sentencias.

–Bueno, bueno. Vos te llamás pensadora, pero lo que más te gusta son los chismes.

–La pensadora piensa en los temas del amor también.

–Déjame continuar, Wen ia, ¿puedo contar?

–¡Ya estás contando todo!

–Lo gracioso –continúa Hebe– es que después de llegar a la Argentina, ¡se enamoró de su profesor en la escuela de idiomas donde está estudiando!

–¿Cuál es? –quiere saber Chun Hua.

–Alberto.

–...No lo conozco.

–No. Porque se fue a China para buscar a su ex novia, que era su ex alumna también. Ella, hasta hoy, se enamoró de tres hombres. Y todos fueron amores secretos.

–Parece ficción.

Terminan el segundo vino. Wen ia va a la cocina a traer el helado de Freddo y un vino tardío de Callia.

–¿Podemos cambiar de tema? Se viene el tiempo dulce, hay que dejar atrás todo lo amargo. Les sirvo, emperatrices.

–¡Chinchín!

–Hebe, ¿cómo estás con Kim, el coreano bonito? –pregunta Victoria.

– Súper bien. Esta relación va a durar mucho. Lo digo en serio, ¿eh? –brindan entre risas.

—¡Vamos a ver, Ida, empezá a contar el tiempo, te apuesto a que no dura más de cinco meses!

—Yo apuesto por dos. La apuesta es trescientos dólares. —dice Hebe, con los cachetes incendiados, casi del color de la cereza.

—Y vos, Victoria, ¿ya te decidiste a estar con el tipo divorciado? —pregunta Hebe.

—A mí no me molesta en absoluto que él esté divorciado, lo que me parece difícil es convivir con sus tres hijos. No estoy segura de esa relación todavía. Estamos saliendo, a ver qué pasa. Qué se yo.

—Él tiene una fábrica de medias, ¿no? Podés ayudarlo en su negocio. ¿Por qué no renunciás a tu trabajo y vivís como la mujer del dueño de la fábrica? —insiste Wen ia.

—Te cuento una anécdota: en mi infancia vino un tío a mi casa y contó de una chica muy linda que se iba a casar con un millonario. ¿Saben qué dijo mi padre? Dijo que no: “No va a ser la mujer del millonario, va a ser una millonaria por sí misma”. Aunque yo no entendí muy bien en ese momento, me impactó esa frase y me quedó grabada en la cabeza. Por eso, siempre quiero algo propio, prefiero ser dueña de mi carrera, de mi trabajo.

—Ustedes los zhejiangneses desde que nacen son comerciantes. Lo tienen en el ADN.

—El ambiente comercial es un factor, pero también tiene que ver con la educación familiar. Cuando yo era niña, era muy tímida. Cuando venía gente a mi casa, siempre me escondía en el baño para no tener que saludar ni hablar con desconocidos. Para que me hiciera más valiente un día mi padre me llevó a la feria y me dejó una sandía para que la vendiera. Yo tenía tanto miedo en medio de la multitud, viendo a los hombres y las mujeres pasaban y pasaban, pero no me salía venderla, no hablaba, no la ofrecía. La gente no entendía qué estaba haciendo yo ahí, sola, con una sandía enfrente. Por fin, llegó

un hombre al atardecer y me preguntó qué hacía. Empecé a llorar y le dije, “tengo que vender esta sandía”. Él me preguntó cuanto salía “No sé, dos dólares”, le dije. Él me dio cinco dólares y se fue. Esa fue la primera venta de mi vida.

—Tu padre debe ser un hombre muy duro. ¿Qué hubiera pasado si alguien te llevaba o si te perdías?

—Sí. Es una persona muy dura, pero su corazón es muy tierno. Más tarde, supe por mi madre que esa tarde él había estado escondido en un rincón, observándome todo el tiempo. El mejor regalo que recibí en este mundo es el amor de mi padre, callado y profundo —dice Victoria con una sonrisa orgullosa.

En China se dice que para un padre, su hija es el amor que tuvo en otra vida, cuando estaban encarnados en otros cuerpos. También se dice que el amor más incondicional y desinteresado que puede recibir una mujer es el de su padre. La gente dice esas cosas; Chun Hua las entiende, pero nunca las siente.

—¿Vos tenés novio, Ida?—pregunta Victoria, al ver que Chun Hua está muy callada.

—No.

—Llegó hace apenas un mes.

—Qué se yo, por ahí está en China.

—¿Vos creés en el amor a la distancia, Hebe?

—Yo no, pero capaz otras sí. Tuviste novios, ¿no?

— Sí. Tuve uno. Cuatro años de relación —responde Ida y calla, pensativa.

—Bueno. Ahora olvidemos a los hombres. Vamos a bailar bachata, chicas —Victoria pone “Bachata rosa”, de Juan Luis Guerra, y le toma la mano a Wen ia.

Te regalo una rosa
la encontré en el camino
no sé si está desnuda
o tiene un solo vestido
no, no lo sé

si la riega el verano
o se embriaga de olvido
si alguna vez fue amada
o tiene amores escondidos

ay, ayayay, amor
eres la rosa que me da calor
eres el sueño de mi soledad
un letargo de azul
un eclipse de mar, pero...

ay, ayayay, amor

Cuando termina la canción, luego de un silencio Wen ia dice en voz baja:

–Quiero confesar algo.

–¿A ver? –todas la miran.

–Alberto volvió.

–¡No!

–¿En serio?

–¿Y qué vas a hacer?

–No sé. Me invitó a cenar a su casa ayer. No sé qué responderle –

Wen ia mira a través de la ventana.

Victoria la observa fijo unos instantes y le dice:

–Ojo, ¿eh? Es un mujeriego. Ya sedujo a cuatro alumnas. ¿Hace cuántos años se divorció de su ex mujer? Dos años. En dos años, lo que sabemos es que estuvo con cuatro alumnas chinas. Imagínense si en la lista agregamos a las novias argentinas o las amigas con derecho.

–¿Y cómo te sentís, Wen ia? –pregunta Chun Hua.

–No sé. Estoy nerviosa. Estuve todo el día sin saber qué hacer – Wen ia parecía estar perdida.

–Me parece que todavía te gusta. Entonces andá. ¿Qué tan malo puede llegar a ser? Probalo. Si funciona, perfecto. Si no funciona, buscate otro. ¡Al amor hay que practicarlo para lograr un buen resultado! –dice Hebe.

–No me parece un tipo ideal. Pero tiene razón Hebe, no está mal tener algunas experiencias.

–¿Qué es lo que te gusta de él? –pregunta Chun Hua.

–Es un tipo apacible. Cada vez que le consulto algo, me responde con mucha paciencia.

–Bueno, pero es su trabajo –dice Victoria.

–Pero no todos los profesores son así. También me gusta porque es un hombre divertido, siempre me cuenta chistes.

–Es cierto, ¡siempre cuenta chistes verdes! –acota Hebe.

–Después, me parece que tiene mucha valentía, que puede ir a China siguiendo a su ex novia, a un país completamente lejano dejando todas sus cosas atrás. Me gusta compartir momentos de literatura argentina con él. Fue él quien me introdujo al mundo de Borges, de Julio Cortázar, de Silvina Ocampo. Cuando cursábamos Letras en la UBA me ayudó muchísimo en mis estudios.

Se hace un largo silencio. Todas se quedan pensando. Victoria les sirve a todas un vino espumante perfecto, con la temperatura justa.

–Bueno, Wen ia. No sé dar buenos consejos de amor, porque a

mí misma nunca me funcionó demasiado bien. Tengo más lecciones terribles que experiencias buenas.

–Para mí, hay que vivir los sentimientos. La juventud se marcha y no volverá. La pasión fulgura y desaparece. Hay que darle la chance a todos los amores. Cuando uno llega a su vejez, se arrepiente por no haber hecho las cosas, no por haberlas hecho. A vos, ¿qué te parece? –pregunta Hebe a Chun Hua.

–Me gustaría poder estar loca por alguien. Perder la cabeza sería una aventura. Me gustaría poder enamorarme. Lo seguiría como una polilla al fuego –dice Chun Hua tímidamente pero firmemente, y todas ríen.

Las chicas jóvenes suelen tener ilusiones sobre el amor, necesidad de ser amadas, escuchadas, acompañadas.

Hay mujeres afortunadas que pasaron su vida siendo amadas y sin sufrir, pero a la mayoría el amor les dejará cicatrices, heridas, e insomnios. Pero en aquel almuerzo en Buenos Aires, aquellas amigas todavía son jóvenes.

V

Libertad

Chun Hua baja de su habitación en el hostel y camina hacia la carnicería. Desde la vereda de enfrente ve que el carnicero está mirando el televisor instalado en un lugar alto. También otros dos hombres que están en el interior de la carnicería miran el televisor. El carnicero está quieto con una estatua, tomando un trozo de carne con una mano y una enorme cuchilla en la otra. En el momento en que Chun Hua está cruzando la puerta de entrada, el carnicero da un grito que la aterra.

–¡La puta madre! –grita el hombre.

Chun Hua mira hacia el televisor y ve un arco de un estadio de fútbol y una pelota blanca que lentamente hincha la red. Chun Hua no puede saber cuál equipo está ganando, pero claramente entiende que no es el equipo del carnicero. Ese hombre está realmente enojado. Al verla, clavó el cuchillo en la tabla y le dice:

–Está cerrado. No vendo más.

¡Qué susto! Chun Hua sale rápidamente de la carnicería.

¡Está loco!, piensa.



Cuando ya haya estado años en Argentina, habrá de entender la pasión que tiene esta gente por el deporte. Muchos de sus amigos serán fanáticos, que mirarán los partidos con una emoción desmedida. Ella siente en su propio cuerpo las ansiedades y los nervios, las alegrías y las felicidades de ese espectáculo.

Como no ha podido comprar la carne, Chun Hua va a comer a la casa de Wen ia. Allí están Victoria y Hebe también. Resulta que Wen ia ganó la apuesta. Hebe juró que nunca más volvería a salir con un coreano. Lloró durante toda una noche, pero una semana después se ha enamorado de otro oriental.

Esta vez es un "banana": piel amarilla pero había nacido en argentina y había vivido toda su vida acá. Hablaba chino y entendía cuando escuchaba, pero no sabía escribirlo ni leerlo. Sus padres tienen una fábrica de salsa de soja, negocio en el que se metían pocos paisanos. No había mucha competencia y la demanda era fuerte por el consumo diario de la comunidad china. Son millonarios y Santi es hijo único. Fue amor a primera vista. Se fueron a un telo la misma noche que se conocieron. Las chicas están sentadas cómodamente en un sillón con los pies apoyados en una mesita y con un espumante de María.

–Santi es dulce, inteligente y divertido. Me hizo reír mucho. Me gusta pasar el tiempo con él –dice Hebe con una sonrisa tan cándida que parece boba. Una mujer enamorada.

–¿Pero no es demasiado rápido? ¿La mujer no debería ser más discreta?

– Wen ia, ¿qué es el deber? ¿A quién le debo discreción? No seas tan china tradicional. No hay reglas para las mujeres acá. Una pone las reglas para sí misma. Mi regla es seguir mi corazón.

–Pero mis padres siempre me enseñaron...

–¡Ya hace cuatro años que estás en Argentina! Por favor, olvídate lo que dijeron tus padres.

–Son gente de una generación pasada. Hay cosas que podés escuchar, aunque algunas ya hayan pasado de moda. Tus padres son profesores de primaria, entonces siempre te tratan como una niña –Victoria siempre fue la más rebelde.

–Una cosa más. ¡Ya conseguí el DNI permanente!

Después de cinco años en Argentina, Hebe es la primera que consigue el documento permanente.

–¡Qué bueno!

–Felicitaciones.

–¡Qué alegría!

–No puedo confiar en la gente que trabaja en migraciones, ni puedo perdonar su negligencia. Me acabo de dar cuenta de que copiaron mal mi nombre. Es Ka, pero escribieron Ga –Hebe dice enojada.

–Esos tipos son así. A un amigo le pusieron mal la fecha de nacimiento y a otro le pusieron mal el género y ese mismo amigo se dio cuenta de eso muchos años después –Victoria soltó un suspiro.

–La gente acá trabaja así: en Migraciones hay colas enormes de gente y los empleados chatean en Facebook, toman mate, se mensajean por whatsapp. Nunca están ansiosos y nerviosos como nosotros. Y lo que es en Jujuy ¡aún peor!... la cola puede llegar a tener diez cuadras. Deberían estar más digitalizadas estas cosas –agrega Hebe.

Chun Hua no sabe dónde estará en el futuro. Sin embargo, se figura que le gustaría vivir en Argentina cuando sea mayor. Le empieza a gustar el lugar. El ritmo lento, la ciudad elegante.

–¿Te ayudó algún abogado? ¿Cómo hiciste el trámite? –pregunta Chun Hua.

–Fui sola a la Dirección de Migraciones. Presenté los documentos y listo.

—No hacen falta abogados. Hay muchos chantas en ese negocio. En mi segundo año aquí me mintieron dos hombres mayores, me decían que tenían muy buenos contactos con la gente de Migraciones y que me podían acelerar el trámite para conseguir la residencia permanente. Me prometieron que el trámite iba a durar tres meses, y después de un año todavía no había salido. Durante meses les mandé mensajes para preguntarles en qué estado estaba y siempre me respondían que estaría para la semana siguiente. Lo peor fue que se los recomendé a otros chinos y, al final, nos estafaron a todos. Los chinos me pidieron la compensación a mí, porque fui yo quien les había recomendado a estos señores. Pisé mucha mierda. Esos tipos ya tienen más de sesenta años. No puedo entender cómo gente de esa edad puede continuar trabajando ahí. Los chantas no tienen límite de edad —se queja Victoria.

—¿Y al final les devolvieron el dinero? —pregunta Ida.

—No. Ellos no nos devolvieron nada. Yo les tuve que dar la plata a los chinos. No era mucha plata, sólo lo hice para que no me molestaran más, si no cada día me hubieran mandado más y más mensajes. Te digo, si me mordiera un perro en la calle, no me vengaría de él, iría a un hospital para recuperarme y punto. No puedo quedarme a discutir con un perro loco. Lo único que quiero es alejarme de los perros locos.

—Me hace acordar al chiste que contaba un uruguayo de la facultad: Dios le dio demasiadas riquezas a la Argentina y, para ser justo y compensar, ¡después la llenó de argentinos! —Hebe termina con una carcajada.

—Pero un amigo que regresó a China me dijo que cuando estaba en Argentina, todos los días se quejaba, sin embargo, un vez que salió de allí, la extraña todo el tiempo. Cada lugar tiene lo suyo —concluye Victoria.

Chun Hua conocerá esa sensación durante un viaje a China, cuando sea jefe de una empresa de energía y tenga que estar en Bei-

jing por dos meses para trabajar en diferentes proyectos. Ya al segundo mes empezará a contar los días que faltan.

Extrañará de Argentina

el viento, el sol, su lluvia

su aire, su vino, sus aromas

la gente en las calles,

sus canchas de tenis,

el acento porteño.

extrañará

su libertad.

La gente que nunca estuvo en Argentina, jamás la entendería.

Este sábado, Chun Hua camina por Avenida Libertador para ir al Barrio Chino. Los edificios de la avenida están ordenados, limpios y más modernos que los de su barrio de Caballito. Va a trabajar como seguridad. Se viene riendo de sí misma, ella creía que con el título de la Universidad de Lenguas, en Buenos Aires podría conseguir el trabajo que quisiera (más bien a nadie le importó ni siquiera si sabía leer o escribir).

Se acuerda de una frase de Borges, “Nadie ignora que el Sur empieza del otro lado de Rivadavia” y se ríe. Ese ciego burgués podía ver las cosas claramente.

Mucha gente toma sol, sentados o acostados en el pasto están cebando mate. Una escena así se ve poco en Beijing. Por un lado, el aire está contaminado durante varios meses al año; por otro, la gente trabaja los fines de semana, aprovechan para salir con los clientes y así mejorar las relaciones. No quieren perder nada de tiempo. Su cultura les dice a los chinos que estar sentados tomando mate es perder el tiempo.

El ritmo es muchísimo más rápido en Beijing que en Buenos Aires.

En la feria de Recoleta muchas chicas toman sol en bikini. ¡Qué raro! Le habían dicho que el código de belleza no era tener la piel blanca, como en China. Las chinas salen con sombrillas, no por la lluvia sino para protegerse de los rayos ultravioletas que vienen del sol. Pero acá las mujeres, de diversas edades, están bajo el sol en una plaza, una quinta, junto al río o jugando al tenis.

A Chun Hua le gusta el tenis. En realidad, jugaba muy bien cuando estaba en la universidad, pero no tenía muchas compañeras porque las chinas no quieren tener músculos muy marcados. O quizás no quieren que los hombres piensen que ellas son más fuertes. Tampoco estar al sol para no ponerse más oscuras.

¿Desde cuándo esto era así? Parece que a partir de la dinastía Song. Ya pasaron más de mil años, pero los hombres y mujeres persiguen ese código de belleza: ser frágiles y ser blancas. Hacia ella viene una chica en bicicleta, con una sola mano en el manubrio, mientras con la otra saca el celular de su bolsillo. Los pies en los pedales se mueven con ritmo. Los pies son comunes y naturales. Esa chica quizás nunca sabrá que al otro lado del planeta obligaban a las mujeres a lucir un “pie de loto”. Las mujeres debían usar unos zapatos que no permitían el desarrollo natural de sus pies para, así, lograr tener pies pequeños. Y eso era sólo porque a los hombres les gustaban los pies chicos.

¿Cuántos millones de víctimas sufrieron durante esa época? Lloró cuando en su infancia vio los pies torturados de su abuela. Atrás de cada pie había una mujer sufriendo. Cada pie incompleto de esas mujeres se calza en una historia de lágrimas.

Pero acá es distinto. Siente un viento fresco que le acaricia el cabello de la frente. Acá a las mujeres les gusta tener la piel del color del bronce. ¿Por qué las chinas no y las argentinas sí? Chun Hua reflexiona en las razones de esas diferencias. Ha leído una teoría.

En China, en la generación de sus padres, las familias rurales recibían un pedazo de tierra y las mujeres de clase baja tenían que trabajarla. Así, las mujeres fuertes y morochas eran campesinas pobres. Por el contrario, las mujeres de familia rica no tenían esa necesidad, iban a la escuela, o a la oficina, o simplemente se dedicaban a ser amas de casa.

Mientras, en este lado del mundo, en Argentina y los países de Occidente, la tierra fue poseída por pocos dueños. La mayoría de las mujeres de clase media y baja trabajaban en las oficinas o en las fábricas. Sólo las que tenían más dinero podían tener más tiempo de ocio y utilizarlo para viajar, para hacer deportes o para disfrutar de la playa y el mar.

Entonces, ¿los códigos establecidos de belleza son los códigos de la clase alta?

En el paseo de Chun Hua aparece el edificio de la Embajada de los Estados Unidos. Pasan algunas mujeres mayores, excesivamente maquilladas y vestidas con ropas muy finas. Su madre no se arregla ni tampoco compra ropas de moda. Jamás se hizo las uñas porque lo consideraría una pérdida del tiempo y de dinero. Cuando va a la peluquería es sólo para hacerse un corte. Nunca quiere cambiar su peinado. Si veía en la calle a alguna mujer de su edad muy maquillada, siempre le decía a Chun Hua en voz baja: “No tiene dignidad, ¿a quién querrá seducir esa puta? Esas mujeres son desvergonzadas. Yo no. Yo ya tengo mi hombre y tengo mis hijos.”

Qué ideas tan ridículas.

Pero su madre es víctima de su época también, ¿no?

Chun Hua sabe que en la población China había cuarenta millones más de hombres que mujeres. Una de las razones ha sido la selección de género. Después de la política de un hijo solo, muchas parejas embarazadas, cuando se enteraban de que el hijo que esperaban era mujer, preferían hacerse un aborto. Las mujeres eran discriminadas antes de nacer. Fue por esta razón que después el gobierno prohibió que se supiera el género antes del nacimiento.

Qué dolor, ¿no? Qué ridículo, ¿no?

Ella nunca ha pensado de esa forma.

Sin embargo, le había parecido natural cuando estaba en China, donde todos los padres de su pueblo preferían a los varones antes que a las niñas. Sus dos profesoras argentinas, que tienen más de treinta y cinco años, no tienen hijos. Sería mal visto en China, ¿no? Pero la realidad es que ellas no tienen apuro. Una, incluso, le dice que no quiere tener hijos. ¿Qué raro! ¿Está bien eso? ¿Una mujer puede elegir no tener hijos?, se pregunta.

Ella nunca se ha atrevido a pensar así.

Su abuela tuvo once hijos, como muchas mujeres de esa época en China. El clima de la época era “más gente, más producción”. En su caso se agregó otra razón: las primeras nueve criaturas habían sido mujeres. Su madre era la octava hija de la familia. No tener hijos varones era una vergüenza. En realidad sus padres siguen pensando lo mismo. No obstante, cuando les tocó a sus padres, el gobierno impuso la “Ley del hijo único”. Muchos funcionarios o empleados de las empresas estatales en la ciudad obedecieron la ley para no perder el trabajo. A sus padres no les importaba nada, porque no tenían nada para perder. A partir del segundo embarazo, se escapaban a otras ciudades. Si no se hubieran escapado, los hubieran llevado a hacerse un aborto obligatoriamente. Así huyeron a otra ciudad y volvieron a huir y a huir, hasta que lograron tener un hijo varón. Con el nacimiento de su hermano menor, su madre recién pudo sentir que su misión se había cumplido.

La maternidad es una obligación y sigue siéndolo en muchos rincones de China. Las comparaciones con las mujeres argentinas la ayudan a ver aquellas mujeres por primera vez, no como su abuela ni como su madre, sino como mujeres.

Ellas son víctimas de su época, ¿no?

Y medita: “Puede que yo sea una víctima también. De mi época, de los valores viejos, de la discriminación, de la violencia psicológica”.

Por primera vez Chun Hua siente un sabor amargo al analizar su vida, su propia vida, no la de otras mujeres.

Sus ojos, descubre, están mirando las lámparas rojas y redondas, de papel, eternas, de Nanjing, de los *hutongs* de Beijing, de Xi’An, que ahora pueblan, con sus borlas hacia abajo, el Barrio Chino de Buenos Aires, donde ella es una empleada de seguridad.



VI

Honor

Chun Hua estaba muy contenta, tenía el certificado del premio en su mano y caminaba cantando inconscientemente en el camino de vuelta a su casa.

Había obtenido la mejor nota entre todos alumnos de todas las escuelas de su pueblo. Siempre había estado entre las primeras de una clase de cincuenta alumnos, pero esa vez fueron seis escuelas y eran miles de estudiantes.

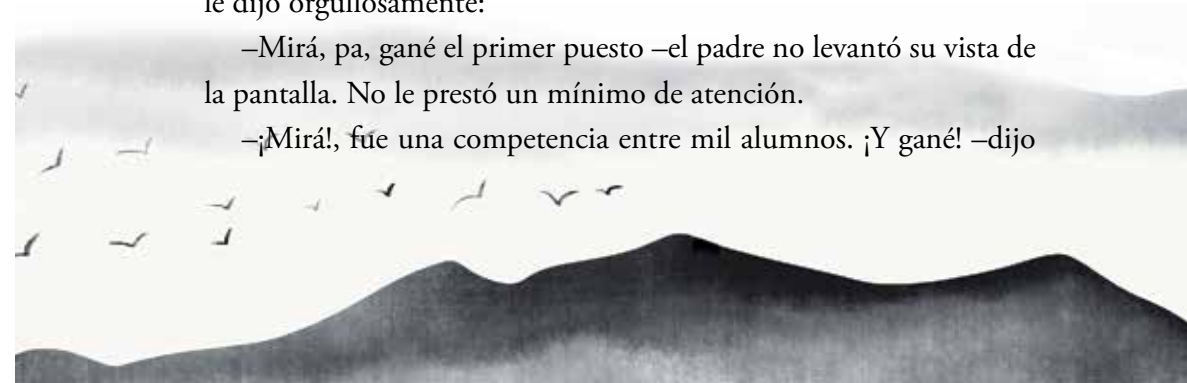
Se sentía tan feliz como nunca en los nueve años de su vida. Tan feliz que necesitaba compartir esa noticia con su familia lo antes posible.

Empezó a correr.

Al llegar, su padre estaba en el living mirando la televisión, y su madre estaba en la cocina. Ella entró, le dio el premio a su padre, y le dijo orgullosamente:

–Mirá, pa, gané el primer puesto –el padre no levantó su vista de la pantalla. No le prestó un mínimo de atención.

–¡Mirá!, fue una competencia entre mil alumnos. ¡Y gané! –dijo



de nuevo, esta vez en voz alta para que su madre en la cocina pudiera oírlo también.

–Está bien –contestó su padre.

–Todos participaron. Hasta había alumnos un año mayor que yo. Fue muy difícil ganar el primer lugar.

–Ya te escuchamos. Está bien.

–Mis profesores están muy contentos de mí.

–¿Y sólo te dieron un papel? ¿Ningún incentivo material?

–Me entregaron este certificado en el medio de la clase.

–Venite a preparar la comida –sonó la voz de su madre en la cocina– Ese papel no sirve para comer. Después de la cena, tenés que ayudar a tu hermanito en el estudio. No seas egoísta. ¿Por qué él está entre los últimos de la clase? ¿No te importa eso? ¿No te preocupas por él? La hermana mayor es como una media madre.

Esa noche, después de darle una clase a su hermano, Chun Hua guardó el premio en una caja debajo de la cama. Nunca más se lo mostró a nadie.

“Pensé que iban a estar contentos”, pensó al acostarse.

VII

Cambios

Sólo le ha llevado seis meses a Chun Hua terminar el curso de español, que era de un año.

Con la ventaja de hablar tres idiomas, consigue un empleo en Zhong Neng, una conocida empresa china. Es un puesto codiciado. Para ella es un avance importante. Ahora trabaja de nueve a dieciocho en las oficinas de Retiro. Al salir, va a la Universidad de Tres de Febrero para cursar un posgrado en Relaciones Internacionales. Es una universidad pública, no cobra caro, alrededor de cien dólares por mes. La universidad tiene una sede en las Galerías Pacifico, a unas ocho cuadras de su trabajo.

Cada día sale de la empresa, come una hamburguesa apurada y camina hasta la facultad. Empieza las clases a las diecinueve y termina a las once. Al llegar a su casa está muy cansada. Toma una ducha y se duerme enseguida. Años después, Chun Hua habrá de recordar esa época. Fueron las noches en que mejor había dormido en toda su vida. No conocía el insomnio. Después de recibir su primer sueldo

en Zhong Neng, Chun Hua siente por primera vez que es plenamente Ida. Cada día está más lejos de Chun Hua.

Ya es Ida.

Sólo Ida.

Ida.

Ida empieza a jugar al tenis y al golf los fines de semana. Ya no le importa tener la piel oscura por el sol. En realidad, le va gustando más el bronceado. Siente que todos los colores de la piel, mientras haya buena salud, son hermosos.

Se muda del hostel a un monoambiente que consigue en Retiro. Alquilarlo le cuesta casi la mitad de su salario, pero es un avance que necesita hacer. Acá las calles son más limpias, los edificios más lindos, los cafés más finos. Hasta la gente que pasea es distinta, tiene otra presencia. Además, puede dormir media hora más porque ya no tiene que tomar el subte para llegar al trabajo.

Compra por primera vez sus propias sábanas en Argentina, en Arredo. Son blancas. Bellas. 640 hilos, suavitas y hermosas.

Todo eso la hace sentirse muy feliz. Los sábados y domingos a las diez, Ida va a jugar tenis con un entrenador en las canchas del hotel Sheraton.

Hebe se ha separado otra vez. La cortó con el “banana” porque se enteró de que él no solamente estaba saliendo con ella, sino también con una de sus amigas. Se enteraron juntas cuando charlaban un fin de semana. Hebe dice: “Santi no es chino, es un total argentino. Sólo quiere amigas con derecho, no quiere responsabilidad ni compromiso. Al final es un argentino con piel de chino”. Esta vez, todas le aconsejan no tener sexo la primera noche, conocerse un poco antes de tener relaciones.

En la cancha de al lado siempre está entrenando otro chico chino, se saludan cada vez que entran y salen. A veces una pelota va en di-

rección del otro y al ir a buscarla, los ojos se encuentran. Entonces, surge una sonrisa como algo inevitable.

Después de mil veces de saludarse, al fin él toma la iniciativa:

–¿Te puedo invitar a almorzar? ¿Tenés tiempo?

Jia Hui, cantonés, treinta años. Socio de un estudio de abogados cuyos clientes son, en su mayoría, inmigrantes chinos. Llegó a la Argentina a los quince años con sus padres, quienes empezaron a importar juguetes y artículos de bazar y abrieron locales en Once para venderlos al por mayor. Tiene una hermana que está haciendo un doctorado en una universidad de Canadá. Él hizo el secundario y la universidad en Buenos Aires. El perfil de una persona se puede expresar con solo unas pocas frases.

¿Cómo es él físicamente? Más allá de sus rasgos, ella se siente en armonía cuando está con él. ¿Hay química? Todavía, prefiere no pensar en eso... ¿aunque todo estuviera divino entre ellos, cómo saber si eso daría en algo bueno?

Están comiendo pato en el Restaurante “Beijing”, que tiene la comida china más china de Buenos Aires. Durante el almuerzo él atiende tres llamadas. “Si atiende la cuarta, me voy”, se dice Ida. Después de comer el pato, claro. Es la única comida que la hacía sentir en Beijing.

No hay una cuarta llamada.

Puede ser que a él le guste ella. Habla y habla, como un pavorreal en cortejo. Si a un hombre le interesa una mujer, no es difícil saberlo. Si no se sabe, es que no la desea tanto. Ida tiene la guardia alta. Conoció a un hombre el mes anterior, pero sólo la buscaba cuando estaba borracho. Las chicas jóvenes son más inocentes. Si eso volviera a ocurrir ahora, ella se alejaría de él al instante. Pero con este fue tonta: se ilusionó pensando que la buscaba a pesar de que tenía

problemas en su vida, pues lo miraba con amor maternal. Y resultó que su “hijo” no se portó tan bien: estaba comprometido con otra chica y lo había ocultado.

Ahora Jia Hui está hablando de su infancia. Afuera empieza a soplar una brisa. Las hojas amarillas inician un baile en el aire.

—¿Cómo fue tu infancia? pregunta Jia Hui.

Ida se pregunta qué puede contarle:

Un mediodía de verano, un sol despiadado asediaba los cuerpos de la gente. Ella le llevaba el almuerzo a su abuelo, que estaba trabajando en el campo. Había un perro en el camino cuidando las sandías; la tomó por un ladrón y la mordió. Por primera vez ella vio que el color de la carne adentro era blanco, no rojo. Se observó la herida y entendió que lo blanco no era carne, sino hueso. Estaba mirándose su hueso desnudo.

Ella plantaba arroz en el campo. Las sanguijuelas se le pegaron a las piernas. Sintió miedo y asco al mismo tiempo. Si trataba de sacárselas, se le resbalaban de los dedos.

¿Qué más sobre su infancia?

Iba a darle de comer a los cerdos. Uno rompió la puerta de la cerca y le dio un cabezazo que la tiró al piso. El cubo cayó sobre ella y la cubrió de comida en mal estado. Sintió, por un año, que no podía limpiarse del todo ese olor cada vez que se duchaba.

Un invierno, intentaba cortar el pastel de harina de arroz, estaba congelado, era muy difícil hincar el cuchillo, la hoja de metal resbalo sobre el arroz hecho hielo y se cortó el dedo. Una herida profunda; afuera nevaba, adentro estaba sangrando: el rojo invadió toda la tabla.

Estaba preparando *jiaozi*¹⁴ de carne y hortalizas secas. La puerta de la cocina daba a la calle; vio cómo una multitud vino a ver la escena. ¡Una niña de seis años haciendo *jiaozi*!

¿Qué más puede interesarle a él? Tengo muchos recuerdos.

Cuando tenía ocho años, su tío escaló hasta la ventana de un tercer piso para escaparse a otro edificio. Ella jugaba con una pelota, estaba mirando hacia arriba. En la puerta principal de la planta baja, había mucha gente. Eran tahúres, habían venido para cobrarle deudas de juego. Tenían garrotes en sus manos. Ella oyó un grito, y en seguida vio un cuerpo tirado en el piso, que pronto se inundó de sangre. Lloró desesperada, aullaba. Un puñado de gente se apiñó allí. Pero nadie le tapó los ojos. Su tío yacía en el suelo, acostado como un peregrino de Tíbet: los brazos extendidos hacia adelante de la cabeza. Las lágrimas, los gritos, las sirenas de la ambulancia y de los patrulleros convirtieron la escena en un caos. Por años Ida se despertó gritando por sus pesadillas.

¿Qué le puedo contar? Cada escena era tan inolvidable... respira hondamente.

—Nada —como la mayoría de las niñas, dice al fin, sonriendo.

—¿Te han obligado a aprender música tus padres?

—No. No teníamos ningún instrumento en casa. Tampoco televisor, celular, computadora. Siempre iba al río a atrapar cangrejos para la cena.

—Yo tuve que aprender violín. Cada día tres horas de sufrimiento. Terrible.

—Ojalá me hubieran hecho sufrir a mí de esa manera.

14 Un *jiaozi* es un tipo de empanada típica china muy popular en la cocina China, de Japón y Corea. Los *jiaozi* se elaboran con rellenos de carne picada o verduras enrollados en una delgada y fina masa, que se suele sellarse con los dedos.

Se ríen.

Hablan durante horas. Luego él la lleva a su casa. Frena en Córdoba y San Martín y pone las balizas.

–Gracias por el almuerzo. Muy rico el pato –le sonríe mientras baja.

–Me alegro. ¿A la gente de tu provincia le gusta la comida cantonesa? Hay un restaurante en el Barrio Chino. ¿Vamos la próxima vez?

–Bueno. Chau.

En el ascensor aprieta el número diecisiete. Es un ascensor amplio y no hay nadie. Se queda observándose atentamente.

Cumplirá 23 años.

Es económicamente independiente. Tiene un futuro con esperanza. Buena salud. Por primera vez, siente su propia fuerza. Por primera vez, se siente orgullosa de sí misma. Siente que tiene control total sobre su vida. Nunca más volverá a tener miedo. Nunca más la desesperanza.

Ya tiene un respaldo.

Algunas chicas pueden apoyarse en su padre, y viven como princesas. Algunas chicas pueden depender de sus maridos, y viven como reinas. Y ella, ella tiene su propio reino. Donde hay aire libre y un sabor de ensueño, esperanza y ambición. Ella es su propio respaldo. Un respaldo leal por siempre.

El ascensor se abre y ella sale con una sonrisa.

VIII

Sexo

Si pasan por el edificio a medianoche, verán que todo el piso está iluminado.

Zhong Neng es una de las mejores quinientas empresas del mundo, tiene oficinas en todos los rincones de planeta. Como en Buenos Aires tiene muchos empleados, la empresa hasta se ha equipado con su propio comedor. El descanso para el almuerzo es de dos horas. Los empleados viven cerca, solo a unas cuadras, entonces muchos vuelven a casa y aprovechan para tomar una siesta, porque luego habrán de trabajar hasta la madrugada. Ida no tiene tarea después de las seis de la tarde. Es empleada local y se rige por las leyes de Argentina. Pero claro... solo le pagan la décima parte de lo que ganan los empleados enviados desde China. Pero no le importa mucho, porque su prioridad es cursar las materias del posgrado.

Hoy Ida no vuelve a casa a dormir la siesta, está muy cansada por ese “Andrés”, y se duerme volcada sobre la mesa, como hacen los alumnos y los trabajadores en toda China. Unos compañeros de

trabajo charlan en los bancos cercanos. Parecen recién llegados de otra región.

—¿Acá hay lugares para divertirse?

—A dos cuadras, en la calle Reconquista, hay un bar de *strippers*, hay una rubia que tiene el número dos...

Los demás empiezan a reírse.

—¿Por qué se ríen? ¿Es famosa la del número dos?

—Sí, ella cumple con el modelo de belleza asiático. Es muy hermosa, todos van a ese lugar por ella. A veces, te encontrás con compañeros de otros departamentos.

—*Oh, so embarrassing! Shit!*

—¿Cómo era en Arabia?

—¡Terrible! Ni podías tomar alcohol, increíble, era ilegal. Teníamos que escondernos en una cueva subterránea para tomar, adonde iban las prostitutas y los drogadictos.

—Yo, en Tanzania, casi no vi mujeres chinas, todas eran negras. Una china vieja se puso a trabajar ahí y pronto los chinos hacían cola para visitarla. Cuando empezaba, la vieja se sacaba el pantalón y se ponía a leer. La revista le tapaba la cara; abajo, el cliente hacía con ella lo que quería. Ella ni siquiera bajaba la revista cuando cambiaba de hombre; se quedaba quieta, con las piernas abiertas, a la espera del siguiente. Algunos se le quejaban, le decían que al menos podría gritar un poco.

—Claro, tiene que ser profesional y cumplir con su trabajo. ¿Y qué respondía ella?

—Decía: “Si querés coger, cogé; si no, andate”.

—Bueno es el famoso desequilibrio entre la demanda y la oferta.

—El monopolio no garantiza un buen servicio.

—Jajaja ¿Cómo conocés tantos detalles? Fuiste vos el que se quejó, ¿no?

—¡No... yo sólo escuché el rumor!

—Hoy a la noche, ¿quién quiere ir? ¡Vamos a divertirnos!

—No puedo. Tengo en casa a mi mujer y a mi hijo, vinieron a quedarse un mes para pasear.

—¿Qué hijo de puta! ¿Para qué te metes a charlar si tenés a tu mujer acá?

—Liang, ¿vamos nosotros?

—No. Hoy a la medianoche tenemos teleconferencia con China.

Ellos no la ven, se hace la dormida en un rincón. Y no es el momento adecuado para levantarse. Al tiempo de simular, se duerme de verdad. Sueña que su madre esta muerta. Quiere acercarse a ella, pero no puede. Es un sueño que se le repite. La primera vez le dio muchísimo miedo.

A la noche, en la cama, Ida tiene insomnio. En su mente vuelven una y otra vez imágenes de su madre, Liu Guihua. ¿Habría tenido un amor alguna vez Liu Guihua? Desde niña, Ida sabía que no había amor entre su padre y su madre, era un matrimonio arreglado. Pero Ida también tenía en claro que ellos nunca iban a divorciarse. El matrimonio sobrevivía sin amor. Una vez, cuando ella tenía siete años, su padre, borracho, empezó a pegarle a su madre. Chun Hua quería detenerlo, pero no podía; de un empujón terminó en el piso. Su hermano menor se escondió abajo de la cama y empezó a llorar y a gritar de miedo. Cuando su padre por fin se calmó, se quedó dormido como una bestia. Roncaba fuerte.

—Mamá, no llores.

—No tiene corazón. ¡Es un malvado!

Su madre siempre decía lo mismo de él. Ida no quería vivir así. A la madrugada, escuchó el ruido de la cama de sus padres.

—No me saques la ropa. Hoy me pegaste.

–Fue por el alcohol.

–Después de trabajar todo el día afuera, tengo que volver a casa a limpiar, cocinar, ¿y me pegás?

–Te prometo que no voy a hacerlo otra vez. Te firmo una carta de compromiso.

–Sos un boludo... ¡Uy, no! No, me duele...

Era una noche oscura, Chun Hua tenía que cerrar bien los ojos y taparse los oídos. La casa era pequeña, todos compartían una misma habitación. A su lado, su hermano menor ya estaba dormido. Ella no entendía qué estaban haciendo sus padres, pero sabía que debería ser algo oculto. Empezó a contar ovejitas, una, dos, tres ovejitas...

Ida se levantó de la cama, sacó un paquete de la caja fuerte. Adentro había un diario. Bien escondido. Allí están sus secretos. Trajo ese cuaderno de China, porque no quería que nadie lo leyera. Ella tampoco leía lo que escribía allí. Si escribirlo es una manera de drenar las penas, leerlo es revivirlas. Pero hoy ella tiene ganas de echarle una mirada.

9 de septiembre de 2001

Empieza la vida en la universidad.

Empieza la vida en Beijing.

Es la primera página del diario.

Espero que este cuaderno me acompañe en los momentos felices y en los difíciles.

Cuando tenga ochenta años, ¿cómo será leer el diario de mis dieciocho?

Y cuando cumpla ochenta, ¿seré una mujer elegante y divertida? ¿Tendré muchos hijos y nietos? ¿Viviré feliz y en paz?

Hoy justo es nueve de septiembre, una fecha propicia para comienzos, dos números que significan por siempre¹⁵.

Creo que voy a encontrar a mi amor.

Creo que voy a casarme con un hombre al que ame.

Creo que sólo voy a casarme con un hombre al que ame.

Y el día de la boda espero que sea un nueve de septiembre.

:)

14 de Feb de 2003

Me tratás tan bien, tan bien, que tengo miedo de que pueda dañarte algún día.

24 de diciembre de 2003

Hay muchos Santa Claus en la calle. Hay luces en los árboles.

Estás a mi lado, pero me doy cuenta de que ya no te quiero.

Ponés mi mano en tu bolsillo. Caminamos por el edificio de Dinghao, pasamos por el Mc Donalds, pasamos por Hailong, por el Banco de China, por el local de HM, y llegamos al cine La Felicidad.

Paseamos mucho, pero no estoy feliz.

Llegamos, no podemos caminar más.

Ya no te quiero, yo sé que ya no te quiero más.

Pero no puedo decírtelo. Hace mucho frío y necesito la calidez de tu bolsillo.

Empieza a nevar, me derrito en tu abrazo.

15 “Jiu” es la pronunciación de “nueve” y también significa “mucho tiempo”; repetido en el día; nueve del mes/nueve, implica una gran duración.

1° de enero de 2004

Alguna vez dijeron: “Una mujer tiene que tener mucho amor; si no, mucho dinero”.

Puedo vivir sin amor. Pero entonces quiero mucho, mucho dinero...

Toda la vida sufrí mucho por no tener plata.

Nunca sufrí por tener mucha.

20 de enero de 2004

A partir de hoy, seré una prostituta.

Frente a vos, con las piernas abiertas.

Cierra el cuaderno. Lo devuelve a la caja fuerte.

Son secretos. Son tan secretos que tiene que esconderlos en el rincón más profundo del corazón, tan bien escondidos que hasta ella misma se los olvide. No puede leer más. Hunde la cara en la almohada. Y no para de llorar. Hace mucho tiempo que no llora, ¿no? Hace muchos años.

Allí, en la pantalla de celular, había dos mensajes de Jia Hui. “¿Ya te dormiste?”, enviado hacía media hora. “Buenas noches. ☺”, este lo mandó hace cinco minutos. Ella está en su propio mundo, no puede ni quiere contestarle. ¿Si supiera lo que ha pasado ella, él podría entenderla mejor?

Al día siguiente, en la casa de Wen ia, cuatro chicas nos juntamos a tomar Fernet con Coca.

—¿Saben qué me pasó hoy? Tuve que acompañar a un ejecutivo de una empresa china. Cuando el médico le preguntó qué le pasaba, él

dijo en chino que le dolía cuando acababa. Fue un momento incómodo. Lo peor fue que no sabía cómo traducirlo.

—¿Y qué hiciste para que te entienda?

—Lo dibujé.

—¡Jajaja!

—Wen ia, ¿cómo fue la primera noche con Alberto?

—¡Che! ¡Eso no se pregunta!

—¡Dale! Contanos.

—¡Fue bueno!

—¿Nada más? ¡Queremos detalles! Con él perdiste la virginidad, seguro hay mucho para contar.

—Eh... sí, me hizo feliz. No sabía que había tantas técnicas en la cama. Con Alberto, cada vez es una aventura, viaje a un mundo desconocido.

—¿En serio? Se dice que Alberto es un experto sobre el sexo en la antigua China, ya publicó varios artículos.

—Es la verdad. Estoy muy pegada a él, me parece que no puedo vivir un día sin él. Voy a mudarme a su departamento.

—Uy, pero a los chabones argentinos no les gusta convivir. Lo más importante para ellos es la libertad. “¡Libertad, libertad, libertad!”, como dice el himno.

—Pero ahora, igual pasamos todas las noches juntos.

—¿En su cama o en la tuya?

—¡Un poco de imaginación, por favor! En la cocina, en el living... ¡en la cochera también!

—Dios mío... ¡no voy a sentarme en tu sillón!

Se ríen todas.

—Pero te felicito de corazón.

—Gracias. Y vos, Hebe, pasaste una noche con el tipo de Harvard, ¿no? ¿Cómo te fue?

–¡Terrible! ¡Una tragedia total!

–¿Por qué? ¿Muy chiquito, o muy poco tiempo?

–¡No funcionó nada! Ni se puso duro. No pudo entrar.

–¿Será por los nervios?

–Intentamos tres veces, no funcionó. No debería escucharlas a ustedes, me aconsejaron esperar hasta conocerlo bien. Ya lo conozco bien. Si no funciona en la cama, no sirve para nada.

–¿Cómo puede ser? Un tipo alto, fuerte, va siempre al gimnasio.

–En la cama, ¿de qué sirve ser alto? Sólo ocupa más espacio.

–¡Jajaja!

–¡Qué pena! Era un buen candidato para ser marido. Tiene una buena educación, gana bien, es lindo.

–Te cuento: si no funciona bien en la cama, el resto no sirve para nada. ¿Saben que en Beijing ahora el treinta por ciento de los divorcios es por falta de armonía en la cama?

–¡Qué avanzados! Antes las mujeres no podían ni hablar de sexo.

–Pero en las zonas rurales de China sigue siendo así.

–Claro, el sexo fue y sigue siendo un tabú.

–Alberto tradujo varios poemas chinos, le escuché, 莫道不消魂, 帘卷西风, 人比黄花瘦: “No dirás que no se me va el alma: / las cortinas, el viento del oeste agita” / y yo estoy más frágil que los crisantemos”.

–No es nada fácil para un argentino traducir poemas clásicos como ese. Siempre pienso que mi mayor fortuna como china es poder disfrutar esos poemas en versión original. El lenguaje nunca puede ser exacto, menos en una traducción. Se pierde mucha belleza en el proceso. Por ejemplo, en “红杏枝头春意闹” (*hong xing zhi tou chunyi nao*), para la última palabra “闹” (*nao*) no es posible encontrar un equivalente en español. Otras veces, aunque hay una palabra en español, no se la puede usar porque no cuadra en el contexto o con el tono. Y todavía peor: en muchos casos la traducción parece

clara, pero las ideas que hay detrás de las palabras son muy distintas entre argentinos y chinos. ¿Qué entendemos por guerra, amor, separación, amistad, gobierno...?

–Sí, literalmente se entiende, pero en el fondo unos y otros piensan distinto. Aunque lleguemos a hablar el mismo idioma, seguimos siendo desconocidos. Ocho años en Argentina y todavía para mí es difícil entender a los argentinos, no puedo pensar como ellos. Lo estoy ayudando a Alberto con más traducciones, este año quiere publicar un libro de veinte poemas. Van a estar 《如梦令》, “Como en sueños”, 《浣溪沙》, “Una sonrisa” y 《点绛唇》, “Labios pintados de rojo”.

–¿Por qué le gusta tanto Li Qingzhao? Veo que ya tradujo varios poemas de ella.

–La considera una pionera del feminismo. Dice que una mujer que logró pensar y expresar cuestiones de género en una dinastía tan machista como la Song merece mucho respeto.

–Cuando tenga la Casa de la Cultura Argentina en China, voy a armar un equipo de gente para traducir el 《词论》¹⁶, “El libro de comentarios a sus poemas”. Tiene que ser un trabajo de cooperación entre argentinos y chinos. Igual, mi favorito es 《人間詞話》¹⁷, de Wang Guowei. Si logro traducir ese texto al español, valdrá la pena haber vivido.

–Victoria, estamos hablando de sexo y vos te vas por las ramas con los poemas.

–Pero el amor, el sexo, siempre está en los poemas.

–Ida, ¿vos qué decís? ¿Estuviste alguna vez con un argentino?

–No. No creo que pueda tener un novio argentino. No entiendo bien su forma de pensar. Tengo un amigo argentino, Tomás. Nos entendemos bien, pero hay muchas costumbres que no comparti-

16 Comentario a los poemas.

17 Comentarios sobre la poesía.

mos. Por ejemplo, él nunca es puntual: si dice a las 19, llega a las veinte. No quiere casarse, no es como los chinos, dice que casarse no tiene sentido. Además, acá suelen tener amigos “con derechos”; para mí, es algo imposible de aceptar. ¡Son tan raros! No los entiendo.

—¡Está bien! Nos enseñan distinto en China. Los valores son diferentes.

—Wen ia, ¿Alberto se afeita el pelo ahí abajo?

—¡Qué vergüenza! ¿Por qué preguntás eso?

—Por curiosidad. Los chinos nunca lo harían, pero estuve con algunos argentinos y todos tenían poco pelo.

—No, él no. Tiene mucho.

—Ahora yo me depilo. Una vez, en una playa de Perú, vi muchas mujeres que hacían cola: se preparaban para usar bikini. Me puse en la fila y me hice depilar. Fue la primera vez. Me quedó muy cómodo y no es tan doloroso. Se los recomiendo.

—¿En serio? Vamos a probarlo algún día.

—Ida, ¿ya te acostaste con Jia Hui?

—¡Por Dios! ¡Solo almorzamos una vez!

—Ya estarán vencidos los forros en tu casa.

—¡Pero si no tengo preservativos en casa!

—¿Cómo no tenés?

—¿Eso no lo deben tener los hombres?

—¡Qué anticuada! Es para protegerte a vos misma. ¿Por qué vas a dejar que el hombre se encargue de eso?

—Yo, como hermana mayor, te cuento. Hay dos situaciones muy tristes en la vida: una es tener química con un hombre, pero no tener un condón a mano. La otra es tener el condón y que el hombre no funcione —el departamento se llena de risas.

En el camino de vuelta a casa, Ida recuerda la noche en que estu-

vo con aquel norteamericano en el hotel Hilton. Lo deseaba mucho físicamente, pero no podía entregarle su cuerpo.

Estaban en la cama, juntos, un poco borrachos, sus cuerpos se rozaban, pero ella no podía. Dejó que él le sacara la ropa, dejó que besara sus pechos, pero no pudo abrir las piernas. Simplemente no pudo.

¿Por qué? ¿De qué tenía miedo? ¿Temía por su reputación? ¿No podía traicionar? Estaba con Shikang, su novio oficial en ese momento. Aunque no lo quería, estaba con él.

¿Qué es la traición? ¿A quién traicionaba, a Shikang o a sí misma?

¿Quién miente a quién? ¿Ella a Shikang o ella a sí misma?

¿Qué es lo correcto, qué es lo incorrecto?

¿El deseo es un pecado?



IX

Exnovio

En la clase de literatura analizaban *Ana Karenina*. Chun Hua bajó la vista, en el celular había tres llamadas perdidas. Las tres de su hermana mayor. Salió enseguida del aula:

—¿Qué pasó?

—Papá debe plata, mucha, a un usurero. Lo molieron a golpes, le pegaron en la cabeza. ¿Podés venir?

—¿Dónde está papá?

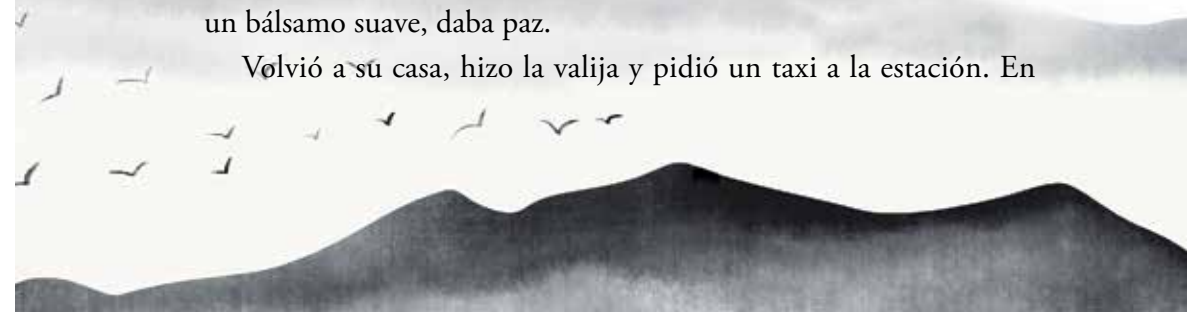
—En el hospital de Yi Chun, en el centro.

—Voy en el primer tren que consiga.

Después de unos segundos de duda, marcó el número de Shi Kang. Él atendió antes de que terminara el primer ring. Ella le contó directamente lo de su padre y le dijo que tenía que volver a su casa. Unos días antes, le había confesado que quería separarse, pero ahora estaba aferrándose a él, dependiendo de Shi Kang.

—Voy a pedir permiso en el trabajo. Te acompaño —la voz de él era un bálsamo suave, daba paz.

Volvió a su casa, hizo la valija y pidió un taxi a la estación. En



el vagón flotaba un olor pesado y agrio a comida, medias sucias, sobaco. Se acomodó en el asiento y se le empezaron a caer las lágrimas. Sentado a su lado, Shi Kang le acariciaba el pelo. Poco después le empujó dulcemente la cabeza hasta reclinarla sobre su hombro.

Después de tres años de trabajar como traductora, había logrado ahorrar cerca de cinco mil dólares. Ver ese número en el resumen de cuenta le daba seguridad. De repente fue alarmándose. La golpeó el temor de lo que podía venir: su hermanito no había terminado el secundario todavía, sus dos hermanas no habían logrado ingresar a la universidad y estaban lejos de tener una buena posición. La sociedad les cierra los caminos a las mujeres sin título, no les da muchas opciones. La mayor se casó con un camionero, es madre de dos hijos y ama de casa. No gana un peso. La otra es obrera, tiene un trabajo pesado en una fábrica de juguetes, muy mal pago. Ninguna de las dos puede ayudar.

Chun Hua sabe que el problema se resuelve con plata, pero el problema es no tener esa plata. ¿Cuánto debe papá? ¿Estará grave? ¿Cuándo le darán el alta en el hospital? ¿Cuánto habrá que pagar por la internación? Sin seguro médico, el gasto es un cimbronazo que no tenía previsto. Nadie en la familia tiene obra social, su papá trabaja en negro. ¿Cómo estará? No le había preguntado mucho a su hermana porque temía una noticia horrible. Tanto temía que no quería pensar más.

Shi Kang la abrazó en silencio. Chun Hua agradeció ese silencio. Era la mejor compañía. El vaivén suave del tren los arrullaba. En ese momento, Chun Hua no pensaba si amaba a Shi Kang mucho, poco o nada. Lo necesitaba, y los temas románticos eran irrelevantes. El amor estaba de más. Al final, pensó, es como dicen, el amor es para los que no tienen que preocuparse por el hambre.

Oyó el llanto de su madre en el pasillo, antes de entrar en la habitación. Lloraba cada vez que enfrentaba situaciones difíciles. El llanto de su madre era la música de fondo de los problemas familiares. El padre yacía en la cama. Parecía un tronco, inanimado, pero la cara le cambió de color cuando vio entrar a Chun Hua, acompañada de Shi Kang. No dijo nada. Dio vuelta la cara y lanzó al vacío una tensa mirada de bochorno y nervios. ¿Un poco avergonzado quizá?

Chun Hua no había pensado presentarles a Shi Kang a sus padres y menos en una ocasión como esa. Él es hijo único, nacido en Beijing, de una familia de clase media, con unos padres que reciben una buena jubilación. Nunca necesitó preocuparse por el dinero. Después de terminar un posgrado en reingeniería de telecomunicaciones en una de las mejores universidades de Beijing, empezó a trabajar en Microsoft por un sueldo copioso. Él no conocía, ni de lejos, esa honda opresión que tortura desde adentro a los que no tienen con qué pagar. Chun Hua nunca había imaginado que lo llevaría a conocer a su familia, sus orígenes.

Los labios de su padre estaban hinchados por las trompadas. Penoso. Ridículo. ¡Estaba odioso! Chun Hua se acercó a la cama, quiso tocarle la mano. Se quedó parada al lado. Con la mirada recorría lentamente los vendajes, las manchas de antiséptico en la piel que insinuaban heridas y puntos. Contra la pared, de un gancho, colgaba la bolsa de suero; las gotas caían con ritmo de reloj, gotas de agua salada, fría. Chun Hua creía que la vejez llegaba lenta, escondida. Pero no. Frente a su padre se dio cuenta de que no. Envejecer es cosa de una noche.

Por fin, la madre paró de sollozar. Miró a Shi Kang de arriba abajo. Se le fue borrando el gesto del llanto y en las comisuras de los labios se le entreveió un asomo de sonrisa. —¡Qué bueno es tener

Beijing hukou!¹⁸ Tanta gente se rompe la cabeza para conseguirlo. Los hijos que vayan a tener podrán estudiar allí. Ustedes todavía no comieron, ¿no? Vuelvo enseguida, les traigo algo para picar –salió con prisa. De repente se la veía animada. La nena traía un hombre, ¡y qué hombre!

Sólo ver a Shi Kang había tranquilizado a la madre. ¿Qué estaba pensando su madre? Chun Hua sabía bien qué estaba pensando, pero ya no tenía fuerzas para prestarle atención. Ella es Liu Guihua, una mujer que cuando ve hombres actúa como si viera a los salvadores, ella es su madre. Chun Hua estaba sintiendo una presión en el pecho: era el momento de hablar de números:

–¿Cuánto se debe, pa? ¿Tenés copia de lo que firmaste?

–Treinta mil dólares. Los pagarés los tienen ellos.

La cifra heló a Chun Hua. Sintió que su corazón ya no latía, todo se le fue a la cabeza, que casi le explotaba. Miró a su padre a los ojos, él esquivó el contacto. Sintió angustia. ¿Odio? ¿Por qué le tenía que pasar esto? ¿A quién de su familia le importaban sus sentimientos?

A Shi Kang sí que le importaban. Shi Kang volvió del banco y guardó el dinero en un armario. Mientras Chun Hua vio los sobres engordados de fajos, pensó que había perdido el derecho a separarse de él. Shi Kang amaba a Chun Hua, la tenía como a una reina. Nadie obligaba a ella a estar con él. Nadie. Pero la situación le dejaba ese único camino.

Era una venta. Una venta que en esta sociedad civilizada tiene el reputado nombre de matrimonio o noviazgo. Un velo que encubre una esclavitud casi perfecta.

Chun Hua no lo quiere. Chun Hua ya no lo quiere. Ahora lo necesita, pero no lo quiere. Shi Kang no necesitaba pensar mucho, en pocos meses habría de recuperar esos ahorros, que por otra parte ni siquiera necesitaba. Ella era su novia, en el futuro sería su esposa quizás y valía la pena hacer lo que fuera. Para él, ella era su amor. Para ella, una prostituta.

Y así, Chun Hua fue a la vez novia y puta, con el mismo hombre.

¹⁸ Los ciudadanos chinos necesitan un permiso del gobierno para vivir fuera de su ciudad de origen. El sistema de *Hukou* está relacionado con el acceso a la educación, la compra de propiedades, jubilación, obra social, etc.





X

Amor

Ida conoció a Tomás en un taller de literatura. Él tenía veintiséis, recién había terminado la carrera de cine y ya había ganado algunos premios por sus primeros cortos. En ese momento estaba escribiendo un guion sobre una inmigrante china que trabajaba en un supermercado, una historia de amor.

Después de siete años de noviazgo, Tomás está recién separado. Sí, *la comezón del séptimo año*. Su novia se fue de un día para el otro.

A Tomás le encanta el cine chino, la comida china. Parece que es el único argentino que come garras de pollo; además le gusta el picante, pero muy picante. Cada martes, Tomás va a la casa de Ida para ver alguna película -china, claro-. Y ella le hace una cena, también china. Es divertido, talentoso, inteligente. A Ida sólo le molesta que sea impuntual: cuando él tarda, la comida se enfría. Salvo eso, es una gran compañía; con él se puede hablar de todo. Un martes, ven



juntos *Los demonios en mi puerta*¹⁹ de Jiang Wen, el director favorito de Ida; Tomás ha quedado conmovido.

–¡La puta madre! ¡Qué obra de arte, Ida! ¡Ojalá alguna vez pueda trabajar con ese director!

Desde la mañana, Ida está muy ocupada preparando una presentación para unos ejecutivos. De camino al baño, mira el celular: un mensaje de Jia Hui, a quien había conocido en la cancha de tenis:

¿Estás ocupada este viernes? Tengo dos entradas. Quiero invitarte a ver stand-up en el Paseo la Plaza. Discúlpame que no te escribí estos días, recién anoche volví de un viaje de trabajo.

😊 Besos.

¡Dale! 😊

Este martes, Tomás viene a cenar a casa de Ida. La película del día es *Vivir*, de Zhang Yimou, basada en la novela de Yu Hua. Ida no ha olvidado la primera vez que leyó un libro de Yu Hua. Reinaba un profundo silencio en toda la ciudad. Sus historias siempre la conmovían, quizá porque allí encontraba sabores familiares, escenas de su propia niñez.

19 Es una película china del año 2000 escrita, dirigida y protagonizada por Jiang Wen, inspirada y basada ligeramente en la novela *Shengcun You Fengwei*. El largometraje, entre el drama bélico y la comedia negra, está ambientado en una pequeña aldea china durante la época de la Segunda Guerra Sino-Japonesa y narra las vicisitudes de un grupo de campesinos obligados a custodiar dos prisioneros por mandato de una figura misteriosa.

Tomás, enfocado en la pantalla, da unos profundos suspiros y comenta: “Increíble... ¡Qué gran película!”

Ida no sabe por qué, pero le gusta contarle a él su pasado en español. ¿Será -como dijo un rey-, que es la lengua apropiada para hablar con Dios? O quizás, como el castellano no es su lengua materna, la certeza de no ser exacta la haga sentirse confiada, le otorgue una distancia que se parece a la seguridad. Ella nunca habla de su familia con Wen, ni con Victoria, ni con Hebe, ni con sus compañeras de escuela. Con nadie. Sobre ese tema, las palabras no le salen. Pero con Tomás, con él sí puede hablar de todo.

Puede contarle que sus padres querían un varón, no una hija; decirle que en muchos momentos se sentía débil, frágil, desesperada; que cuando estaba en la secundaria, más de una vez se asomó al balcón y pensó en caer como por accidente.

Caer al otro mundo es lo que buscaba.

–¡Qué fuerte! Pero ya pasó, ya pasó todo. Ahora estás en Argentina, que nadie te joda más –le dice.

–Espero que así sea. ¡Ahora me chupan un huevo aquellas cosas machistas! –con un poquito de vino, Ida se sonroja.

–¡Eso! ¡Disfrutá la vida! ¡Que se vayan a la mierda!

Se ríen juntos.

20 hs, Corrientes 1660, Paseo La Plaza.

Ida siempre pasea por Corrientes, le encanta estar entre tantas librerías, cafés, teatros. Y lo mejor es que consigue libros de segunda mano más baratos, literatura de todo el mundo. Ida escuchaba a Luo Yonghao y a Guo Degang²⁰ cuando estaba en China. En Argentina,

20 Un humorista chino popular.

conoce los cuentos de Luis Landriscina, y no para de escucharlos. Le gusta que hable lento, porque es muy fácil seguirlo. Los cuentos del viejo Luis son típicos del campo. Cada relato dura mucho tiempo, como le gusta a las generaciones pasadas. Para muchos jóvenes, está pasado de moda; pero Ida se siente bien con ese ritmo apacible.

Cuando Ida llega al Paseo La Plaza, Jia Hui ya está esperándola en la entrada.

–¡Hi! –lo saluda.

–¡Hola! Llegaste. ¿Entramos?

El tipo del *stand-up* habla muy rápido, Ida no entiende bien algunos chistes. Jia Hui le habla al oído y le explica.

Escuchan un chiste sobre chinos: “Tengo una amiga porteña que está saliendo con un chino. Su mamá tiene un restaurante. ¡Qué suerte, todos los días puede comer *chao fan* y *chao mian*!” “Su papá tiene un supermercado. Toda la familia vive en el primer piso, tienen el supermercado en la planta baja. Cuando llega la noche, cuando están juntos en la cama, en la mitad del sexo, el chabón se levanta y dice: ¡Tengo que ir al supermercado, me parece que la heladera no está apagada!” El público suelta unas carcajadas.

Para muchos argentinos, el *chao fan* y el *chao mian* representan la comida china. Creen que todos los chinos trabajan en supermercados o en restaurantes. Y no se sabe desde cuándo, se corre el rumor de que los chinos apagan las heladeras por la noche. El tipo sigue con el chistes sobre chinos: “Además de eso, la tienen chiquita. Es como meter un hilo en el mar”.

El público se ríe y aplaude. El tamaño de los chinos es un chiste internacional. En realidad, no sirve que sea grande. Tiene que ser adecuada, piensa Ida. Jia Hui tiene una sonrisa un poco abochornada. No dice nada. ¿Estará arrepentido de haberla traído a escuchar esto en la primera cita?

Como ya es costumbre, el martes llega Tomás.

–Me parece que no hay que invitar al portero a comer –le comenta Ida ni bien llega Tomás.

–¿Qué pasó? –Tomás le pregunta con curiosidad.

–Mirá: Compré un sillón nuevo y el portero me ayudó a subirlo. Para agradecerle, según la cultura china, lo invité a cenar. Hice empanadas chinas, acompañadas con un queso y un vino tinto. Charlamos un poco. Después de la comida, me pidió permiso para pasar al baño. Pasaban los minutos y no salía. Escuché el sonido del agua. Estaba dándose una ducha. ¡Qué loco!

–Nooo... No lo puedo creer. ¡Qué hijo de puta! ¡Tremendo! Nunca en mi vida escuché a nadie que hiciera una cosa así. Y vos, ¿qué hiciste?

–Me asusté y salí corriendo de mi propia casa.



Comienza el fin de semana largo. En Villa General Belgrano se hace la Fiesta Nacional de la Cerveza.

Jia Hui pasa a buscar con el auto a Ida, se van a la fiesta cordobesa. Tiene el celular conectado al estéreo, muchas de las canciones que suenan son las favoritas de Ida. Son de la misma generación, comparten muchos gustos. Ida canta en voz baja, susurra la letra.

–Se nota cuántos años tiene alguien cuando escucha estas canciones. –dice Ida.

–Jeje, no importa. Cada edad tiene su belleza. –dice Jia Hui.

Jia Hui maneja por la Panamericana, el camino es largo y recto. A los costados todo es verde; hay vacas y caballos, soledad y libertad. Por la ventanilla, se ve caer el sol; sus rayos se reflejan en el frasco de perfume y se deshacen en múltiples colores. Hermoso.

Los lentes de sol lo hacen más atractivo a Jia Hui cuando va manejando. No es un hombre súper lindo, no es un galán, pero tiene su carisma. Ida lo mira, se acerca y le besa la mejilla.

–¡Ojo! Distraer al conductor puede tener consecuencias graves –se vuelve para mirarla, dulce y contento.

Pasan el viaje charlando de cualquier cosa, entre mate y mate. Cuando llegan al hotel, ya es de noche. Por la ventana del lobby se ve una nube roja en el cielo, del rojo de los langostinos cocidos. En el jardín, bajo los árboles, pasta un caballo negro. Todo es paz.

Jia Hui tiene dos habitaciones reservadas. Entran a dejar sus valijas. Ida se ducha y se maquilla. Se pone un vestido largo y zapatos de taco. Cuando baja, Jia Hui la mira.

–¿Querés cambiarte los zapatos? Vamos a pasear un rato después de la cena, ¿te parece?

A Ida le parece, ciertamente aliviada, que él tiene razón. Poco después vuelve con unas zapatillas cómodas.

Cenan una parrillada. Cuando Jia Hui va al baño, Ida pide la cuenta y paga. De vuelta, Jia Hui llama a la moza.

–Ya pagué –Ida lo mira sonriendo.

–Pero ¿por qué? ¿No es costumbre que los hombres paguen la cuenta? Antes con... –se detuvo.

–¿Antes con tus ex novias?

–No. Nada.

–Vos pagaste el hotel, yo quiero pagar la comida. Nada más.

–Está bien. En realidad, nunca vi la billetera de una mujer china. Allá es la regla: las chicas suponen que es el hombre el que tiene que pagar, y para muchos hombres, es casi un insulto que la mujer pague.

–¿Y vos?

–Yo estoy bien con todos. Con amigos argentinos, compartimos los gastos. Cuando estoy con los chinos, siempre pago yo o un amigo.

–Entonces dejame pagar las cosas que pueda. No gano tanto como vos, pero a mí también me gusta invitar.

Ida lo mira, no sabe si Jia Hui podrá entenderla. Ella busca respeto e igualdad más que cualquier otra cosa. Ella no quiere ser una hiedra que para crecer necesita apoyarse en una piedra, sino que quiere ser íntegra como un árbol. Ella tiene que ser un árbol para poder cargar todo el peso de su vida y seguir creciendo.

El tiempo hará de ella un árbol.

Ida y Jia Hui pasan cuatro noches en Córdoba, en habitaciones vecinas. Ida siempre está diciéndose que no debe tener relaciones sexuales.

¿Por qué?

La cultura le hizo allí una cerradura.

Ida espera, teme que Jia Hui toque la puerta. Y en el fondo, sabe que él no va a hacer eso. Jia Hui es un caballero. Los caballeros dejan que las mujeres tomen la iniciativa.

Ida quiere ir a meterse en su cama, que la abrace, siente como un instinto animal. Pero no puede.

¿De qué tiene miedo?

¿Es porque hace poco que se conocen? Pero en el tiempo, ¿qué es mucho, qué es poco?

Hay parejas de toda la vida, que al final no se conocen. Hay otras de solo un día y parece que se hubieran criado juntos. ¿Es como en la novela de Steven Zweig, *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* o como en *Los Puentes de Madison*?

La hermana mayor decía: “para los hombres, lo que no pueden comer es lo mejor”. Su segunda hermana decía: “Si querés tener una relación estable con un hombre, tenés que hacerle sentir que no sos fácil de conquistar”. Ida se queda pensando en estas frases. ¿Porque decían eso? ¿Para las mujeres que no tienen capital ni recursos, el cuerpo puede ser una prenda para negociar? Pero la mujer que escatima el sexo para controlar a un hombre, ¿a quién está castigando al final?

¿Y qué pensaría Jia Hui? Ida tiene la curiosidad de saberlo. Dándole vueltas a esa pregunta, Ida se durmió. En el sueño: él la besa. Comienza por el pie, le humedece la piel apenas con los labios, sube por una pierna, la cintura, el pecho y le lame un pezón; luego los labios empiezan a bajar hacia el centro. Ida se despierta, toca su vetina, está plenamente mojada.

XI

Familia

Es el tercer domingo de octubre. Día de la Madre. Finalmente, Wen ia se ha ido a vivir con su fogoso amor argentino, Alberto, el especialista en poesía erótica china.

Las cuatro chicas se reúnen en Palermo, en lo de Victoria, un departamento de sobria elegancia en Santa Fe y Thames. El balcón, que da al pulmón de manzana, deja ver el parque del edificio vecino y una piscina.

La luz natural llena el lugar. Un sillón, dos sofás, una mesa, cuatro sillas y nada más: Victoria mantiene su espacio limpio, despojado, impecable para poder dedicarse enteramente a sus cosas.

—¿Saben que ahora en China, a las mujeres que hacen un doctorado las llaman “el tercer sexo”? Como si existieran tres géneros: hombre, mujer y doctora —comenta Wen ia.

—El año que viene me convertiré en alguien del tercer sexo —anuncia Victoria.

—Yo también quiero ser una de ellas. Siempre agradezco a las pioneras que promovieron la educación de las mujeres. La universidad cambió mi destino —reflexiona Ida.

–¡Por todas nosotras! – Victoria alza su copa con alegría–. ¡Brindemos por la educación! Si no, no estaríamos acá... Algún día voy a tener una escuela.

–Sos muy capaz. Todas confiamos en vos –le responde Ida.

–Una escuela de cultura argentina en Beijing. Tengo ese sueño desde hace años, hasta tengo el diseño de cada piso. Uno, para clases de tango; otro, de cata de vinos. Un lugar para clases de fútbol...

–¡Qué bien!

–¿Y vos, Ida? ¿Cuál es tu sueño?

–Antes era tener suficiente dinero, ahora no sé. Estoy un poco confundida este año, le doy vueltas a muchos temas en los que nunca había pensado.

–Es normal. Todas sufrimos el choque cultural. Por eso quiero tener una escuela de cultura, en la que se trabaje sobre el estilo de vida, la manera de pensar, los valores, las costumbres... Uno cambia en un ambiente nuevo. ¿Ya todas llamaron a su mamá?

–Yo sí. Hice un pedido para que le llevaran flores –responde Wen ia.

–Yo no –dice Hebe.

–Hoy llamé varias veces a casa, nadie contesta. ¡Es raro! Últimamente no los encuentro cuando llamo, no están en la casa. Antes, cuando llegaba a la noche, siempre mis padres estaban esperando mi llamada, y los dos se peleaban por hablar conmigo –dice Victoria, un poco preocupada.

–Capaz están ocupados con sus trabajos –le dice Ida.

–Mi madre es ama de casa, nunca sale a trabajar. La casa es su trabajo.

–Tendrá su vida personal también. Irá visitar a sus amigas como nosotras hacemos aquí –Wen ia la consuela.

Se va acercando la hora de la cena. Victoria no tiene la costumbre de cocinar en su casa.

–Compremos sushi en Pedidos Ya. Estos edificios nuevos no tienen gas, sólo electricidad que no sirve para hacer comida china, por eso, no cocino mucho

–¡Mentira! No te gusta cocinar, nada más –la crítica Hebe.

–Claro. No busques excusas. Seguramente en la casa de Antonio Li tampoco cocinás –agrega Wen ia.

–No, en eso estás equivocada: cuando estoy en la casa de Antonio cocino yo. No les cociné, pero en compensación, tengo un torrontés salteño de Finca Abril para convidarles.

–No lo conozco, lo mío no es el vino blanco.

–Finca Abril es una bodega chica pero que produce muy buenos vinos... –afirma Wen ia en tono de experta.

– Aunque siempre nos elegís vinos deliciosos, reconozcamos que vos no estás hecha para la cocina. Tenés la cabeza en otras cosas –comenta Ida.

–En serio, cocino. Él sólo entiende de negocios, de cosas de la fábrica, no sabe nada de cocina. Si yo no cocinara, moriríamos de hambre. Y también disfruto yendo a comprar tomates, lechuga, carne, huevos. Aunque algunas veces él se queja porque el arroz está demasiado crudo o la carne un poco quemada, ja ja ja.

–¡El amor cambia a la gente! –observa Wen ia.

–¿Antonio está con su madre hoy? –pregunta Ida.

–Sí. Está con su madre. Pero no en el departamento del Barrio Chino, su madre tiene otra casa en el Tigre.

–¿Para qué tiene una casa en Tigre? ¡Está lejos! –dice Hebe.

–Ella toma el tren en el Barrio Chino y llega directamente, no es mucho viaje. Allí tiene un terreno donde cultiva verduras, plantó manzanos y ciruelos, y cría ocho gallinas.

–¿Cuántos años tiene ella? –pregunta Ida.

–Sesenta y ocho. Pero la gente de la generación pasada no para de



trabajar. Simplemente no pueden parar. Tienen que trabajar, si no se aburren. Además, ella quiere darle comida orgánica a su familia. Hoy va allá la ex de Antonio también, porque es el día de la madre. Anoche los chicos de ellos hicieron un dibujo grande para regalarle.

—¿Cómo va todo con Antonio? —pregunta Wen ia.

—Con él, todo bien, lo que es complicado es estar con los tres chiquitos —asegura Victoria—, hacer de mamá no es tarea fácil. Nada fácil, ¿eh? La primera vez que fui a su casa como amiga, lo pasamos bárbaro cantando, bailando con los niños. Les conté cuentos chinos, les enseñé algunas palabras en mandarín. La casa es muy acogedora. Pensé que no iba a ser tan difícil. Pero cuando se enteraron de que estaba saliendo con su padre, me empezaron a tratar cada vez peor. Un día, yo estaba en la cocina y el segundo, que tiene cinco años, me pellizcó el brazo muy fuerte y salió corriendo —remata con gesto huraño.

—¿En serio? —se sorprenden las demás.

—Así es. El mes pasado fuimos a Bariloche en auto, era un feriado. Alquilamos una cabaña que tenía una pileta con plataforma de saltos ornamentales. Yo le tengo miedo a la parte honda, así que nunca me acerco adonde saltan, pero estaba parada en el borde. De repente, me empujan al agua, ni siquiera pude ver quién había sido. Casi me ahogo.

—¡Terrible! ¡Hay que educarlos mejor! —dice Hebe.

—Cuando conociste a Antonio ya hacía tres años que estaba separado, ¿no? ¿Todavía no están acostumbrados los chicos? —le pregunta Ida.

—Sí, hacía tres años que vivía en Núñez, en Libertador y Besares. Pero la ex sigue viviendo en el Barrio Chino, a tres cuadras de su suegra. Los niños ven a su abuela casi todos los días. Además, para ellos los padres son los padres, y tienen que estar juntos siempre.

Alguien abre la botella de torrontés.

—Pero según lo que decís vos, tus dos hermanas mayores se llevan muy bien con tus padres —observa Ida.

—Pero ellas fueron adoptadas, así que es diferente —dice Wen ia.

—Totalmente diferente —coincide Victoria— Durante mucho tiempo, mis padres no pudieron tener hijos por cuestiones de fertilidad. Al sexto año de casados, adoptaron a mi hermana mayor, que era una niña abandonada. Dos años después, adoptaron a mi segunda hermana, hija de mi tía materna. Mi tía... había muerto de un derrame cerebral. Era la mujer más hermosa de la ciudad, pero estaba marcada por la desgracia. Se casó tres veces, tuvo cinco hijos en total. Su primer marido era muy lindo y talentoso, pero se enfermó y murió muy joven. Al segundo, lo condenaron a cadena perpetua por homicidio. No fue premeditado; estaba en un restaurante, borracho, y por una pavada se peleó con otro, también borracho, y lo acuchilló. Su tercer marido se hizo monje, le dejó los hijos, una vaca, veinte gallinas y un chancho, y se fue a meditar. Dos años después, se cayó de una montaña y murió.

—¿Y no volvió a casarse nunca más? —pregunta Ida con preocupación.

—No. Imagínense. Conocen el refrán chino, “Hong yan huo shui²¹”; los hombres tenían miedo de acercarse a ella. Igualmente, ella misma cerró su corazón y pensó, como el resto, que todo había sido por su culpa, y que no quería dañar a nadie más. Vivió en la pobreza. Y, como saben, en esa época las mujeres no podíamos ir a la escuela; sin educación, no era fácil encontrar un trabajo digno. Como mis padres no tenían hijos, ella les pidió que adoptaran uno de los suyos. Mis padres les preguntaron a los cinco hijos quién quería ir a vivir con ellos, y así llegó mi segunda hermana a casa.

21 *Hong yan* significa mujer bella, *huo* significa desgracia, *shui* es agua. Es una frase hecha para describir a las mujeres lindas que traen mala suerte.

–Tus padres fueron democráticos –se divierte Wen ia.
–Y después de años de tratamientos médicos, nació yo.
–Seguramente te quieren más que a ellas –aventura Wen ia.
–En realidad, mi madre, sí. Hasta me da vergüenza. Pero mi padre es una persona muy razonable. También por eso lo respeto mucho. Cuando compra regalos, siempre compra para las tres.

–No tiene nada que ver con mi familia –se queja Hebe.

–¡Pero si sos hija única!

–Sí, soy hija única, pero como mi padre es funcionario chino, si llegaba a tener otro hijo, lo echaban del trabajo. Aunque soy la única de la familia, mis padres quieren más a mi sobrino. Nunca les conté. Nunca le conté a nadie sobre eso, porque me da vergüenza. En su testamento, mi primo es el único heredero.

–¿Cómo?

–¡Increíble!

–¿Pero por qué?

–Porque mi primo es el único nieto de mis abuelos paternos, es el único varón. Solo él puede perpetuar la familia, pasar el apellido a sus descendientes. A mí, mis padres no me querían; a él, lo trataban como a un hijo.

–Inimaginable. No puedo creer que en nuestra generación todavía pase eso. Además, tu padre tiene título universitario, ¿no? No debería ser tan feudal –dice Victoria, indignada.

–¿Y tu madre? ¿Qué dice ella?

–Están separados. Pero ella es igual a él, nacieron en el mismo pueblo. Ella le va a dejar todo a otro sobrino, el hijo de su hermano. Aunque no viven juntos, son una pareja, tienen la misma ideología.

–¡Terrible! Nunca lo hubiera imaginado. Ni en la ficción –dice Wen ia.

–La vida real es más sorprendente que la ficción. A veces, pienso,

siempre necesito estar acompañada, buscar novio, y es porque no quiero sentirme abandonada.

Hebe suspira y se queda mirando hacia abajo. Luego continúa:

–Estar de novia me hace olvidar todo eso. No tuve cariño de mis padres y necesito recibirlo de algún lado. Llevo cinco años en Argentina, nunca me pidieron que vuelva. Tengo hambre de amor.

Victoria la abraza. Todas se quedan en silencio, que es interrumpido por el timbre. Ha llegado por fin el sushi. Se levantan a preparar la mesa. Parece muy rico el sushi del restaurante japonés, Puente Japón, uno de los favoritos de Victoria.

–Chicas, no sé cómo contarles. Tuve un accidente –anuncia Hebe con el ceño fruncido.

Todas dejan los palitos para mirarla. Ida la observa y siente que nunca la vio a Hebe con una cara de tanta preocupación. Su mirada se pierde. Va a decir algo y se detiene.

–¿Qué accidente?

–¿Chocaste con alguien?

–No, no, nada de eso. Tengo un atraso de dos semanas. Ayer fui a comprar el Evatest y me dio positivo.

–¡¿Qué?! –las tres se quedan heladas.

–¿De Marcos Lin?

–Pero hace sólo unas semanas que lo conocés.

–Sí. Seis.

–¿Qué vas a hacer?

–No sé. La verdad es que no sé. Tengo mucho miedo. No sé qué hacer.

–¿Ya hablaste con él?

–No. No sé si quiero que se entere.

–Pero tiene que saberlo. Contáselo por favor –le sugiere Wen ia.

–¿Querés que le hable yo? –se ofrece Victoria.
–Por ahora no, gracias. Déjame pensarlo unos días.

Ese día de la madre, de vuelta en su casa, Ida no puede dormir. Resuenan las risas fuertes de la pareja del piso de arriba. Ida piensa en Hebe, nunca había imaginado que hubiera sufrido tanto en su familia por ser mujer. Aunque Hebe es hija única, ha sufrido como ella.

La chica del departamento de arriba empieza a hacer demasiado ruido, debe estar escuchándola todo el edificio. Ida no entiende cómo las argentinas pueden gritar tan fuerte. ¿Nadie irá a golpearles la puerta para avisarles que están molestando? ¿No se quejan los vecinos? Parecen ser novios de fin de semana, estos ruidos sólo lo hacen los fines de semana.

Y cuando Hebe sea madre, ¿qué va a sentir? Pasó todo demasiado rápido, ¿podrá manejarlo bien? –piensa Ida, con los gritos de placer de la pareja como música del fondo.

Los dos de arriba gritan juntos cuando llegan. Ida se tapa los oídos con las almohadas.

Le preocupa Hebe, pero no sabe qué hacer para ayudarla.

–Hoy no es martes... ¿Qué viento te trae por acá? –Ida saluda a Tomás cuando abre la puerta.

–No sé... sólo tenía ganas de pasar por acá.

–¿Te pasa algo? –Ida nota que Tomás no está tan animado como siempre.

–No, nada –mientras contesta se arroja en un sillón.

–Se casó –dice Tomás de repente.

–¿Tu ex?

–Sí, difícil de entender, ¿no? Siete años estuvimos juntos y nada, y ahora tres meses y ya se casa. Fui muy boludo con ella en los últimos tiempos.

–¿Sabés qué día es hoy en China?

–¿10 de noviembre? ¿Qué tiene de especial?

–En China, ya es el 11 de noviembre, el Día de los Solteros. Ves que son cuatro unos, 1, 1, 1, 1. El 1 significa solo, soltero.

–Mirá vos. Los chinos inventan todo.

–Es un día especial para ir de shopping, todos los locales tienen descuentos. La gente que no tiene amor, gasta dinero para sentirse bien. Mirá, yo estaba comprando pavadas para mi familia en Tmall, la página más importante de *e-commerce* de China. Fijate, pasaron sólo unas horas y la venta de esta página ya superó los cien mil millones de dólares. ¿Querés comprar algo? Te vas a sentir mejor.

–Qué locura los chinos. No, yo no quiero comprar nada. Estoy bien. Aparte, vos ya no sos soltera, estás saliendo con ese chino del tenis. ¿Cómo va todo?

–Me gusta él, me parece. Disfruto pasando tiempo con él, me gusta todo de él.

–Qué bien.

Suena el teléfono.

–Justo es él, qué casualidad –Ida mira a Tomás, inmóvil.

–Hola –Ida atiende un poco nerviosa.

–Estoy abajo. Te compré una caja de cerezas. Están frescas.

Ya en la calle, Ida ve a Jia Hui adentro del auto, que tiene las balizas encendidas. Lo bueno de este edificio es que hay siempre lugar para detenerse porque hay un espacio para los buses de turismo.

–No sabía que ibas a venir.

–Yo tampoco. Sólo te traigo unas cerezas –Jia Hui le muestra una caja inmensa, llena de cerezas– Fui a comprarlas para vos al Mercado Central.

–¿El que está cerca del aeropuerto Ezeiza? ¡Pero está muy lejos!

–Una hora de viaje, pero ahí pude elegir las mejores y las más frescas

–¡Gracias!

Jia Hui la mira atentamente.

–Bueno, me voy, tengo un amigo en casa –continúa diciendo ella.

Él la despide. Ida se va, y antes de abrir la puerta de su casa, vuelve la cabeza para mirarlo. Le sonrío.

Cuando Tomás la ve regresar sola, sorprendido le pregunta Tomás:

–¿No sube tu novio?

–Sólo vino a traerme un regalito.

–¿Una caja de cerezas?

–Sí. En algún momento le dije que son mis favoritas.

–¿Ya cogieron?

–No, boludo. No...

– Me parece que es lo único que les falta hacer.

Charlan. Unos veinte minutos después Tomás le dice:

–¿Por qué no te quedás hoy con él, el Día de los Solteros? A lo mejor por eso vino hasta acá.

– ¿Te parece? Pero seguro ya se debe haber ido–duda Ida al tiempo que agarra el teléfono para escribir a Jia Hui.

Gracias por las cerezas.

De nada.
Me alegro que te gusten.

¿Ya llegaste a tu casa?

No.

¿Manejando?

No.

¿Dónde estás?

Sigo en el mismo lugar.

Ida no sabe bien qué le pasa, pero siente un latido en la cabeza. El corazón le empieza a palpar rápido.

–Dice que todavía está abajo.

–Andá entonces, ¿qué esperás?

–Bajo –le escribe a Jia Hui.

–Te espero –le responde.

Ida, en el baño, se pone un vestido, se cepilla los dientes y se maquilla un poco. Se arregla el pelo y baja corriendo.

Él le abre la puerta del auto, ella se acomoda a su lado.

Se miran, él la abraza. Se besan, la lengua de Jia Hui entra, busca la lengua de Ida. Él la acaricia; bajo el vestido, siente los pezones. Empieza a besarle el cuello, le susurra “Ida” al oído, le frota la piel con su aliento. Ida se abre un botón del escote y se lleva la mano de Jia Hui a los pechos, la mano se desliza con calor de un seno a otro. Ida acaricia a Jia Hui por la pierna, sube, toca: la tiene dura. Se detienen allí.

–Llévame al telo –le dice Ida al oído, suave y firme.



XII

Tiempo



Sentada en el pasillo, Chun Hua leía *El mundo de Sofía*, el libro que le había prestado su profesor de Literatura de la escuela secundaria.

La brisa le acariciaba el pelo.

“Conforme Sofía iba pensando en que existía, también le daba por pensar en el hecho de que no se quedaría aquí eternamente”. Chun Hua sintió un escalofrío: también le iba a pasar a ella. “Estoy en el mundo ahora”, leía.

¿Pero cómo es el mundo ahora?, se quedó pensando.

A lo lejos, escuchó gritos: ¡Compro pelo! ¡Compro pelo! El pelo de Chun Hua ya le llegaba a la cintura. Sabía que no podía escapar de lo que se le venía. Pronto oyó que su madre la llamaba.

Chun Hua ya estaba en el secundario, no quería cortarse el pelo tan corto. Sus compañeras siempre se ponían vestidos muy lindos. Sus padres nunca le habían comprado ropa nueva, toda la que tenía había sido de sus hermanas mayores. El problema no sólo era que fuera usada, sino que las prendas estaban remendadas. Tenía que subirse el pantalón hasta bien arriba para tapar los agujeros y remiendos.

La encontró su madre, y la llevó.

–Maestro, nunca lo había visto por acá. ¿Es nuevo? Mire qué pelo tan negro y brillante, danos un buen precio –decía su madre acercándole a la cara el cabello de Chun Hua.

–Llegué de otro pueblo. Recién empiezo en este negocio. El precio es igual para todos.

Su madre se quedó mirándolo seria.

–Está bien. Le voy a dar cinco yuanes más.

Chun Hua se sentó en un banco. Con la tijera en la mano, el hombre se acercó para cortarle el cabello. Tomó en sus manos todo lo que pudo y cortó. No tenía experiencia, la tijera rozó la piel de la niña. Y le dejó una parte pelada. En los ojos de Chun Hua asomaron las lágrimas. La madre tiró al suelo las semillas de girasol que estaba comiendo y empezó a golpear al hombre.

–¡Qué hiciste, viejo estúpido!

Dos primos que estaban en la casa mirando la televisión oyeron los gritos y se acercaron para ayudar. En unos instantes ya eran tres los que le pegaban al viejo. El hombre cayó al suelo y se acurrucó para protegerse. Los dos primos aprovecharon para patearlo, uno de cada lado. Chun Hua estaba llorando y trataba de alejar a sus primos. No pudo y también terminó en el suelo.

–¡No le peguen más, por favor! ¡Él también es pobre!

Los primos, ya cansados de dar patadas, se tomaron un descanso mientras contemplaban la escena. La madre comía girasol y miraba. El hombre aprovechó para arrastrarse un poco, apenas logró levantarse y escapó. Dejó el cabello, las tijeras y la bicicleta. Los primos encontraron diez yuanes en la cartera del hombre. Muy contentos con su botín, se fueron al quiosco.

La madre terminó sus girasoles y volvió a la casa, sin mirar siquiera a su hija.

Chun Hua se quedó sentada en el piso, pensando. Oyó el susurro de las semillas arrastradas por el viento. Chun Hua entendió que no iba a existir por siempre. Y que no se quedaría allí eternamente.





XIII

Amante

Se dice que el primer sexo suele no funcionar bien, pero con Jia Hui fue maravilloso. Ida siente que su vida en Buenos Aires se parece a la de un pez entrando al mar, feliz y libre.

En el posgrado le va bien, saca buenas notas en cada materia, en algunas es la primera de la clase. Le gusta su trabajo en Zhong Neng también, el jefe le dio un excelente aumento de sueldo.

Faltan pocos días para la Navidad, esta ciudad no puede ser más linda que ahora. Los jacarandás en flor crean nubes azules y un dulce aroma a tilo llena la ciudad.

Amo esta ciudad, amo a la gente. Amo este mundo, quiero vivir muchos años. Muchos años, se dice Ida a sí misma.

Para salir de la obsesión con su ex, ahora Tomás está saliendo con las chicas que conoce por *Facebook*. Cada mes, o a veces menos, sale con una distinta.



–¿Cómo podés hacer eso? Vas a romperle el corazón a las chicas
–Ida lo mira con toda su curiosidad.

–No conocés muy bien a las chicas de acá. Con las que salgo no les importa mucho todo eso del amor y el romance. Además ellas son las que toman la iniciativa. Y yo estoy sin compromisos.

–No puedo aceptar eso del amigo con derecho. ¿Para vos el sexo no va con el amor?

–El sexo es sexo. El amor es amor. A veces el sexo y el amor van de la mano. A veces sólo hay amor y no hay sexo.

–Dios mío.

–Marido es marido, novio es novio, amigo con derecho es amigo con derecho.

–Amante es amante.

–¡Aprendés rápido, eh!

–Entiendo, pero no coincido –dice Ida en voz baja, después de haberse quedado pensando en lo que están hablando.

Por un encuentro casual, Ida descubre el secreto de Wen ia. Es el Día de San Valentín. El famoso pianista chino Lang Lang viene a dar un concierto en el teatro Colón, lugar soñado para artistas de todo el mundo. Jia Hui ya reservó dos lugares con dos meses de anticipación. Pasa a buscarla en su auto y cuando Ida sube escucha que está poniendo “Juntos a la par”.

–¡Esa es mi canción favorita! ¿Cómo sabías que hace poco me enamoré de Pappo? –pregunta Ida con sorpresa.

–¿Sí? No lo sabía, a mí también me gusta, ¡qué casualidad!

–Mentira. ¿Cómo puede ser tanta casualidad?

–Bueno. Los otros días vi que esta canción está en el top de tus favoritas en tu computadora y la bajé por si querías escucharla en el auto.

Ida vuelve la cabeza y le da un beso a en la mejilla. Jia Hui sonrío, con sus hoyuelos dulces.

La Avenida 9 de julio está iluminada en la noche. El viento acaricia a la gente.

Borges decía “siempre he sentido que hay algo en Buenos Aires que me gusta. Me gusta tanto que no me gusta que les guste a otras personas. Es un amor así, celoso.”

Voy a dejar a otros que se enamoren de esta ciudad. Yo no soy celosa.

No había pensado que la cola en el Teatro Colón pudiera a ser tan larga. Tienen que esperar casi una hora para entrar. Jia Hui lleva su mano en su bolsillo y la guía suavemente. Vamos a los asientos de arriba, los que tienen una vista amplia.

Lang Lang empieza con “*Rhapsody in Blue*”, de George Gershwin. La orquesta reúne decenas de músicos internacionales, la *performance* es brillante. Ida pierde noción de cuánto dura el tema, la música le hace olvidar el tiempo. Hay una ovación fuerte y cariñosa al final. Ida

se pone de pie, de corazón se siente orgullosa por China, por este chico talentoso.

Después de un breve intervalo, el pianista vuelve con un hombre mayor, que lleva un *erhu* en la mano.

–Este es mi padre –lo presenta al público Lang Lang–, este es un violín chino, que se llama *erhu*. El tema que vamos a hacer es “*Sai Ma*”, que significa competencia de caballos.

Es tan fascinante ver, escuchar el piano y el *erhu* juntos, uno representa a Occidente y el otro a Oriente, están tocando un tema de hace miles de años. Hacia el final, el *erhu* interpreta el sonido del caballo que va frenando su marcha: la música va apaciguando sus melodías así como las extremidades del animal aminoran su ritmo, el público queda impresionado.

Olas de aplausos.

Se encienden las luces y el interior del teatro Colon queda brillante. De repente, desde la platea, Ida ve una figura asiática en uno de los palcos. La observa y vuelve a mirarla fijamente: ¿No es Wen ia? Sí. ¡Es ella! Ida quiere mandarle un mensaje para avisarle que está allí también y cuando está a punto de sacar su celular, ve que al lado de ella hay un hombre, un argentino, pero no es Alberto. Y ve que el hombre la abraza y la besa apasionadamente.

Ida se pone tan nerviosa que siente que su corazón va a dejar de latir.

–¿Pasa algo? –la pregunta Jia Hui al sentir que su cuerpo se pone tenso.

–No, nada –contesta Ida, tratando de disimular su caos interior.

Después, ya no puede concentrarse en escuchar y ver el concierto. ¿Dura dos horas? No sabe.

¿Qué pasó con Alberto? ¿Quién es este tipo? ¿Desde cuándo empezó a salir con él? Pero ¿todavía está viviendo con Alberto? ¿Alberto sabe? ¿Victoria sabe?

Cuando termina la función hay una muchedumbre saliendo del teatro. Ida sigue con la mirada a su amiga. De un instante a otro, pierde de vista a Wen ia.

Más tarde, sentada en el auto, al lado de Jia Hui, Ida no se anima a hablar. Ella se queda mirando la ciudad por afuera de la ventanilla. Es hermosa, ¿tal vez también sea peligrosa?

–No le cuentes a nadie –en la pantalla de su celular aparece un mensaje de Wen ia.

–No juegues con fuego –Ida le manda un mensaje a Wen ia, después de dos días de dudas.

–Se me escapa de las manos –responde su amiga diez minutos más tarde.



*Chicas,
Cuando les llegue este mensaje, yo ya estaré en New York, Estados Unidos. No me busquen.*

Estoy con el puerperio, después de mi embarazo. No quise salir ni hablar con nadie, por eso no les conté nada.

El viaje a Estados Unidos es por mi hija. Quiero que ella reciba la mejor educación desde chica. No se preocupen, Marcos viene conmigo.

Disculpen que no haya querido despedirme.

Gracias por los momentos felices que pasamos.

Que todas sean felices.

Besos.

Nos vemos cuando esté recuperada.

Hebe no está en Buenos Aires. Hebe ya no está en esta ciudad.

Sin ella, a la ciudad parece que le faltara algo, ¿no?

¿Estará bien Hebe? Qué pregunta estúpida, ¿no? Estar bien o no, son solo instantes. La vida va cambiando momento a momento.

¿Cómo estará Marcos? ¿Va a tratar bien a Hebe? Un gran cambio para ambos.

A veces no es fácil contar intimidades a la gente cercana. A la gente más cercana, todavía es más difícil. La vida es más inesperada que la ficción. El día de mañana o un accidente: no se sabe qué viene primero.

XIV

Mujer

La casa de Jia Hui está en Olivos, a unas cuadas de la Residencia Presidencial. Cuando Jia Hui lleva a Ida a su casa, la madre le abre la puerta. Tiene un vestido negro de seda y un peinado alto. Muy elegante.

–Bienvenida a mi casa –le toma la mano a Ida y le invita a entrar, con una sonrisa en la cara.

Parece muy simpática, pero el corazón de Ida, sin que ella sepa por qué, se lentifica. Cuando entran, ya está dispuesta en la mesa la comida. Los platos, de difícil elaboración, fueron preparados por su padre: están impecables. Jia Hui se sienta frente a su padre, a la izquierda está Ida, a la derecha la madre.

–Ida, sos de la provincia de Jiang Xi, ¿correcto? –pregunta la madre.

–Sí, señora, de la ciudad de Yi Chun.

–¿Te gusta la comida de hoy? Es comida típica de nuestra provincia.

–Me encanta. Parece que lo que cocina el padre de Jia Hui es mejor que la comida del restaurante beijineses.

–Me alegro de que te guste –el padre de Jia Hui parece contento al escuchar el comentario. Le gusta pensar que es un excelente cocinero, mejor que muchos chinos en Argentina, no volverá a hablar en toda la cena.

–¿Cuánto hace que vivís en Argentina?

–Hace nueve meses –responde Ida.

–Jia Hui dice que trabajás en la empresa Zhong Neng.

–Sí.

–Deben pagar muy bien allí, ¿no?

–Más o menos. Soy empleada local. A los empleados locales no se les paga como a los empleados enviados desde China.

–Ah, ¿sí? ¿Dónde vivís ahora? ¿Compartís el lugar con alguien?

–Vivo cerca a la empresa. En Córdoba y San Martín, en un edificio muy alto, de más de treinta pisos. Vivo sola.

–Allí está el shopping Galerías Pacífico.

–Sí. Del balcón de mi departamento puedo ver el shopping.

–Voy siempre a las Galerías Pacífico. Ya me acuerdo, un edificio altísimo con ladrillos rojos, ¿no?

–Correcto.

–¿Qué hacen tus padres?

Jia Hui tose y pasa la cabeza del pescado a su madre, junto con los palitos.

–Ma, la cabeza, tu favorito.

La madre lo recibe con sus palitos, le sonríe.

–Gracias. Servite el tuyo. Puedo sola –y vuelve la mirada a Ida.

Ida no levanta su cabeza, sigue mirando el arroz de su plato, se lleva de a un grano a la boca. Siente la mirada de la madre.

–Ellos son obreros.

–¿En qué trabajan, específicamente?

–Ma, terminamos la comida primero, se va a enfriar – Jia Hui trata de interrumpirla .

–Bueno. Bueno. Ida, ¿ya te acostumbraste a la comida argentina?

–Sí. Me gusta.

–¿Cómo están tus padres de salud? –la madre vuelve a preguntarle, después de treinta segundos de silencio.

–Bien.

–No tienen enfermedades, ¿no?

–No. Pero mi padre no camina bien porque se le cayó un gran ladrillo encima cuando trabajaba en una fábrica, hace muchos años.

–Jia Hui tiene una hermana mayor. Está haciendo un doctorado en Canadá, ¿sabías?

–Sí. Él me contó.

–¿Y vos, cuántos hermanos tenés?

–Tengo dos hermanas mayores y un hermano menor.

–Uy, no debe ser fácil criar a cuatro hijos.

–No, no es nada fácil. Mis padres no tienen un trabajo fijo, ni tienen seguro médico, ni jubilación, nada. Buscan algunos trabajos temporarios y trabajan de albañiles colocando cerámicos.

Ida no sabe por qué está contando lo que quería ocultar. O mejor dicho, no sabe por qué quiere contestar lo que intenta saber la madre.

–Oh. Está bien –la madre de Jia Hui la mira con una expresión inmutable.

¿Qué está bien? Nada está bien, piensa Ida.

En el camino de regreso, Jia Hui maneja el auto, Ida se sienta a su lado como siempre. Nadie habla nada. Es un largo silencio raro e incómodo.

–En realidad, no tendrías que haber dicho lo que dijiste. Mi madre es de otra generación, es normal que pregunte todo –por fin, empieza a hablar Jia Hui.

–Ella estaba dando vueltas para saber de mi familia. Bueno, le conté –responde Ida.

–En el primer encuentro no es elegante hablar de esos temas.

–Pero fue ella la que me preguntó, yo sólo contesté con la verdad –Ida empieza a sentirse molesta, él está del lado de su madre, porque claro, es su hijo.

–Sabés que la generaciones pasadas tienen sus esquemas.

–¿Qué esperabas que contestara? No puedo inventar que provengo de una familia rica.

–Ella no es una mujer fácil de convencer. En esa casa siempre todos tienen que escucharla. Hace unos años mi padre tuvo una amante que quedó embarazada; él quiso divorciarse de mi madre. Al final, tuvo que volver acá.

–¿Qué hizo con la chica?

–Mi madre le pagó una buena suma de dinero para compensarla. Le mandó a alguien para que la acompañara a hacerse el aborto. No sé los detalles. Todo el negocio, las cuentas bancarias y las propiedades están en sus manos. Mi padre no se puede escapar de ella. El escándalo que te cuento es un secreto de familia, no debería estar contándote todo eso.

–Pero vos no dependés de ella.

–Soy su hijo, a mí no me va a hacer daño, la tigresa nunca se come a sus hijos.

–Yo no puedo cambiar mi origen. Esté o no esté con vos, no puedo cambiarlo.

–Pero podrías haber hablado de una manera más indirecta.

–Tarde o temprano se va a saber.

–Si vos no lo contás, ¿cómo se va a saber? –dice Jia Hui con un tono impaciente.

–Si detestás mi origen humilde, decímelo. No fui pobre por unos días, fui pobre toda mi vida. Si no podés aceptar mi origen o si sentís vergüenza por mi familia, nos separamos y listo. Vos continuás tu vida lujosa, yo sigo con la mía y así estaremos ambos contentos. Ninguno le debe nada a nadie.

–¿Por qué hablás así, como una nena caprichosa? –Jia Hui queda mudo al escuchar la última parte. Intenta mejorar el ambiente buscando una escalera para bajar también él mismo del alto punto de tensión al que han trepado. Pero mira los ojos de Ida y ve firmeza en ellos. Quiere decir algo y, cuando ve su cara tensa, no puede; al instante, su propia cara se va tensando.

–Sabés que no me refero a eso –Jia Hui vuelve la cabeza para mirar a otro lado, habla en voz muy baja, afuera de la ventana el farol de la calle está titilando.

–No sé a qué te referís –Ida tiene muchas cosas para decirle, pero las frases no le salen.

Llegan al edificio de Ida.

–Me voy –dice Ida cuando baja. Sólo quiere cerrar bien la puerta del auto, pero un estallido la sobresalta: ha dado un portazo violento. Ambos quedan temblando. En otro momento Ida hubiera pedido perdón, pero justo ahora, si se disculpa sería como pedir perdón por todo lo que habló en el auto o, incluso, en la casa de su madre.

Ida da un suspiro, camina hacia delante y entra en la sombra de un pasillo. En la oscuridad, puede volver la cabeza para mirar a Jia Hui, pero no sabe si los ojos de él la siguen. Al fin, entra al lobby del edificio sin saludarlo.

Esa noche es muy larga. Ida no puede dormir.



Ida suele pensar que ella ya no es Chun Hua. Ahora, se da cuenta de que sigue siendo Chun Hua.

Un ladrillo grande cayó sobre la pierna derecha de su padre cuando trabajaba en una obra. Lo llevaron al hospital. Los médicos le hicieron tratamientos básicos y lo mandaron a su casa porque la familia no podía pagar los gastos de internación. El dueño de la fábrica fue a visitarlo con un policía. Prometió pagar una indemnización y todos los gastos del hospital, con esas palabras los padres se quedaron más tranquilos.

Chun Hua tenía miedo de escuchar los lamentos de dolor de su padre. Se escapó al jardín y se sentó en unos escalones. Desde allí vio que salieron el patrón y el policía.

–Qué mala suerte. Quién iba a decir que iba a tener ese accidente. Ahora ¿cuánto tengo que pagar yo? –mientras hablaba, encendía un cigarrillo y, a su vez, le ofrecía otro al policía.

–No tiene que preocuparse por nada, son gente de otra provincia, ¿qué te puede hacer? Tirale unas billetes y listo.

–Hermano, me siento mejor si vos me decís eso.

–Está todo bien. Si te hace juicio, lo metemos en la cárcel. Ese tipo, unos días adentro y vas a ver cómo se porta bien.

Chun Hua escuchó todo. No hizo ningún ruido, pero no pudo controlar sus lágrimas. Tenía miedo, la atemorizaba más escuchar las frases que había oído que los lamentos de su padre. Chun Hua tenía miedo de escuchar esa voz que representaba el poder y la autoridad, esa voz que pisa una hormiga sin compasión.

Chun Hua había pensado que despedirse de su pueblo natal era una cuestión de tiempo, pero ahora se daba cuenta de que el tiempo es infinito. El pasado está grabado en su piel, nunca podrá escaparse.

Pasan unos días, no tiene noticias de Jia Hui. No se anima a mandarle un mensaje, tampoco.

Esta tarde, cuando vuelve a casa ve, con sorpresa, que la madre de Jia Hui está sentada en un sillón del lobby de su edificio.

–Buenas tardes, señora.

–¿Volviste? Justo vine a comprar unos vestidos. Recordé que vos vivías cerca y miré el reloj, las seis en punto. Justo la hora en que salís de tu trabajo. Entonces se me ocurrió venir a visitarte.

–Ok. ¿Quiere subir a tomar un té? O a una cuadra hay un Starbucks ...–Ida no se imagina qué prefiere ella.

–No tomo café. Hace tantos años que vivo en Argentina y todavía no me acostumbro. Vamos a tu casa a tomar un té, así estamos más tranquilas.

–Dale –Ida siente sus labios un poco secos. No es que el departamento no esté limpio: está bien ordenado, pero si le hubiera avisado que venía con anticipación, al menos podría haber cambiado las flores. Las que tiene ya son de la semana pasada.

–Tu casa es muy acogedora. Aunque es muy pequeña –comenta una vez que ya ha entrado.

–Sí, es la más pequeña que pude conseguir en esta zona. No sabía que vendría, podría haber comprado unas flores y ordenar mejor. La casa está un poco desordenada.

–Está bien. Sólo pasaba por acá.

–¿Qué tipo de té le gusta?, ¿verde o blanco?

–¿Tenés *pu-eh*²²?

22 El té *pu-eh* (té rojo) proviene de la región de Pu-erh de Yunnan, en China. No es un té muy usual en China, aunque es el mayor productor de té rojo del mundo. Era consumido única y exclusivamente por la nobleza china durante cientos de años. A diferencia de otros tes, que suelen tomarse frescos tras su recolección, el proceso de fermentación de esta variedad puede durar entre dos y sesenta años en barricas de bambú.

–Sí, como no.

Ida va a la cocina a calentar agua. Por la ventana puede ver a la madre de Jia Hui midiendo los pasos del living a su cuarto y al balcón. El agua caliente casi le quema la mano cuando lo vuelca en la taza.

–Qué rico este *pu erh*.

–Lo compré en el Barrio Chino.

–Ida, sos una joven con mucha potencia. Fijate, sólo hace nueve meses que llegaste a la Argentina y ya hablas español tan bien como Jia Hui.

–No. Él lo maneja mucho mejor que yo. Mi nivel de idioma sólo sirve para la vida cotidiana y el trabajo.

–Jia Hui es un buen chico. Me pide opinión para todo, desde chico. Sin embargo, ahora que está noviendo con vos no me cuenta nada.

–...

–A mí me gustas vos. Sos inteligente, capaz, y linda –continúa la madre sin esperar respuesta.

Ida no dice nada, está esperando que ella diga “pero”. En cambio, la madre de Jia Hui la mira como aguardando que ella diga algo. Después de unos segundos, ante el silencio de Ida, continúa.

–Nunca espero que Jia Hui encuentre una chica de buena procedencia, tenemos suficiente dinero y no necesitamos aliarnos con otra familia para ser importantes, pero sí me gustaría que él pueda encontrar una chica de familia de intelectuales. Ustedes tienen que saber que el futuro de la pareja, el matrimonio, es la unión de dos familias, no de dos personas. Los jóvenes quizás no entienden eso, creen que todo puede ir bien cuando los dos se llevan bien. Las cosas no son tan fáciles en el mundo.

Ida toma el té, sin hacer ningún comentario.

–Yo confío que vas a tener un futuro brillante.

Ida, en su interior, le dice cien veces “chau”, pero ella no se va. ¿Por qué no puede decirle en voz alta “chau, andate”? se pregunta Ida. ¿Porque es mayor?, ¿porque debe respetarla?, ¿por el Confucio de mierda?

–En realidad, Jia Hui también duda de que seas ideal para él. El ambiente en que se criaron es diferente y entonces la manera de hablar y tratar a la gente es muy distinta. Él se siente muy conflictuado cuando está con vos, sólo que no sabe cómo decírtelo.

¿Es verdad que Jia Hui dice eso? ¿O esta mujer está mintiendo? No. Es imposible que Jia Hui diga algo así, seguramente es una estrategia de ella. Si Jia Hui pensara así, ¿por qué no me lo dijo cara a cara? ¿O es verdad que él se siente incómodo y no sabe cómo decírmelo? Sea como sea, qué táctica cruel la de esta madre. Confíe o no en él, ya se abrió una grieta entre nosotros.

–Bueno. Ya se me hace tarde, tengo que irme. Sos una chica muy inteligente, seguramente entendés todo y no necesito hablar mucho más. Me voy. No me tenés que acompañar, hay portero.

Ida, por instinto, va a levantarse del sillón, pero se mantiene tiesa, inmóvil, ni siquiera se levanta para abrirle la puerta a la madre de Jia Hui. ¿Es mal educada, no?

Quizás esa es la única resistencia que puede oponer Ida.

La única.

Apenas se ha ido la madre de Jia Hui, suena el teléfono de Ida. Es un número de Skype, sin identificación. Ida no tiene ganas de atender. Como sigue sonando dos veces, tres veces, cuatro veces, atiende pensando que puede ser alguien de la familia. Mira la hora: las seis de la mañana en China, ¿quién va a levantarse tan temprano? Sí, por supuesto es su madre. Los mayores se levantan cuando sube el sol.

¿Para qué tan temprano?

–Chun Hua, ¿ya comiste? –su madre tiene una voz cordial, casi adulatora.

–¿Qué querés? –Ida no tiene muchas ganas de hablar.

–Mira, justo estaba pensando algo y te lo quiero contar. ¿Cuánto dinero ahorraste en esa empresa Zhong Neng? En dos años, tu hermanito va a terminar su carrera y tenemos que comprarle un departamento. Si no, ¿qué chica va a casarse con él? A partir de este mes, tenés que enviar tu sueldo a casa. Y así lo voy guardando para él.

–Yo te puedo mandar dinero, pero para los gastos tuyos y de papá

–Ida habla en voz muy baja y da un suspiro largo. Para ella ya es un rechazo.

–¡Cómo, no entendés! Hoy en día ninguna chica va a casarse con un hombre sin vivienda. Ya no sos joven, no actúes como si fueras una niña. “Se casan cuando haya una casa”, ¿no? es una frase hecha hace miles de años –su madre se impacienta.

–¡Me chupa un huevo! –grita Ida y cuelga.

¿Cómo puede hablarle así a su madre, que es una mujer mayor?

Estoy argentinizada, pero no estuve mal. Tengo razón. No necesito preocuparme por el matrimonio de mi hermano. Es adulto, él tiene que tener su vida y yo la mía.

Pero hablarle así a su madre la ha sorprendido a ella misma. Está sorprendida, pero al mismo tiempo, suelta. Por fin, puede rechazar los pedidos de sus padres.

¿Existe algún odio en esa frase? ¿Qué se oculta detrás de ese odio? ¿Por qué está tan enojada? ¿Qué hay detrás de ese enojo? Ida se pregunta si es por culpa de su familia, por culpa de ellos, que no puede funcionar con Jia Hui.

Pero no puede seguir pensando de esta manera. No se debe pen-

sar así. Está mal. ¿Cómo va a echarle la culpa a ellos? Son pobres. Son débiles.

¿Los débiles, cómo pueden pisar a otros débiles?



Esa misma noche se despierta en medio de un sueño. Fue muy raro. Había dos Idas en el sueño, una original y una réplica. Parecía una historia fantástica, un cuento de Poe.

Una se ahogaba en la piscina de una casa quinta, no se sabe de quién. Era un lugar lujoso, había una fiesta con música y champán. Risas, aroma profundo a flores salvajes. La gente gritó cuando descubrió su cuerpo en el agua. La sacaron a la orilla y trataron de resucitarla, dándole golpes y haciéndole respiración boca a boca.

La otra Ida presenciaba la escena desde la orilla opuesta, pero no podía intervenir. Se sentía muy liviana, se veía morir, ya era una réplica y se preguntaba: ¿la réplica podrá sobrevivir al original?

XV

Bisabuela

Chun Hua reclinó la cabeza sobre las rodillas de su abuelo. Las estrellas cubrían el cielo.

Sus padres se habían ido a trabajar a otra ciudad, llevaron con ellos a su hermanito. Sus hermanas mayores vivían en la escuela, como ella todavía no había cumplido ocho años, no podía ir a la escuela, así que se había quedado con el abuelo, los dos solitos.

Era el momento favorito para Chun Hua, a la noche, después de haber ayudado al abuelo a terminar el trabajo en el campo y en la casa, entonces, se echaban bajo un árbol del jardín.

Una cabeza que no se rendía.

Los ojos estaban abiertos cuando la cabeza cayó.

Fue una época confusa.

En una época confusa, la gente tiene los ojos cerrados.

Se juntaron en la plaza. Mucha, mucha gente. Todo el mundo salió a ver la escena.

El prisionero cargaba con un cepo de madera sucia. Tenía rota la ropa por las cadenas que le colgaban. Cayó de rodillas, pero intentó enderezar la espalda. No pudo. Estaba cubierto de surcos de sangre, diferentes matices del rojo, oscuros o ligeros, nuevos o viejos.

Fue uno más de los millares de hombres que arrolló esa época. Aun después de torturas atroces, no quería bajar la cabeza.

Cuando el hacha estaba casi sobre su cuello, en ese último segundo, sonrió. Nadie sabe por qué sonrió.

Gritos de mujeres, llantos de niños, la multitud empezó a moverse, mucha gente corría a su casa gritando:

¡Rodó la cabeza!

¡Dios mío! ¡La puta madre!

¡Se la cortaron! ¡La sangre, como agua!

Algunos hombres les tapaban los ojos a unos niños y rezongaban a las mujeres: “¿Por qué dejan que los chicos salgan de casa, perras estúpidas?”

La gente se empujaba, algunos cayeron al piso. Otros empezaron a discutir, luego a pelear. Los padres perdían de vista a sus hijos entre los embates de la multitud.

Fue un caos.

Una vela más de esa caótica época.

Cuando la cabeza cae, el ruido no es más fuerte que el de una moneda.

Desapareció en el oscuro infinito, polvo en el viento.

Se fue, no dejó rastro.

Se fue como si no hubiera pasado nada.

Se fue olvidado, como si nadie lo fuera a recordar.

Pero sí, está guardado en la memoria.

Cuando su mujer salió ya había bajado el sol.

La multitud no estaba, tampoco la policía.

Había cosido desde la mañana. Varias veces se pinchó el dedo, miraba cómo salía la sangre y le restañaba en la boca. Se quedó sentada allí, con la costura, toda la tarde. Un bebé gordito se reía en la cuna, jugando con la mamadera; la risa juguetona, despreocupada, resonaba en la casa.

Ella sabía que era el día de la ejecución de su marido.

Cuando la mujer salió de la casa, no cerró con llave. Su hijo todavía reía. Los vecinos se asomaron y la siguieron con ojos curiosos. Ella se arrodilló frente a la cabeza, le pasó la mano por los párpados para cerrarle los ojos. Trató una y otra vez, pero no se cerraban. Finalmente, se acercó a la cabeza y le susurró algo. Luego le pasó la mano y sus ojos se cerraron.

Con mucho cuidado, llevó la cabeza al arroyo. La limpió con esmero: boca, ojos, cejas, frente, orejas, todo quedó sin una mota de polvo, sin rastros de sangre. Quería lavarle esas manchas que le había hecho injustamente el gobierno, quería dejarlo santo y puro.

Cargó la cabeza limpia hasta donde estaba el cuerpo, la acomodó cerca del cuello. Sacó una aguja enhebrada que llevaba prendida en el moño de su peinado, y empezó a coser, como había hecho desde la mañana.

Ese niño que sonreía en la cuna era el abuelo. Ese lugar se llama Yi Chun.

Allí nació su padre. Es la cuna de Chun Hua.

¿Tenía miedo la bisabuela cuando cosía la cabeza al cuerpo de su esposo?

No, no tenía miedo porque era de su familia –el abuelo miraba el cielo cuando hablaba–.

¿Dónde está la bisabuela ahora?

Está en el cielo.

¿Tiene hambre allí la bisabuela? Hay fideos de arroz en casa.

No tiene hambre, no tiene hambre –su abuelo sonreía–.

¿Cuándo vuelve la bisabuela?

El abuelo no contestaba.

¿Cuándo vuelve la bisabuela?

El abuelo no contestaba.

Cuando el abuelo se lo contaba, Chun Hua no lo entendía.

Cuando Chun Hua lo entendió, el abuelo ya no estaba.

XVI

Muerte

Diez días sin noticias de Jia Hui.

En el camino de regreso desde el trabajo, Ida siente que su relación es tan frágil como un hielo delgado. ¿Una relación de medio año que no ha tenido la fortaleza de superar una cena? Quizás Jia Hui no la había presentado antes a su familia porque sabía que no la iban a aceptar.

Siente la proximidad del invierno. Cada vez que hay tormenta y luego se va, el aire queda más y más impasible. Esta mañana llovió y ahora hace más frío todavía.

Extraña el abrazo de Jia Hui.

Cuando llega a su edificio, siente las llaves frías, el picaporte helado, el mundo hecho de metal, abre la puerta y percibe, aún antes de ver, una figura familiar sentada en el sillón del lobby.

¿Es Jia Hui!

Un sobresalto en la garganta, un ímpetu en la cintura la impulsa hacia él, quiere correr a abrazarlo. Pero no se anima. La detienen el

portero, sentado con sus anteojos de leer el diario, y el hombre de seguridad, firme con su uniforme.

Camina hacia el ascensor sin saludar a Jia Hui.

Él la sigue. Ida abre la puerta y entra; Jia Hui también y se para detrás de ella. Ida pulsa el número diecisiete. Cuando en el tablero del ascensor se enciende la luz roja del piso tres, Ida se da vuelta y lo abraza, sin decir nada. Jia Hui la recibe, le busca la boca y la besa. Las lenguas juegan mientras los números se van tiñiendo de rojo, se encienden y desaparecen, mecánicamente, en soledad.

Son diecisiete pisos. La puerta del ascensor se abre con el sonido de siempre, salen pero no paran de besarse. Ida busca con su mano pequeña la llave dentro del bolsillo de su abrigo y abre, a tientas, la puerta de su departamento mientras se besan.

Entran.

Jia Hui empieza a arrancarle la ropa con lentitud, le besa el cuello y desciende, le besa los pechos, el vientre, la levanta para llevarla a la cama y la acuesta suavemente.

Besándola, empieza a quitarle el jean. Su boca se desliza hacia abajo por entre las piernas. Después sube, sube hasta su camino secreto. Jia Hui nunca la había besado así. Es tan nuevo, tan excitante. Su lengua es flexible y caliente, Jia Hui nunca había tratado de complacerla tanto. Ida gime y siente un arrebato de calor.

–Jia Hui, entrá. No puedo más –le pide Ida con dulzura.

Jia Hui se saca el pantalón, sube sobre su cuerpo y entra al lugar más profundo, las olas de calor baten sobre Ida. Parte de Jia Hui está dentro de su cuerpo, él le susurra al oído:

–¿Te gusta?, Ida, ¿te gusta?

Ida le dice entre gemidos:

–Sí.... no te vayas.... No me dejes sola....

Es noche de invierno.

Pero no hace nada de frío cuando está con él.

En los quince días que siguen, Jia Hui se pega a Ida todos los días. Durante la semana, viene Jia Hui al departamento de Ida, en los fines de semana, Ida va al suyo.

Ella le da una copia de llaves para que entre sin problema, él también le da una de su casa. Ninguno de los dos habla de la madre de Jia Hui. El tema es como una mina enterrada; caminan con cuidado extremo para esquivarla. Pero un día Ida ya no puede con la incertidumbre:

–¿Tu madre sabe que estás viniendo?

–No, ahora está en Yi Wu²³ por unos contenedores de juguetes.

¡Por eso estos días!, cavila Ida. No va a ser tan fácil, como dijo su madre. “Nada es fácil”, decía Evita en alguna película que vio Ida. Ida, prefiere no pensar mucho en este tema. ¿De qué le sirve? Hay que vivir cada día como si fuera el último, hay que vivirlo como los argentinos. Pero esa no es la personalidad de Ida. Ella es como el gobierno chino, con sus planificaciones a largo plazo. Como el Partido Comunista, tiene planes quinquenales para su vida.

Pero ¿también con su amor? ¿Qué plan puede hacer en una relación? El estudio, el trabajo son inversiones sanas: cuanto más tiempo y energía ponés, más éxito obtenés. ¿Y en el amor? El amor es otra cosa. No sabemos qué pasara el día siguiente. En el amor no habrá frutos garantizados.

Especialmente después de la última pelea. Sí, allí se vio bien. Pue-

23 Yi Wu, provincia de Zhejiang, es famosa en toda China como centro de productos básicos, ha sido nombrada como la bandera de la economía de mercado chino con una gran variedad de productos de alta calidad y bajos precios, lo cual ha atraído al turismo internacional. Eamomn Fingleton escribió: Yiwu funciona como una especie de Wall Street proporcionando un vasto mercado.

de hacerse añicos en una noche, no importa cuánto tiempo hayan pasado juntos.

Ida se dice a sí misma: no pienses más.

Una noche así, a secas, es una noche de frío en el invierno.

Una noche más con él, es una noche cálida más. Los abrazos de Jia Hui son el mejor abrigo del mundo.

Golpean la puerta.

¿Quién será, domingo a la mañana? ¡A esta hora!

Ida mira a Jia Hui, que está recostado sobre el cuerpo de ella. Él, a su vez, levanta el rostro hasta encontrar la mirada de Ida. Ninguno de los dos quiere levantarse.

Esperan un minuto.

Vuelven a escuchar la puerta. No es el timbre, están golpeando tres veces, al estilo chino.

Jia Hui, con su cuerpo ya a un lado de Ida, la mira con curiosidad:

—¿A quién esperarás a esta hora?

—A nadie... —contesta ella—, voy a ver.

Descalza, sigilosa se acerca a la puerta; por la mirilla ve a Wen ia. Le sorprende verla. Aunque viven sólo a tres cuadras, nunca fue a visitarla sin avisarle. Entonces, más que sorprenderse se asusta, porque Wen ia tiene la cara blanca como un papel. Muy pálida, sus ojos denotan espanto.

—¿Qué pasó?

—Llévame a la casa de Victoria.

—¿Pero qué te pasó? Contame.

—¡Llévame!

Ida no insiste, se apura tanto que olvida cambiarse. Lleva puesto sólo su pijama, está sin corpiño y tiene una sola zapatilla. Agarra la billetera, abraza a Wen ia y la lleva abajo.

Suben a un taxi que las lleva a Santa Fe y Thames. El taxista las mira brevemente, frunce el entrecejo. Ninguno de los tres dice nada. Wen ia se mantiene con la mirada fija en la ventanilla, Ida siente que su cuerpo debe acompañarla. Al llegar, ve que la tarifa es de sesenta y ocho pesos, mientras baja le da al taxista un billete con el rostro de Julio Roca y le indica con una mano que no hace falta el vuelto. Wen ia camina adelante, muy rápidamente. Ida la



sigue y cuando quiere llamar a Victoria, se da cuenta de que no lleva el celular.

Tocan el timbre. Pasan quince segundos. Por suerte contesta la voz de Victoria:

–¿Hola?

–Victoria, soy Ida. Bajá, vení a abrir la puerta.

–Voy.

Victoria aparece con una sonrisa que se congela al ver la cara de Wen ia. Le toma la mano sin decirle nada.

Ni bien se cierra la puerta del monoambiente, Wen ia se larga a llorar. Victoria la abraza. Sentadas en el sillón, con la cara de Wen ia en el pecho, le acaricia el pelo.

–¿Pasó algo?

–Lo maté. Lo maté. Soy una asesina.

–¿¿Qué?? –gritan Ida y Victoria al mismo tiempo.

–Alberto. A Alberto lo maté yo. Alberto está muerto.

–Calmate, Wen ia, mirame a los ojos. ¿Cómo, que lo mataste?

Respirá hondo. Estoy acá. Estamos acá. ¿Dónde está Alberto?

–Se murió.

–Pero, ¿cómo?

–Se prendió fuego en el auto.

–¿Quién te dijo?

–Me llamó la policía.

–¿Y?

–Y tiré el celular a la calle. No quise escuchar más. Y después corrí directamente al departamento de Ida. Y después tomamos un taxi para acá.

–¿Tiraste tu celular mientras le estabas hablando la policía?

–Sí, sí. No quería escuchar. No quiero saber.

–¿Qué te dijeron?

–Me dijeron que habían encontrado muchas botellas en el auto. Y que había estado fumando marihuana adentro.

Ida va a la cocina a hacer té.

Se hace un largo silencio.

Wen ia se acuesta en el sillón en posición fetal, apoya la cabeza en las piernas de Victoria. Parece dormida, pero por momentos se le estremece el cuerpo, esporádicos temblores en la zona de los hombros demuestran que está despierta. Victoria le acaricia el cabello mientras Ida, sentada en la silla de enfrente, sirve el té.

Nadie dice una sola palabra.

Wen ia se queda en casa de Victoria, duerme en el sillón del living. Necesita estar con alguien, se despierta a cada rato durante la noche. Unos días después, Ida y Victoria van a buscar las cosas de su amiga al departamento que comparte con Alberto. Wen ia no quiere ir, tiene miedo de ver las cosas de él. El departamento ya está medio vacío. Seguramente algún familiar de Alberto ya ha ido a llevarse sus cosas.

El ropero queda triste con una sola mitad ocupada. Acá vivían Wen ia y Alberto. Acá construyeron un sueño juntos. Acá se perdieron el uno al otro.



Todo se fue
las risas las lágrimas
las caricias los celos
las felicidades intensas
el amor el odio

Se fue
sin permitirte que pidas disculpas
no escucha tus decisiones
no se preocupa por consolarte
te da la espalda

La muerte es la espalda
es un punto.

Invierno de dos mil seis para los argentinos, el más frío desde hace diez años; para estas chinas que viven en Argentina, el más frío de su vida.

Después de dos semanas de la llegada de Wen ia al departamento, recibe una llamada de China. Es una tía de Victoria, la hermana mayor de su padre. Le cuenta que su papá tiene cáncer de pulmón y que está en la etapa final, tiene que volver para verlo por última vez. Todo es muy abrupto para Victoria, que no está enterada de nada.

Su padre se había hecho unos estudios el año anterior. Todos los familiares se enteraron del diagnóstico, excepto Victoria, el padre no quiso decirle nada para no molestarla en sus estudios de doctorado. No solo no le contó él, sino que prohibió a todos los familiares que le dieran la noticia. Ya en el hospital, cuando el médico les anuncia a los parientes que le quedan pocos días, la tía no aguanta más y llama a Victoria.

Victoria y Antonio viajan esa misma noche.

Ella no quería llevar a Antonio a su casa paterna: La familia no iba a rechazarlo por estar divorciado, pero se preocuparían mucho cuando se enteraran de que tenía tres hijos con su ex. Sus parientes -y lo más importante, su padre- van a preocuparse por ella, van a temer que sufra un trato injusto. Pero ahora Victoria cambia de idea. Ella también sabe que para los padres chinos lo más importante es que sus hijas tengan un compañero. No importa que sea bueno o malo, capaz o incapaz, lo importante es que esté acompañada. Entonces, llevar a Antonio, al menos, va a ser consuelo para el padre.

Antes de subir al avión, Victoria llama a Ida para que cuide a Wen ia, teme que ella haga alguna tontería.

—Ahora no pienses en otras cosas, estás solamente para tu padre. Yo voy a pasar a visitarla todos los días. Vos, cuando llegues a China,

nos vas contando todo lo que pase, así estamos más tranquilas –le dice Ida.

Las tres chicas arman un grupo en *Skype*.

En China es verano. Hace demasiado calor en la provincia de Zhejiang. Un calor insoportable.

El hospital.

El suero, gota a gota.

Está muy flaco. Abatido en la cama, parece más pequeño. Le parece que no puede ser verdad que su cuerpo esté tan indefenso.

A Victoria le cuesta reconocer a su padre. En los ojos de su padre hay un destello de sorpresa, algo alegre, pero al mismo tiempo sombrío. La vuelta de su hija le está indicando que está en sus últimos días. Victoria se acerca y lo abraza, siente los huesos de su padre.

El padre quiere ir al baño, no hay otros hombres en la familia. Victoria y Antonio lo acompañan, uno a cada lado. Él se sienta en el inodoro, tarda quince minutos, quiere apretar el botón de la descarga, pero no puede, no tiene fuerzas. Un hombre que podía traer a casa cien kilos de arroz sobre su espalda y ahora ni siquiera puede presionar el botón del baño.

En la misma noche, el padre de Victoria le pide a ella *wantán*²⁴. Hace días que él no come nada. Victoria no se lo permite. El médico fue muy explícito: solamente alimentos líquidos. Victoria le da sopa de arroz. La tía le dice en secreto: son los últimos días, dejalo comer lo que quiera. No. No. No. El médico dice que solo líquidos; si no, va a estar peor.

²⁴ El wantán, muy común en la gastronomía china, está elaborado con una masa de harina de trigo, agua y sal; es consumida cocida en sopas y en chifas. Esta masa se rellena con carne picada de cerdo, gambas, jengibre, cebollas, sésamo y salsa de soja. Se puede decir el wantán es equivalente a los ravioles en la cocina italiana.

–Soy muy cruel –le contará Victoria por la noche a Ida.

–No... está bien. Es mejor escuchar al médico –la consuela su amiga desde Buenos Aires.

Es un dilema para Victoria: por un lado, quiere que su padre pueda disfrutar las últimas comidas; pero, por otro, pretende que se haga tal como dice el médico. En el fondo de su corazón, Victoria todavía no puede aceptar lo que está sucediendo, ¿no?

¿Ella todavía espera un milagro?

La familia lo tiene que llevar a casa. El hospital los echa, de una manera indirecta, diciéndoles que no hay suficientes camas. La verdad es que en el hospital no quieren que se muera allí, como si fuera de mal agüero. Igualmente, su padre también quiere volver, se siente más cómodo en su propio territorio.

Después de tomar una siesta, el padre, desde la cama, señala una aviso del diario y le dice a Victoria:

–Llamá ahí para pedir los remedios.

Victoria mira el diario y se comunica con el número del aviso.

–Pero si el médico dice que solo le quedan unos días, entonces ya no servirá mi medicina. No es magia –dicen del otro lado.

–¿Dónde están? Si me dice la dirección, voy en auto.

–Como quieras.

Victoria y Antonio manejan cuatro horas para conseguir esos remedios. A la noche, después de tomarlos, el padre parece sentirse más tranquilo, habla de muchas cosas: anécdotas de su infancia, su estudio, le pregunta a Victoria sobre la tesis de doctorado. Al fin, dice:

–Lo que más me preocupa sos vos –Se queda mirando a Victoria a los ojos. Ella ve en su mirada el mayor cansancio que vio en una persona. El cansancio de toda su vida parecía estar llevándose sus últimas fuerzas. Después de esa frase, los ojos se le cierran, se duerme. Ronca. No quiere dejar el mundo.

Manuel Flores va a morir;
eso es moneda corriente;
morir es una costumbre
que sabe tener la gente.

(Victoria recuerda un poema de Borges.)

Y sin embargo me duele
decirle adiós a la vida,
esa cosa tan de siempre,
tan dulce y tan conocida.

No es nada dulce. Solo hay dolor. El padre no quiere irse. Claro. La fábrica todavía lo necesita, su hija todavía no está casada. Los sueños de su hija todavía no se han hecho realidad.

Ya son las once de la noche, parece que no va a despertarse pronto. Victoria se va a dormir. El día fue muy largo, se duerme profundamente.

A la mañana siguiente, Victoria escucha los llantos de las mujeres.

Se sienta en la cama, sabe que ya se fue. Antonio se encarga de ponerle la mortaja.

–Se fue –Victoria manda un mensaje al grupo–. Ahora me arrepiento mucho de no haberle dado lo que quería comer. Era sólo *wantán* lo que quería.

–Pido a Buda que en este momento tan difícil te lleve su paz –escribeme Wen ia.

Ida no encuentra palabras. ¡Tan rápido! ¡Sólo cuatro días!

Aun rodeada de su familia, Victoria tiene miedo.

Ida recuerda que hace unos meses, en un viaje a Cuba con Jia Hui, el chofer del lugar les contó una tradición:

“En la entrada del pueblo está el hospital, en el final de la ruta está el cementerio. La gente nace en un lado y se muere en el otro. En el cementerio, cada familia puede tener tres tumbas. Si muere un pariente más, hay que vaciar una para enterrar el cuerpo.

–¿Pero cómo? –pregunta Ida con intriga.

–Sacar las ropas deterioradas, los huesos y limpiarlos.

–¿No tienen miedo? –Ida se asusta de sólo imaginarlo.

–¿Cómo van a tener miedo? Lo hace la propia familia. Cuando mis padres mueren, saco los huesos de mis abuelos y algún día, cuando yo muera, mis hijos van a sacar los de mis padres.”

Qué actitud amigable hacia la muerte.

La vida es tan breve, solo dura desde la entrada del pueblo hasta al final.

Victoria tiene miedo de tocar al cuerpo de su padre, solo le apoya un dedo sobre la mano. Ya están separados, él en el cielo, ella en la tierra. Ya no se escucha más su voz, su ánimo, sus risas, sus consuelos... nada.

En este lado del mundo, Victoria no duerme; vela a su padre toda la noche.

Del otro lado, a Ida también le cuesta dormir esa noche, volvía una y otra vez a lo que le contaba Victoria: sobre antiguas escenas con su padre. En la primaria, temprano a la mañana, el padre lleva de la mano a Victoria, charlan mientras caminan.

“Hay que mirar bien el semáforo, no te apures. Cuando se pone en verde, pasá. Cuando caminás, siempre del lado interior de la vereda; si no, te puede lastimar un auto.”

“No leas en la cama con linterna, no es bueno para los ojos. ¿Pensabas que no me di cuenta? Estuviste leyendo anoche, la sábana todavía estaba caliente cuando la toqué.”

“¿Hoy tuviste examen? Si no sos la mejor, no te desanimes. Si ganas el primer lugar, no te agrandes.”

“Te recomiendo leer más libros, las dudas que tenés en la vida tienen respuestas allí. Aprovechá tu oportunidad, mira que tus abuelas y tu madre no pudieron ir a la escuela. Podés estudiar el doble para compensarlas. Como mujer que sos, la educación es el camino más importante.”

Lo que dice un padre queda grabado en el corazón de la hija de otra familia. En el fondo, Ida sabe bien que hubiera querido un padre así. Pero no se puede elegir al propio padre. De pronto, Ida imagina a su papá ante el lecho de muerte: ¿habrá de decir que lo que más le preocupa soy yo?

Dos chicas, en dos extremos del mundo, están pensando en el mismo hombre. Padre, el primer hombre más importante en la vida de las mujeres. Ida no sabe bien ¿Dios elige un padre para cada hija, o una hija para cada padre?

¿Es un final la muerte?

Quizás no.

XVII

Separación

Ese día, Jia Hui no pasa la noche en el departamento de Ida. Se queda unas horas y se va. Habla poco, como si pensara en algo importante.

Ayer, Wen ia terminó la defensa de su tesis sobre la influencia de Borges en los escritores chinos contemporáneos. Ida quedó en encontrarse con ella en el departamento de Victoria. Solo ellas dos, porque Victoria todavía no ha vuelto de China. Ahora, acostada en la cama, se le ocurre que tal vez la madre de Jia Hui ya volvió. Viendo cómo se portó Jia Hui esta tarde, parece que sí. ¿Habrá hablado algo con ella? Ida quiere llamarlo, anhela preguntarle. Mira el reloj, se detiene.

Que pase lo que tenga que pasar, hay que dejarlo así.

En la vida hay tantos riesgos, tantos accidentes, no hay que preocuparse tanto por este noviazgo.

Se murió Alberto, se murió el padre de Victoria, Hebe está deprimida, comparado con todo esto, ¿qué significa perder a Jia Hui? Tal vez, lo mejor sea prepararse para lo peor.

Ida va con una pizza a ver a Wen ia. Ninguna de las dos tiene ganas de cocinar. En la computadora de Wen ia suena *Da Bei Zhou*²⁵.

–No lo veo más –dice Wen ia suavemente–. Es un senador, lo conocí una vez cuando fui a trabajar como intérprete. Salir con él es como estar en otro mundo.

Parece una explicación de lo que ha pasado. Wen ia está ofreciendo su verdad, por la que Ida nunca quiso preguntar. Ida entiende que son adultas, que cualquier decisión que tome es lo que tiene que suceder. Ida no cree tener derecho a meterse a opinar, y tampoco Wen le tiene que explicar nada. La mujer es como un lago que se mantiene pacífico, calmo, sin viento en la superficie pero que abajo, está lleno de secretos que agitan las aguas profundas. Hablar así, es como haber llegado a la orilla del lago de los secretos.

–Después de la gran pasión y del sabor fresco, la convivencia se hace muy difícil. Todas las tardes veíamos la serie *The Big Bang Theory* y *Prison Break*. Después sólo quedaba preparar la comida, lavar los platos, limpiar el piso. Es todo muy aburrido. Siento que el tiempo se va volando y me roba toda la juventud. Es una sensación terrible –Wen ia continúa.

Ida no abre la boca. No sabe qué decirle. Sobre la muerte de Alberto, Ida se siente culpable en algún sentido. ¿Ida tendría que haber alertado a Wen ia? ¿Tendría que haber hablado con ella sobre Alberto y el senador? No existen hipótesis en la vida. Ida nunca registraba a Alberto, sólo lo miraba en las fotos. Para ella, mantener distancia con el novio de su mejor amiga es un principio. Nunca terminan bien las cosas cuando alguien se lleva bien con el novio de una amiga. Por eso, Ida mantenía distancia. ¿Quién hubiera imaginado que

pasaría algo así? Sin embargo, ella siente una sombra de culpa por el destino de Alberto. La policía informó que el accidente había sido causado por el alcohol.

En el fondo de su corazón, Ida está triste por la muerte y siente pena intensa por Wen ia. Ella la imagina su espíritu como condenado a una cárcel, con una pena que nunca llega a su fin.

El borde entre la culpa de Wen ia y el destino inexorable de Alberto es una especie de bruma luminosa.

¿Un mujeriego puede morir por amor?

–Su padre –dice Wen ia como si sacara su cabeza del agua– también murió quemado. Era un alcohólico y un bruto, un día se durmió borracho con un cigarrillo encendido, la colilla cayó en las sábanas y así se incendió todo.

Concluye Wen ia mirando la pizza.

Se puede oír su miedo.

El cajón de la mesita donde comen está semiabierto, Ida echa una ojeada por casualidad y ve que en su interior un cenicero con cigarrillos de marihuana, fumados a media.

¿Tan mal está ella? Después de la muerte de Alberto, el humo dulce de la marihuana perdura en la boca de Wen ia. Continuar el hábito del otro es una manera de extrañarlo.

Ida sabe que ahora Wen ia tiene problemas de insomnio. Pasó lo que pasó. Victoria le recomendó una psicóloga, pero eso es algo muy ajeno a Wen ia.

–¿Ayuda ese té? –pregunta Ida, señalando una caja de té de Tilo.

–Algo. No mucho. A veces me despierto a las dos, a veces no puedo dormir hasta a las dos.

–Quizás sería bueno hablar con una psicóloga –intenta convencerla Ida.

Wen ia no contesta. Ida sabe que ella rechaza esa idea. En China

25 Canción famosa del budismo.



no es habitual. Sólo la gente que tiene problemas mentales severos recurre a la psicología. Wen ia se ha encerrado en su estudio últimamente.

–Arrastré la tesis por años. Debería haberla terminado hace tiempo. Por fin, ahora voy a conseguir el título. Fue la razón por la que vine a la Argentina. Con mi objetivo cumplido, podré volver a China –la pizza se enfría en su plato, Wen ia mira el vacío–. En este país ya no hay nada que me ate. Ustedes tienen trabajo, yo nada ni nadie. Estoy para despedirme y quizás nunca regrese.

–¿Tomaste la decisión de irte?

–¿Tengo alguna razón para no irme? En toda la ciudad, ya no puedo encontrar ninguna razón para quedarme.

Wen ia habla en voz muy baja, casi no se la escucha. Parece tan suave como la primera vez que se vieron. No. No es suave. Es insensible.

–Quiero viajar al Tíbet. Cuando un día vayas a China, ¿me acompañarás? –pregunta Wen ia.

–Dale –contesta Ida.

–Estos días, fui al templo de Guanyin ²⁶, conocí a muchos amigos budistas. Lo mío fue un amor pecaminoso. Soy una pecadora.

–¿Crees en el budismo? –pregunta Ida sorprendida.

La generación de ellas fue educada para romper con las supersticiones feudales. Casi todos son ateos. ¿Wen ia está buscando ahora apoyo espiritual?

²⁶ Guanyin es el nombre dado en China a Avalokitesvara bodhisattava venerado en el budismo. El valor asociado a bodhisattva es la compasión. Guanyin ha hecho votos de no entrar en los reinos celestiales hasta que todos los seres vivientes hayan completado su proceso de iluminación y se liberen del ciclo de nacimiento, muerte y reencarnación. En la devoción popular, Guanyin rescata a quienes acuden a ella en momentos de dificultad, sobre todo ante los peligros producidos por el agua, el fuego o las armas. Como Madre Misericordiosa, oye las peticiones de quienes desean tener hijos. En Oriente son numerosos los templos y estatuas dedicados a bodhisattva.

–El ser humano debe creer en algo.

Hace una pausa, mira a Ida a los ojos y dice:

–Nadie sabe si Alberto llegó a tomar el té de *Meng Po*²⁷.

Ida se preocupa por ella. Los gestos de Wen ia no son como los de antes. Tiene otros destellos en sus ojos. ¿Wen ia se esconde en el budismo para no sufrir más por amor?

²⁷ Meng Po es la señora del Olvido en la mitología china, es una deidad femenina que sirve en el infierno de la heterogénea religión china. Su tarea consiste en asegurarse de que las almas listas para reencarnarse en algún reino superior no recuerden sus vidas pasadas ni su estancia en el infierno. Para ello, Meng Po recolecta hierbas de diferentes estanques y arroyos en la Tierra, para crear su Té de los Cinco Sabores del Olvido. Esta bebida se le ofrece a cada alma antes de abandonar el infierno. El brebaje produce una amnesia permanente de forma instantánea, provocando así la pérdida de todo recuerdo de vidas pasadas. Habiendo sido purgado de todo pecado y conocimiento previo, el espíritu es enviado para renacer en una nueva reencarnación terrenal, comenzando de esta forma el ciclo de nuevo. En ocasiones, algunos son capaces de evitar beber la poción, pudiendo así recordar fragmentos de vidas anteriores en la infancia, los sueños, etc. También se dice que Meng Po vela por las almas que han renacido. Por eso, cuando los bebés sueñan, si lloran, se dice que Meng Po los ha regañado y si ríen, es que Meng Po los premia.

“Los ojos que miran la lluvia parecen los de él, pero las lágrimas son de ella”, esta frase aparece en la mente de Ida cuando escucha el tintineo de la lluvia. Está con Jia Hui en su casa viendo la película *Un cuento chino*. Es divertida, pero Jia Hui no la está disfrutando, parece que su mente está en otro lugar.

—¿A qué se dedica tu segunda hermana mayor? —pregunta Jia Hui repentinamente.

—Trabaja en una fábrica de juguetes. Te lo dije en algún momento, ella es una obrera —contesta Ida—, hace muchos años que está allí. Ella no puede encontrar un trabajo mejor.

Suena el teléfono, Jia Hui lo pone en modo silencioso, pero la pantalla sigue brillando. Él se levanta para ir al baño a atenderlo. Ida sabe que no debería hacer lo que está haciendo, le parece una falta de respeto, pero igual lo sigue y se para en la puerta del baño:

—Ma, no me molestes. Sí, estoy en su casa, ¿y qué?

—...

—Su hermana es su hermana. Ella es ella. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—...

—Ma, no digas malas palabras, por favor. No, nunca le di nada de plata.

—...

—Soy tu hijo, eso no va a cambiar nunca.

—...

—¿Ma?

Se hace un silencio, Ida sigue parada en la puerta, sabe que debe volver al sillón y fingir que no ha escuchado nada. En su familia le enseñaron cómo ser una mujer inteligente: ser ciega y sorda en los momentos adecuados.

Pero Ida no quiere moverse. Cuando Jia Hui sale del baño y ve a Ida en la puerta, se sobresalta.

—¿Qué hacés acá?

—¿Qué te dijo?

—¿Quién?, ¿qué me dijo quién?

—¿De qué hablaron?, ¿de mi hermana?

—¡Vos estabas escuchando!

—Sí. ¿Y qué? ¿Por qué hablan de mi hermana?

—Nada.

—¡Decime! —Ida le grita.

—Tranquilízate —Jia Hui la lleva al sillón y se sienta frente a la mesa ratona. Jia Hui quiere tocar las manos de Ida, pero ella no se lo permite.

—Mi madre fue a la casa de tus padres.

—¿Qué?

—Ella estaba en Yi Wu, como queda cerca, aprovechó para ir a tu casa.

—¿Cerca? —Ida le dice con ironía.

—Y se enteró de que tu segunda hermana es amante del dueño de la fábrica de juguetes. Vos sabés, ella tiene mala experiencia con las infidelidades de mi padre. Odia a todas las amantes.

—¿Cómo se enteró de eso?

—Fue a la fábrica y se lo dijeron los obreros.

—Tu madre es muy capaz —Ida lo mira fijo.

—Sí, ella es así... No sé cómo consiguió la dirección de tu casa en China; la verdad, no sé.

—Ida se queda en silencio. No sabe qué decirle.

—La situación es así. Ahora tenés que ir conmigo a mi casa y explicarle que vos no sabés nada de lo que hace tu hermana.

—De ninguna manera —dice Ida fríamente.

–Ella está muy enojada. Dice cosas muy feas. Yo estoy en un dilema.

–¿Qué cosas feas?

–Piensa que si tu hermana...

–Que si mi hermana es amante, entonces yo también soy una puta, ¿no?

–No uses palabras tan feas, por favor.

–Tu padre tiene una amante. Un hombre comprometido que busca amantes o una mujer que sale con tipos casados, ¿qué es peor?

–No invoques el nombre de mi padre –la cara de Jia Hui se nubla. Se impone un breve manto silencio, hasta que Ida lo rompe:

–Jia Hui, no quiero recibir más insultos por mi familia. Si mi segunda hermana es amante como dicen... ¿sabés qué? Me siento contenta por ella. Al menos, puede vivir un poco mejor. Vos y yo somos tan diferentes. A lo mejor terminamos separados.

–Te querías separar de mi desde hace tiempo, ¿no? –Jia Hui la mira, no está muy seguro.

–¿Qué?

–Mi madre dice que pasó una vez por tu casa y vos le dijiste que querías estar sola, pero que no sabías cómo decírmelo.

–¡Mirá! ¿Te contó tu madre que vino acá?

–En aquel momento, no se lo creía.

–Bueno. Sí. Quería estar sola desde hace muchísimo tiempo. Hoy te lo digo de nuevo; entonces, nos separamos –Ida no tiene ganas de explicar nada, tiene el corazón lleno de caos y cansancio.

–Está bien –Jia Hui se levanta y se va hacia la puerta.

Ida lo sigue, le devuelve las llaves del departamento de Jia Hui y se las entrega. Jia Hui la mira atentamente y se va enojado.

Las lágrimas son agua barata. No sirven de mucho para la vida.

Llora. Que salgan las lágrimas, que salgan hasta secarse.

Dicen que si el amor es verdadero, no importa la dignidad. Pero para Ida no, la dignidad es su única arma, desde su infancia hasta acá.

Ella es pobre, ¿pero un pobre no merece amor? ¿Por ser pobre tiene que soportar que la gente deprecie su amor?

No. Ella prefiere negarlo a exponerlo al maltrato.

Puede perder todo, menos su dignidad. Es el único aire para ella. Tantos años pasan, cuántas veces podrá caerse y la dignidad es la única energía que la levantará.

Ella no puede perder ese aire por un novio.

No puede. No.





XVIII

Nacimiento

–Mucha sangre. Habitación 308, clínica Swiss Medical –un medio-día, de repente, Ida recibe un mensaje de Victoria. Estaba en San Martín trabajando. Llamó a su jefe, le pidió permiso para tomarse lo que quedaba del día.

La enfermera acompaña a Ida a la habitación. Antonio le abre la puerta. Parece muy cansado, tiene los ojos rojos y la barba de unos días.

Están en una suite privada, le llama la atención que tenga baño y *placard* propios.

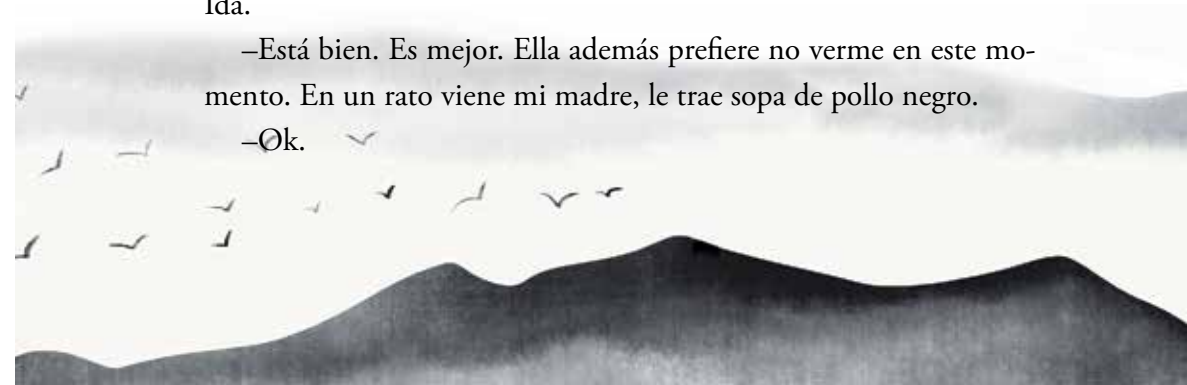
Victoria está dormida. Bajo las sábanas blancas su cuerpo parece pequeño. Está flaca y pálida.

–Recién se durmió –dice Antonio.

–Yo me quedo a cuidarla. Podés irte a descansar un rato –le dice Ida.

–Está bien. Es mejor. Ella además prefiere no verme en este momento. En un rato viene mi madre, le trae sopa de pollo negro.

–Ok.



–Eh... –Antonio parece a punto a decir algo, pero se calla.
Respira profundo, se cuelga la mochila y se va.

Ida acerca una silla a la cama, se queda sentada mirando a Victoria. Observa que tiene los labios casi blancos, como si no le llegara la sangre. Ida se siente mal, muy mal por su amiga Victoria. Había perdido a su padre, ahora acaba de perder a su hijo. Una tragedia detrás de la otra. Es demasiado.

Le manda un mensaje a la cocinera de la empresa y pone el celular en vibración. Al costado de la cama de su amiga, Ida responde unos emails de sus compañeros. Cuando termina, apoya la cabeza en la cama. Se siente vacía. Una profunda tristeza la hace llorar en silencio.

–Llegaste –dice Victoria, sonriendo con un tono de una cortesía amarga.

–¿Cómo estás?

–Bien. Fue culpa mía. Pero todo va a pasar.

–¿Qué dijo el médico?

–Que haga reposo por dos semanas.

–Recién se fue Antonio.

Victoria la mira, duda si contarle o no.

–Hace un mes –dice Victoria–, me enteré por los chicos que Antonio se había ido a pasar la noche con su ex. Estaba embarazada y él fue a cogerse a su ex. ¿Ridículo? Él puede cuidar a mi padre en sus últimos días, pero no puede controlar su pija. ¡Tengo unas ganas de cortárselo...!

–Cuidate. No tenés que enojarte, no es bueno para la salud.

–Ya pasó. No hay vuelta atrás –dice Victoria suavemente, mientras mira para otro lado.

Ida no entiende bien si se refiere a la vida del bebé o a la relación con Antonio.

–Le pedí sopa de pollo negro a la cocinera de la empresa. Va a traerla pronto. Por si no querés lo que te trae la madre de Antonio –dice Ida.

Ella conoce a Victoria: si está enojada con él, no va a aceptar nada de su familia. Ni una gota de sopa.

–Bien. ¿Y vos, cómo estás? –Victoria toca la mano de Ida.

–Bien.

–¿Te trata bien Jia Hui?

–Nos separamos –dice Ida.

–¿Por?

–La diferencia de clases nos jugó en contra.

–Él no te merece –Victoria a pesar de su salud quebrantada, no pierde contundencia.

Las dos se quedan en silencio.

–Te llevo ocho años, a veces siento que soy tu hermana mayor. ¿Querés escuchar un rato mis tonterías? –sonríe Victoria.

–¡Claro! –dice Ida.

Es muy difícil ser una persona. Es más difícil ser una mujer. Y ser mujer de China es lo más difícil de todo.

Cuando miro atrás, desde mis dieciocho hasta ahora, a los treinta, me doy cuenta de que siempre busqué mi destino en otra persona. Nosotras, las mujeres, buscamos el amor y el matrimonio, pero lo que encontramos son hombres.

Los hombres también son personas. Son como nosotras, recién ahora entiendo que también son frágiles, tienen sus momentos, se pierden, se desesperan como nosotras. Y entonces, ¿por qué nosotras pasamos tanto tiempo buscando y buscando a esos hombres para depender de ellos?

La mujer soltera, en China, se considera incompleta y esa falta se remedia cuando encuentra su media naranja. Las mujeres sólo tienen valor cuando son amadas por un hombre. Una mujer que no es amada por un hombre, no puede recibir el respeto de otras mujeres, qué ridículo. Parece algo tan natural, que generación tras generación se lo acepta sin preguntar nada. Está como incorporado al ADN. Y yo ahora no dejo de preguntarme: ¿por qué tengo que casarme si eso no es ninguna garantía de felicidad?

¿Por qué una tiene que tener hijos? ¿Y si una no quiere? ¿Y si no le gustan los niños?

Si una, estando sola, se siente bien ¿por qué va a salir a buscar una media naranja?

¿Por qué el otro es su hogar? Vos misma sos tu hogar.

Quiero ser una mujer argentina.

Decido ser una mujer argentina.

Mil mujeres son mil maneras de vivir.

Voy a ser una mujer libre. Voy a hacer lo que quiera con mi futuro.

Yo soy la dueña de mi alma y de mi cuerpo, de mi destino.

Yo soy la dueña de mi felicidad y de mi tristeza.

No soy la costilla de nadie. Nunca voy a ser la costilla de nadie.

Soy completa. No soy un adjunto.

Mi papel en la vida no es sólo el de esposa, la esposa pierde su trabajo cuando no tiene marido.

Mi papel en la vida no es sólo el de madre, la "madre" pierde su trabajo cuando no tiene hijos.

Soy mujer.

Y una persona completa.

No acepto que nadie me enseñe cómo es la vida de una mujer normal.

No voy a permitirselo a nadie.

No hay normalidad. No hay modelo para la vida.

Vos sos tu propio modelo.



Dos semanas después, Ida recibe un mensaje de texto:

–Ya estoy en el avión. No quise escenas dramáticas. Vuelvo a China por el proyecto de la Casa de la Cultura Argentina. Cuidate. Besos.

Y abajo una firma: Victoria.

Hebe actualizó el Facebook. El primer mensaje desde que había quedado embarazada: “Madre e hija, las dos sanas y salvas”. Las palabras acompañan una foto de Hebe sonriendo, con una niña en sus brazos.

La hija de Hebe llegó al mundo. ¿Es este el mundo que la niña espera?

Algún día ella va a entender que su mundo es muy distinto del que vivió su madre, del que vivió su abuela. Ojalá ese día ella se sienta completa y feliz.

Ida mira la foto. Toca la cara de Hebe en la pantalla y la de su niña.



Fines de octubre, terminaron las elecciones presidenciales. En Argentina, por primera vez eligen a una Presidenta.

En la cima del poder, apareció una mujer.

¡Sí! ¡Una mujer!

Ida mira la televisión, miles de papelititos de colores rodean a la Presidenta.

Esa escena conmueve a Ida, le toca algún lugar profundo del corazón.

No sabe bien por qué, pero quiere agradecer a la Argentina, quiere agradecer a los argentinos, agradecer sus votos, su elección.

Por fin, el mundo del poder tiene otro color.

Por fin, entre los hombres de traje, aparece un vestido bailando.

Ella es la primera, y seguramente es la primera para muchas.

Para Ida, el nacimiento de una presidenta tiene más significado cultural que político.

Ella es un símbolo, es espíritu, es una fuerza.

Ella representa el despertar de millones de mujeres.

Ella guía, lucha, y llama.

Octubre, el mejor regalo.

—¿Cómo estás?

Después de unos meses, llega un mensaje de Jia Hui.

Pero ya pasó. Ya no hay retorno.

Lo que no puede cambiar no va a cambiar.

Una mujer joven siempre tiene la ilusión de cambiar al hombre, pero Ida ya no se siente joven. El tiempo -su extensión, su profundidad, su intensidad- es distinto para cada uno.

¿Qué puede cambiar con Jia Hui otra vez a su lado? ¿Empezar de nuevo una guerra con otra mujer? ¿Mentir para ganarla? ¿Por un hombre? Ida cree que no es tonta, que sabe jugar, y bien. Pero ¿vale la pena?

Puede ser un camino fácil: mentir, fingir hasta vender el alma. ¿Por qué tiene que ir por ese camino?

Ida piensa en su propia madre, en su abuela: se pelearon toda la vida, como enemigas de nacimiento. Ida no quiere vivir como ellas, no quiere una vida así.

En esas peleas entre mujeres, perder es perder. Y ganar es perder.

En China, las series sobre el Palacio Imperial son siempre las más populares de la televisión. *Las emperatrices en el palacio*²⁸ está en el top del *rating*. Pobres mujeres, tan bellas e inteligentes, pero una tenía que matar a la otra para sobrevivir. El Palacio Imperial es la empresa, ganar el corazón del emperador es el único camino para ascender.

Sólo así puede conseguir la riqueza, el poder, el honor.

Todo.

Todo lo que una mujer podía obtener tenía que pasar por conseguir el amor de un hombre.

28 Es una serie de televisión china basada en la novela de internet del mismo nombre que ocurre durante el dominio manchú o dinastía Qing en la que dentro de la Ciudad Prohibida se relatan las difíciles y tensas relaciones entre concubinas y emperatrices para ganar la atención del emperador de China.

Como mujer, la madre de Jia Hui vive mucho mejor que mi madre, cree Ida; y le sorprende pensarlo de esa manera.

Por lo menos, ella sabe lo que quiere y lucha para conseguirlo; en cambio, su madre sólo sabe soportar, aguantar y aceptar el destino. La madre de Jia Hui quiere una familia de intelectuales, ¿Qué hay de malo en eso? Nada. Con consuegros mejor educados, la conversación sería más divertida, las visitas serían más interesantes. Y la familia de Ida no puede ofrecer nada de eso. Nada más que problemas. Sus padres ni siquiera terminaron la primaria, ¿Culpa de la época? ¡La famosa Revolución Cultural!

Son muchos riegos para la otra familia, la pobreza y la falta de educación sólo van a degradar el nivel o la calidad de la familia de Jia Hui.

Ida lo entiende.

¿Y Jia Hui? ¿Qué hubiera pasado si ella hubiera conseguido su corazón?

Nada es para siempre.

Ella misma se parece a la madre de Jia Hui: las dos son egoístas. La madre de Jia Hui sólo se fija en sus propios intereses, Ida también. Siempre haciendo cuentas en su interior: cuánto hay que invertir, el tiempo, la energía, hasta la venta del alma. ¿Para qué? ¿Por un corazón? El corazón de un hombre no es algo de lo que se puede depender.

¡No! ¡Ella no puede!

Ella no puede apostar, ella no tiene capital para invertir en un hombre.

Lo único que tiene es la juventud y la inteligencia, con eso tiene que construir su propia fuerza.

Algún día será más rica que la madre de Jia Hui, tendrá una posición más alta, será más respetada que ella.

Quizás, cuando ese día llegue, ella pueda mirar de frente a Jia Hui, y decirle “te amo”. Y nadie pensará que el dinero tiene que ver con eso.

Pero ahora no, no puede mentirse: ¿Nunca había pensado que la riqueza de la familia de Jia Hui podría serle útil? Es fácil mentirle al mundo, pero no a una misma. Ella lo sabe bien.

Tengo que ser fuerte, rica, poderosa. Así podré honrar al amor, sin insultarlo. Tal vez, cuando ese día llegue, el que esté frente a ella no sea Jia Hui, pero no importa.

Al final, el camino para lograr ser una mujer con fuerza propia está trazado por el amor a un hombre. ¡Ay, mujer! ¡Mujer!...



Ida se levanta, son las tres de la madrugada, se toca la cara, todavía tiene rastros de lágrimas.

No recuerda bien lo que estaba soñando, pero era un sueño muy muy largo. Había muchas personas, había numerosos cambios de escena. Pero no lo puede recordar bien.

Sólo se le aparecen fragmentos. Es un hospital, es invierno, por la ventana se ve caer la nieve. Mucho silencio. Las paredes son blancas, tan blancas que parecen la muerte.

En una habitación hay una cuna; allí duerme una beba recién nacida. Está desnuda, despierta, solita. Además de la soledad, hace frío. La niña tiene la cara helada. Está violeta, casi verde.

En la habitación vecina, tras un velo, está acostada una mujer madura. Tiene el cabello suelto y despeinado. En el pasillo parece haber tres personas sentadas, una pareja de ancianos y un hombre que parece el marido de la mujer internada. Los dos hombres están fumando, un cigarrillo tras otro.

Silencio. Nadie habla.

Nadie se acerca a la criatura, nadie se acerca a abrazarla ni a mirarla. La beba se porta bien. Es muy tranquila y no llora. Está acostadita allí, serena, sin molestar a nadie; su pequeño cuerpo desnudo, destapado, sin ningún abrigo.

Y allí, dentro del sueño, aparece Ida. Se ve a sí misma caminando hasta la beba, se ve abrazándola, la abriga con un tapado de piel. La beba sonrío tenuemente.

Ida mira a la chiquita con atención: la observa detenidamente hasta reconocer su propio rostro.

Es ella.

Es ella misma.

La beba es ella misma.

Epílogo

Cuando estaba en la secundaria tenía una amiga, Jing, o mejor dicho, una enemiga, Jing era mi mayor competidora. Ella o yo, alternativamente, obteníamos el primer lugar en cada examen. No me gustaba perder. Quería hacerle trampa. Entonces con mi mejor amiga diseñamos un plan para que yo pudiera ganarle: los días previos a los exámenes mi amiga siempre la invitaba a salir, a jugar videojuegos para distraerla de sus estudios. La tragedia, y el éxito del plan, hubiera sido convertirla en adicta a los juegos. No funcionó. No le interesaban ni le gustaban. El segundo paso fue presentarle un novio, un chico lindo y divertido, que era mi mejor amigo, para seducirla. El noviazgo juvenil siempre destruye el estudio, pero tampoco funcionó.

“Ser la primera sin ningún obstáculo”, ese fue mi deseo de cumpleaños cuando estaba en segundo año del secundario.

Un día del tercer año, ella no vino más. La profesora nos dijo que no vendría más a la escuela por razones personales. ¿Qué razones? ¿Un accidente del auto, una enfermedad?

Después de dos semanas sin verla, decidí ir a su casa a visitarla. Ella no estaba en casa, le pregunté a su madre:

–¿Por qué ella no viene a la clase?

–Ella no va a ir nunca más.

–Pero ¿por qué?

–Porque ya es grande. Ya cumplió 17 años. Si fuera mi época, debería estar casada.

–Pero todos estudiamos.

La mujer ya no tenía paciencia para seguir contestándome.

–Andáte. ¡Qué te importa! Cada familia es distinta. Ella tiene tres hermanos varones que tienen que estudiar. Ella tiene que trabajar para ayudar a la familia.

–Pero ¿por qué?

Parecía no aguantarme más. Se fue y volvió con una escoba en la mano.

–Andate de acá o te pego –ella dijo fríamente.

–No te atrevas –le dije algo dubitativa.

En cuanto se me acercó, yo me fui corriendo.

Días después, encontré a mi enemiga trabajando en una fábrica de juguetes. Era un trabajo duro, aburrido y feo. Trabajaba de lunes a lunes sentada frente a una máquina. Después de clase, iba a visitarla todos los días. La acepté de enemiga a amiga. Le contaba lo que habían enseñado en el día; le llevé textos, apuntes de chino, de matemática, de inglés, de todo.

No sabía por qué hacía eso. Tal vez por el vacío de no tener rivales. La soledad.

–Qué suerte que podés seguir estudiando –un día me dijo Jing, lentamente como remarcando cada palabra.

No sabía qué contestarle, me sentía muy culpable. Quería que mi cumpleaños de ese año llegara lo antes posible. Esa vez, Dios no me dio lo que pedí.

Después del *Gao kao*²⁹, fui a una buena universidad en Beijing para estudiar Economía. Al tercer año de la universidad, salí de China por primera vez en mi vida; fui a Florida, EEUU, por un proyecto de intercambio, al cuarto año obtuve el título licenciada y decidí venir a Argentina para hacer un posgrado.

En mis regresos al pueblo natal algunas veces había ido a la casa de Jing, pero siempre estaba cerrada, los vecinos decían que se había casado y se había ido a vivir con su marido a otra ciudad. No tenía su número, nada.

El año pasado, cuando estaba visitando a mis padres, fui a su casa. Esa vez estaba ella. Justo Jing había vuelto para visitar a sus padres también. Su hija ya tenía diez años. Hablamos un poco. Ella nunca volvió a estudiar, se casó cuando cumplió 18 años y se embarazó enseguida. Con la llegada de la hija, ya no pensaba más en volver a la escuela.

Me invitó a pasar y me convidó con un té. La miraba. Estaba linda como antes. Pero, no sé.

–¿No tenés hijos todavía?

–Ni un marido.

–¿No estás casada?

–Ni un novio.

–¿Qué hiciste tantos años?

–Tengo mi propia empresa, comercio de vinos. Traduje un libro de español al chino. Hice dos posgrados y quiero hacer un doctorado.

–¿Tenés 33 años y vas a seguir estudiando? ¡Estás loca! ¿Cuándo pensás casarte?

29 El *Gao kao* es un examen académico anual de China para los estudiantes del último año del secundario. Es un requisito obligatorio que evalúa las condiciones de los y las estudiantes para poder continuar su educación en la universidad. No pasar este examen implica no poder ingresar en la universidad. Las calificaciones en este examen también determinan a qué universidad se puede ingresar.

–No necesariamente tengo que hacerlo.

–¿Cómo? Una mujer es incompleta sin marido o sin hijos.

–No me molestaría ser madre soltera.

–¿Qué? ¡Está loca!

–Allí en Argentina no pasa nada.

–Allí en Argentina te enseñaron a ser una loca.

Volvimos sobre nuestras tazas de té, con el sabor caliente en los labios, desviamos la mirada hacia su hija que jugaba en el piso, la sostuvimos en la niña, en pleno silencio.

–Volvete a China y tené una vida normal –me dijo cuando nos despedimos.

¿Saben qué? Yo ya no puedo volver. No seré más una mujer china.

Este libro, lo escribí para mi amiga y mis amigas.

El día que nací yo, en la misma noche, en hospital de Dongyang Ciudad, ya nacieron veintitrés hijos varones, todos eran varones.

En esa época, en China, el gobierno prohibió que se supiera el género del bebé o la bebé antes del nacimiento. Porque después de la política de un hijo solo, muchas parejas embarazadas, cuando se enteraban de que el hijo que esperaban era mujer, preferían hacerse un aborto.

Entonces mi familia estaba esperando un varón, como les dijo un señor que preveía el futuro. En la enfermería también estaban esperando un varón, porque recibirían un bono si en una noche todos los que nacían eran varones, como un símbolo de buena suerte.

Nací yo.

Disculpame, pero yo, Eva, llegué al mundo.

¿Un poco de decepción? Para otras parejas, puede ser que sí, pero no para mis padres. Mi madre durante diez años fue llamada “gallina sin huevos” porque no había podido tener hijos, así que mi nacimiento limpió su mal nombre automáticamente. Mi sola llegada salvó su destino triste y humillante, le trajo orgullo y honor.

Tener algo es mejor que nada, por fin.

Para mi padre, también. Ya podía depositar su amor paternal, hacía diez años que quería hacerlo.

Un día, cuando estaba en la escuela primaria, los profesores vinieron a mi casa a hacer *jiafan*³⁰. La profesora de inglés dijo:

–Tu hija es muy rápida para aprender inglés. Tiene talento con los idiomas. Quizás sea la mujer de un diplomático o de un embajador en el futuro.

30 *Jiafan*: lo hacen los profesores en primaria o secundaria cuando van a la casa de los estudiantes para charlar con los padres y conocer mejor las condiciones de vida de los alumnos. Esa reunión la hacen una vez por año. El objetivo principal es que los padres trabajen junto con los profesores para mejorar la educación o protección a sus hijos.



Agradecimientos

Mi padre, un comerciante pequeño, un hombre concentrado en producir cuchillos, que nunca había viajado al exterior, le contestó:
–No. Ella misma va a ser diplomática o embajadora.

Después de tantos años, esa frase sigue grabada en mi cabeza.
Esta novela, está dedicada a mi padre y a mi familia.

A la carrera de Especialización en Estudios en China Contemporánea de la Universidad Nacional de Lanús, por hacerme reflexionar, cuestionar la identidad china y el papel de la mujer en mi país.

Y a los profesores de la carrera:

Gustavo Girado

Maya Alvisa

Verónica Flores

Julio Burdman

Carlos Bianco

Carola Ramón

Jorge Malena

María Cristina Reigadas

Martin Burgos

Ernesto Fernández Taboada

Gabriela Irrazábal

A los amigos de mi vida: Claudia Fares y Gustavo Ng, tigres escorpianos como yo. A los correctores Rubén Pose y Camilo Sánchez.

A la agencia de turismo Hong Yuan por el *tour* a la Antártida. Sentí el viaje a ese vasto continente como una gran página en blanco, en la intensa soledad de su paisaje terminé de cerrar algunas ideas de este libro: la sensación de estar perdida y, al mismo tiempo, ser dueña del mundo. Ser feminista, hacer sendero en las montañas de hielo, es como un camino de “Ida”, ya sin retorno.





